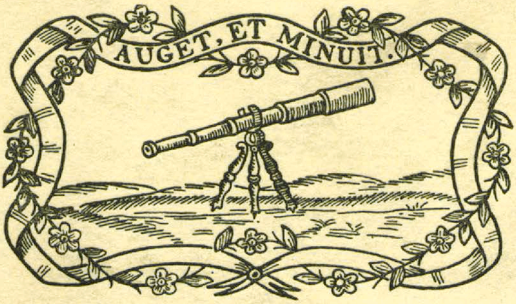


ENTRE LIBROS

por

Alfonso Reyes

EL COLEGIO DE MÉXICO

ALFONSO REYES

ENTRE LIBROS

1912-1923

EL COLEGIO DE MÉXICO
1948

CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS
DE
EL COLEGIO DE MÉXICO
8

Queda hecho el depósito de ley.
Copyright 1948 por
Alfonso Reyes.

Reservados todos los derechos.
Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

IMPRESORA BARRIÉ, S. A. — GRAL. PRIM 69. — MÉXICO, D. F.

INDICE

PÁG.

Advertencia 5

1912

Clásicos para todos 7
Las *Moradas* de Santa Teresa 9

1913

Una edición de Mateo Alemán 14

1914

Una antología lírica 23

1915

Una edición de Alarcón 26
De bibliografía Cubana 29
Una edición de Calderón 30
Una bibliografía sudamericana 31
Bibliografía venezolana 32
Los mejores libros cubanos 33
Sobre la Avellaneda 34
Sobre Gómez Carrillo 34

1916

Una viaje de "Azorín" 36
Prosa de Rubén Darío 37
Documentos mexicanos 38
Sobre Mayans y Siscar 39
Sobre Alarcón 40
Sobre Mesonero Romanos 44
Un libro de Eguía Ruiz 46
La época del *Quijote* 47
De bibliografía cubana 48
Una antología española 49
Los vascos en América 50
Sobre Heredia 50

INDICE

PÁG.

1917

Fortuna española de un verso italiano 53
Ruiz de Alarcón 55
El cura en Cervantes 57
Una comedia de atribución dudosa 57
Un nuevo poema épico español: *Roncesvalles* 63
La nacionalidad de Monteagudo 65
El mando único 68
Bonaparte en Estrasburgo 69
El Archivo Ducal de Osuna 71
Una biblioteca inaccesible 72
De autores oscuros 72
De Musset 74
Las ediciones de clásicos 75
Un curioso libro de memorias 80
Sobre el "Doctor Thebussem" 80
Una revista histórica 81

1918

Ediciones clásicas en 1917 83
La muerte de Paul Meyer 85
Thiers y España 88
Extranjeros en España 90
La reforma de la historia del arte 94
Crónica de Alfonso III 99
Bilbilis 102
Bibliografía de Alemán 103
Novelas cervantinas 104
El Diablo Cojuelo 105
Carta a un holandés 107
Fuentes de Irving 109
Un parte de guerra en el siglo XVII 110
Literatura a máquina 112
La ciencia que destruye y preserva 114
Sobre el *Quijote* 117
Cervantes en Inglaterra 120
Cervantes y el Romancero 122

INDICE

PÁG.

Una interpretación del *Quijote* 124
Las mujeres en el *Quijote* 126
Leyendo el *Quijote* 128
Suarès y el *Quijote* 128
La "Pérfida Albión" 129
La teocracia germánica a fines del siglo XI 130
Las conchas marinas y las emigraciones 131
Anverso y reverso de Dalmacia 133
Léon Bloy y Bizancio 134
La muerte de Douglas 135
Autógrafos del Cid y Jimena 136
Dante y los dominicos 138
Shakespeare y la historia inglesa 139
Un desliz de Croce 140
César Cantú 142
El crítico y el poeta 144
Literatura reconstructiva 147
Literatura de guerra 148
Las casas de Balzac 150
La emigración de los libros 152
Rubén Darío en francés 153
Martos y los Carvajales 157
Sobre Rodó 160
El lenguaje criollo 162
García Calderón 163
Mesonero contra Mesonero 165
Un Rector de doce años 166
Covadonga 167
Una carta de Santa Teresa 167
Versos libres 168
España y Gibraltar 169
¿Qué sucede en Córdoba? 170
El *Quijote* durante tres siglos 172

INDICE

PÁG.

1919

Bolívar y los Estados Unidos 177
Los orígenes de Roma 180
Excavaciones en Ibiza y en Lérida 181
Sobre Costa 185
Estudios en torno al *Buscón* 187
Cuentos de un erudito 193
De política colonial 194
Amistades ilustres de Bolívar 199
La Colección Boturini 200
Las ideas francesas en América 202
Portugal y Colombia 204
Fantasmas de la selva misionera 205
Remotos orígenes de la Biblioteca Menéndez y Pelayo 207
Libros latinoamericanos 210
Los mexicanismos 211
Nahuatlismos y barbarismos 212

1922

Un diccionario 214

1923

Sobre Espronceda 216
La casa de fieras 221
De literatura cubana 223

ADVERTENCIA

Las noticias literarias que aquí se reúnen, para servicio de aficionados y recordación de algunos amigos, sólo buscan el fin modesto de guardar en letras de molde, y en esa colección que se llama un libro, los papeles que de otra suerte se vuelven un estorbo en las gavetas y hasta un peso muerto en la conciencia.

El poema árabe decía: "Agua estancada se pudre". De paso, la publicación nos permite distribuir entre muchos lo que sólo relativamente nos pertenece.

Abarcan estas reseñas de 1912 a 1923, con un visible salto sobre los años 1920-21, en que sin duda escribimos algunas cosas que andan ya en otros libros. El carácter de estas páginas es muy desigual, según que procedan de revistas técnicas o de publicaciones más populares. Pero quien las lea no olvide tomar en cuenta las fechas.

Para abreviar en lo posible las indicaciones bibliográficas al pie de cada artículo, usamos las siguientes siglas:

RFE.: *Revista de Filología Española*, Madrid.

S.: *El Sol*, Madrid.

A. R.

1912

CLÁSICOS PARA TODOS *

El maestro de la crítica española, Marcelino Menéndez y Pelayo, ha tiempo que echaba de menos las ediciones universitarias de clásicos castellanos. Su varia y eficacísima labor, reuniendo en un solo haz todo el conjunto de informaciones y estudios anteriores, a la vez que reinterpretándolo, ha ofrecido a los contemporáneos ocasión de beber el agua de todas las fuentes en un solo río. A tal punto que, en cuanto a libros españoles, ya se ha dicho que basta leer a Menéndez y Pelayo para ser erudito. De esta grande cumbre central han derivado arroyos a todos los rumbos y vertientes. Un vasto grupo de eruditos de diverso alcance y categoría, nutridos a las enseñanzas de aquél, va invadiendo los archivos, las bibliotecas.

De Alfredo Álvarez de la Villa, lector en la Sorbona, poseíamos ya una edición comentada del *Aucto del Repelón*, de Juan del Enzina. A él aparecen confiadas las nuevas ediciones de la casa Michaud. Cinco tomos han salido ya, y cinco más se prometen para cada mes. Algo ambicioso el plan, aun cuando no se trate de dar sorpresas ni desenterrar tesoros olvidados, sino simplemente de poner al alcance de todos lo mucho que anda por ahí en

---

* *Biblioteca Económica de Clásicos Castellanos.* París, Ed. Louis Michaud.

bibliotecas y colecciones poco accesibles. Las *Prosas*, de Berceo; el *Cántico espiritual*, de San Juan de la Cruz; los *Sueños* de Quevedo; un primer volumen de poesías de Góngora y el *Estebanillo González*, he aquí los cinco primeros tomos. A cada uno acompaña un retrato cierto o incierto del autor, un breve prólogo de Álvarez de la Villa y una noticia bibliográfica. Los retratos son de escaso o ningún mérito, y están feamente redibujados sobre los originales viejos, de forma que todas las facciones resultan fruncidas y el efecto es de una pasmosa irrealidad. Los prólogos, bien intencionados, piruetean un poco, se alambican, pierden la sencillez castiza recomendable para el caso, y predisponen al lector candoroso, haciéndole tal vez pensar que esto de entrar en la lectura de un clásico es como llenarse de cascabeles para concurrir a un baile de fantasía. Las notas bibliográficas son recomendables. Los textos... Resignémonos.

Por desgracia aún no estamos ante verdaderas ediciones universitarias. Para esto habría que imitar a los ingleses, procurando dar cada autor en un solo tomo o en pocos tomos. Publicar aisladamente el *Cántico espiritual* o los *Sueños* anuncia más bien un propósito comercial de «multiplicación de los entes». Según este plan, Quevedo ocupará cincuenta o sesenta volúmenes, error a que sólo tiene derecho el Voltaire de las ediciones baratas. Por este camino, fácilmente acontecerá a nuestros clásicos lo que, a pesar de todo, acontece en Inglaterra con Stevenson: que no lo hay completo en ninguna de las ediciones corrientes.

Ojalá pronto aparezca el Arcipreste de Hita. Es duro sólo conocerlo por la Rivadeneyra. Y, desde América al menos, ya nadie encuentra la edición de Ducamin.

Argos, México, 20-I-1912.

LAS "MORADAS" DE SANTA TERESA*

Las ediciones de Santa Teresa han pasado por varios períodos. Comienza el primero con la edición de Fray Luis de León (Salamanca, 1588) en que se publicó, desde luego, la mayor parte de las obras, y que fué repetida y corregida en 1599. Abarca el segundo período todo el tiempo en que las obras de la monja caen por dominio exclusivo en manos de las Carmelitas Descalzas, quienes las publican copiando los textos del maestro León y sin mejorarlos, hasta entrado el siglo XIX. Se abre aquí el tercer período. Salidos los manuscritos al dominio laico, los revisa y publica Vicente de la Fuente, profesor de disciplinas eclesiásticas en Madrid. Estas ediciones (véase la de Rivadeneyra), superiores a las de las religiosas, no son aún perfectas. De la Fuente trabajó muy de prisa. Pero puede decirse que con él comienza el cuarto período, puesto que a iniciativa suya se empezó a usar la fotografía para la copia fiel de los manuscritos, y en fotografía se tienen ya el *Libro de la vida*, *Las Fundaciones*, *Camino de perfección*, *Instrucciones a los visitadores de monasterios* y el *Castillo interior* o *Las Moradas*. Más difícil es el problema con las *Cartas*. Los eruditos aconsejan desconfiar sistemáticamente de toda carta de que no quede original. Desgraciadamente, pocos quedan. Los grandes de España, por hacerse de reliquias, despojaron a las religiosas de gran número de ellos; y, por otra parte, los que se conservan están mutilados e ilegibles. Culpa de los devotos que, atribuyendo a la tinta virtudes de talismán, por ese paganismo que está en la base de las religiones, raspaban la firma y guardaban el polvillo como cosa sagrada. El P. Fidel Fita, en los tomos LVII (1910) y LVIII (1911) del *Boletín de la Real Academia*

---

* SANTA TERESA, *Las Moradas*, edición y prólogo de Tomás Navarro Tomás. Madrid, Ediciones de "La Lectura", 1910, 8°, XVI, 329 págs. "Clásicos Castellanos", N° 1.

de la Historia, ha sacado facsímiles de las cartas, por desgracia muy poco claros. De manera que el epistolario de Santa Teresa, tan extenso e interesante, es lo que ha tenido peor suerte.

La actual edición de *Las Moradas,* a pesar del carácter popular de la colección, puede considerarse como un texto de los más autorizados. Es copia de la facsimilar hecha por la Sociedad Fotográfica Católica (Sevilla, 1882). Hay, en las notas, una constante referencia a las ediciones de Vicente de la Fuente, y un constante comentario de las formas anticuadas que usa Teresa, así como de las peculiaridades idiomáticas de su estilo, tipo del habla familiar en el siglo XVI. Ya se sabe que el modelo literario era entonces la lengua de Toledo, y no la de Ávila en que escribe Santa Teresa, y de que sus libros son único ejemplo. «En vano —dice don Ramón Menéndez Pidal— se buscarán en otros la multitud de voces que caracterizan el habla de Santa Teresa, la mayor parte de las cuales subsisten hoy en el habla de muchas regiones, como *añidir, cuantimás, enriedos, mesmo, naide, ortelano, piadad;* los subjetivos *caya, oyáis, trayan;* los epítetos familiares *urguillas* (cosa que hurga, carcoma, pesadilla), *lloraduelos*; el uso del posesivo con artículo: *la mi Isabela, la mi Parda,* y multitud de giros, frases hechas y refranes enteramente populares.» Añadamos las formas *an* y *anque,* y ciertas metátesis de aire muy popular, casi plebeyo, como *pusilaminidad, corbadía, primite* (permite), *intrevalos* y otras que Navarro Tomás nos va señalando al pie de las páginas.

Lo dicho permite apreciar la utilidad de una edición tan depurada y cuidadosa como la presente. La hace valer más la excelente presentación editorial.

En el prólogo se lee: «La parte de anotación es modestísima; fúndase en la lectura de las obras de la Santa, auxiliada con algunos artículos eruditos, monografías, tablas finales de las ediciones Foppens (Bruselas, 1674), Orga (Madrid, 1752), etc.» Modestísima podrá ser, que

nos parece muy acertada y suficiente, pero es utilísima. Y no es poca parte de su valor el ser tan sobria, tratándose de obra a propósito de la cual muchos declaman a boca suelta.

El prólogo es también mesurado, breve, discreto. En rigor, dice cuanto hay que decir de la Santa, y con lo que dice basta para que el lector quede prevenido contra las malicias y sandeces acumuladas en torno a ella, sobre todo a partir del instante en que la patología se ha metido a ejercer la crítica.

No hemos hallado en el prólogo, acaso porque anda escondida en alguna nota, mención del acto de autoridad que privó a Santa Teresa de sus libros. Por indicación de La Fuente, se creyó algún tiempo que se trataba de un índice de la Inquisición, 1565, pero ya es sabido que en aquella época no hubo tal índice. Morel-Fatio cree haber demostrado que se trata del índice de 1559, en que se proscribieron muchos tratados contemplativos, principalmente de origen franciscano, a los que se debió la efusión mística de la primera mitad del siglo XVI. Y se lamenta con razón de que, destruídos así los libros de Teresa, sea cada vez más difícil explicar ciertas reminiscencias teológicas y ciertos pasajes de su lenguaje religioso, cuyo sentido era, sin duda, familiar a los contemporáneos, nutridos de semejantes lecturas (*Journal des Savants*, marzo de 1911). Que mucho influyeron en ella los libros franciscanos, no cabe dudarlo; y desde luego ella misma cita a Bernardino de Laredo, en la *Ascensión del Monte Sión*, así como el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna, que cayó en sus manos siendo muy niña. (El lector de la edición reseñada puede completar con el nombre del autor la nota que aparece en la página 31.)

Quien emprenda la lectura de *Las Moradas* debe saber que tiene en las manos uno de los libros en que la monja se presenta más de relieve y con mayor sinceridad. No son, en verdad, una misma la Teresa de la juventud, aquélla a que es aplicable hasta cierto punto

la terrible censura de William James —la vanidosuela que coquetea con Dios— y la noble anciana del *Castillo interior*... Y, sin embargo, Santa Teresa nunca ha sido, a pesar de la patología y del seudomisticismo sensual de nuestros días, la histérica y alucinada que pretenden los necios. Fea, odiosa es la falsificación que de ella hace Catulle Mendès en aquel drama de aparato y fuegos de artificio que, hace algunos años, aplaudió la inconsciencia de cierto público de París. Torpes, iletrados, los que se alambican y engolan para hablar de Santa Teresa, que era toda simplicidad y facilidad. De ella se ha dicho que escribía como en charla de castellana vieja, y Menéndez y Pelayo siente que es aquel estilo el más natural y personal del mundo. Nadie como ella se ha abandonado a su genio al escribir. ¡Como que solía escribir por escribir! A veces —nos dice— toma la pluma como cosa boba. Y como su perenne consejo es entregarse a Dios, el proceso de su discurso sale de ella con la espontaneidad y la redundancia de los crecimientos naturales. Si cita, lo hace de memoria, y aun suele añadir: no sé si dice así, me parece que sí. Y a veces, en mitad de una divagación, se detiene ingenuamente a pedir a Dios que la ayude a tomar el hilo de su asunto. La impresión de rareza de aquel estilo la causa la distancia; es todo. Además, Santa Teresa escribe a lo vulgar, en la lengua elíptica del pueblo, por concordancias más bien ideológicas que gramaticales.

No hay que creer en la Santa Teresa enfermiza de los pedantes. Que haya padecido enfermedades es cosa que nada nos enseña ni adelanta en su conocimiento; poco nos importa que haya sido o no histérica. Eficaz, humana, diestra administradora de conventos, dotada del genio del mando, maternal, solícita, llena de experiencia y de ocurrencias, así hemos de imaginarla. No en vano bregaba entre las intrigas del gremio para alzar, como lo hizo, un convento a sus hijas de devoción. «Entre los pucheros anda Dios, hijas»: así les decía, enseñándolas

a guisar mientras pensaban en las cosas del cielo. ¿Hay mayor llaneza, ni se puede ser más de este mundo? Ese misticismo laico de nuestros días, suerte de vegetarianismo filosófico, se empeña en malearnos los más ricos y salubres espectáculos humanos. Hoy todo mal rato es neurastenia, y toda neurastenia quiere pasar por síntoma del temperamento religioso. Al mal humor llaman misticismo, y a la religiosidad dolencia. El mundo se está poniendo soso. Deseemos que sea mejor para nuestros hijos o nuestros nietos.

Mundial, México, 1912.

1913

UNA EDICIÓN DE MATEO ALEMÁN *

Los tomos de esta nueva «Colección de Obras Maestras de la Literatura Universal», dirigida por G. Martínez Sierra, imitan en todo la conocida «Everyman's Library» que publican en Inglaterra Dent & Sons bajo la dirección de Ernest Rhys. Se ofrecen para muy pronto las siguientes obras: *Florecillas del glorioso señor San Francisco y de sus hermanos*, traducción de Cipriano Rivas Cherif; *Judith, Herodes y Mariene*, de Christian Friedrich Hebbel, traducción y prólogo de Ramón M. Tenreiro; las *Ifigenias*, de Eurípides, traducción de Pedro Bosch Gimpera. Y, entre las obras españolas, los *Cigarrales de Toledo*, de Tirso de Molina, al cuidado de Víctor Said-Armesto; el *Criticón*, de Gracián, al cuidado de Cejador (considerando la edición actual del *Alfarache*, podríamos decir que *al descuido*); *El Pasajero*, de Cristóbal Suárez de Figueroa, edición de F. Rodríguez Marín; obras todas que escasean en el comercio ordinario. Ojalá se complete todo Gracián y se añadan Juan de Valdés, o quien sea el autor del *Diálogo de la Lengua*, y el Arcipreste de Talavera.

---

* MATEO ALEMÁN, *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, edición y prólogo de Julio Cejador. Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1913, 8°, 375 págs.

La nueva colección se recomienda desde luego por su programa y por la buena presentación editorial. Pero la edición misma que provoca estas notas deja mucho que desear. Ante todo, no hay derecho a alterar al capricho la puntuación de un autor como Mateo Alemán, que tenía sus ideas sobre la materia y era tratadista en asuntos de ortografía. (*Ortografía castellana,* México, 1609.) Luego, ¿para qué alterar la lectura misma de la portada, sin atenerse a la que aparece en la edición de Barcelona, Cormellas, 1599, ya que se le deja a dicha portada un aire anticuado? Finalmente, los descuidos aparecen desde la portada, y son tantos y tan frecuentes, que da verdadera fatiga la sola idea de levantar una fe de erratas. No sólo se transforman en interrogaciones varias proposiciones afirmativas; no sólo se hace un barajeo inútil entre las frases, alterando la puntuación en forma que se corrompe el sentido, sino que a cada rato aparecen unas palabras por otras. Diez correcciones he apuntado en la primera página de la dedicatoria; cuatro en la segunda; dieciséis en la primera del prólogo «al vulgo», etc. Hay también palabras caídas, como en la página 24, línea 16, donde dice: «perseguido» en vez de «corrido y perseguido». Véase un ejemplo de la página 26:

«Mucho te digo, que deseo decirte y mucho dejé de escribir, que te escribo. Mas como leas lo que leyeres y no te rías de la conseja y, si te pesa el consejo recibe los que te doy y el ánimo con que te los ofrezco: no los eches como barreduras al muladar del olvido. Mira que podrá ser escobilla de precio.» (*Ed. Cejador.*)

«Mucho te digo que deseo decirte, y mucho dejé de escribir que te escribo. Haz cómo leas lo que leyeres, y no te rías de la conseja y se te pase el consejo; recibe los que te doy, y el ánimo con que te los ofrezco: no los

eches como barreduras al muladar del olvido, mira que podrá ser escobilla de precio.» (*Ed. antigua.*)

En la página 29, «había» por «habrá»; en la 30, «aumento» por «argumento» y «habitación» por «habituación»; en la 34, «manifiesto» por «notorio» (!), «puede decirse» por «decirse puede», y muchos rasgos que indican una voluntaria colaboración de Cejador en el estilo de Alemán; en la 36, «advertir» por «divertir»... En fin: ¡un verdadero desastre que hace obligatorio poner sobre aviso a los lectores!

Dejemos aquí a Cejador editor, y tratemos de Cejador prologuista, hombre laborioso sin duda, pero que no tiene muy aguzado el sentido crítico. Desde luego, incurre en aquello de dar a la hueca declamación y a la «lugarería» moral el sagrado nombre de filosofía, caricaturesca herencia de Séneca. Cae, además, en otro defecto tradicional, que a falta de mejor calificación, llamaré el «meliorismo». Consiste este error en declarar siempre que el libro sobre el cual se escribe es el libro de los libros. Los que tal manía padecen, fascinados por la lectura que tienen a la vista, no reparan en la gravedad de semejante exageración. Cejador nos suelta de pronto que Mateo Alemán levantó el lenguaje literario y castizo «a donde el de ningún otro autor alcanzó», incalificable puerilidad; y de paso desdeña en Cervantes la afectación a la latina y a la italiana, y en Fray Luis de León cierta «ligera torpeza». Si de afectación se trata, bien sabido es que Mateo Alemán es maestro consumado en ella, al punto de no avanzar dos líneas sin procurar efectos rítmicos, con asonantes y consonantes, y aun procurando dar a sus frases constantemente un aire de proverbios en frases pareadas. Pase lo de la hojarasca ciceroniana en Granada, y aun lo de ser Fernando de Rojas un «desaforado renacentista» (¡como que en eso estriba su encanto!). Y el que en este prólogo se cree en la obligación de encumbrar así a Mateo Alemán, apenas

cuatro escasas líneas le había dedicado antes, en su artículo sobre «Los potentados del Castellano», donde estaba magnetizado por la reciente lectura de Fray Juan de Pineda, y no tiene empacho en decir allá que «en la propiedad de dicción... nadie igualó a Fray Luis de León», el de la ligera torpeza. Hay, en esta crítica, un concepto cuantitativo del estilo que ya censuraba «Azorín» (el cual a su vez deja a veces que su impresionismo lo lleve también más allá de la crítica, al punto de declarar gran poeta a Jovellanos). Con su manera tersa y elocuente, escribe «Azorín»: «No; un potentado del Castellano no es quien más riqueza léxica posea, quien posea más variedad de giros, sino quien ha hecho expresar a la prosa mayor número de sensaciones y más intensas.» Pero, aun suponiendo que el mérito del estilo se midiera por el número de vocablos usados, Cervantes, en quien el chorrear de las palabras asombra como una perenne invención, no le va por cierto en zaga a Mateo Alemán. Por el contraste entre Cejador y «Azorín», descubrimos en aquél al filólogo, aunque torcido, al cazador lexicográfico que se encariña con sus listas de vocabulario, y en éste al *estilista* que anda buscando el alma y puliendo el alma bajo la capa de estos signos fugitivos con que la expresamos. «Azorín» nunca escribiría, como por amor del arcaísmo lo hace Cejador: «postiza y bonachona al parecer sonrisa», ni «*esas* moralidades *es* lo más hondo», o bien «*la* vida no *son* más que las costumbres», ajustando bárbaramente la cópula al complemento, en vez de regirla por el sujeto. Ya sabemos que hay ejemplo de ello en Santa Teresa; y de muchas cosas más que, el que las imite en nuestros días, se habrá lucido.

«Gran desarrollador de lugares comunes» llama Cejador a Granada (*Pasavolantes*), y la designación igualmente cuadraría a Mateo Alemán, salvo que a éste, junto a los lugares comunes, le falta el ser «gran desarrollador», que no es la misma cosa que ser un mero amplificador. Desconfiemos de las confusiones de especies: una

cosa es la etnología y otra la literatura. Alemán será tan sevillano como se quiera, y los sevillanos serán muy cuentistas; pero cada cuentecito de Alemán se incrusta en el cuerpo de su novela, no con ligera, sino aquí con gruesa torpeza. Si Cejador hubiera leído a sus chicos de Palencia trozos de Cervantes y de Alemán, hubiera apreciado la diferencia entre un autor de verdadera invención, un cuentista de ley hecho para que lo lean las gentes, y un autor de gabinete bueno para comentado por don Avilio Aguzadera, o para que nos divirtamos los «picados de la araña» en buscar los ritmos y recancanillas de su estilo. No sólo no vienen a cuento los cuentos de Alemán: a veces ni siquiera son cuentos, sino retóricas mal disfrazadas de anécdotas. ¡La historia del que dijo: *pum*, y luego añadió con toda naturalidad: «a propósito de *pum*, acabo de comprar esta pistola»! El mismo Alemán parece darse cuenta de la torpeza del procedimiento, cuando se adelanta a disculparse en estos graciosos términos: «No sé qué disculpa darte, si no es la que dan los que llevan por delante sus bestias de carga, que dan con el hombre que encuentran contra la pared, o le derriban por el suelo, y después dicen: perdone.» No sé que sea de buen cuentista, por ejemplo, el episodio de la tortilla de huevos, capaz de quitar las ganas de comer por una semana y más si, como en el caso, se lo oye contar con desesperante lentitud. Los donaires son como la sal; si se les diluye, pierden sabor. Pero hay que hacer gracia a Alemán de algunos paréntesis amenos, como el cuento aquél (italianizante por cierto) que relatan a don Álvaro de Luna sus dos amigos, y quizá también la historia de Ozmín y Daraja.

Conformes en que Mateo Alemán se llevó toda la gravedad y la hondura de la alegre Sevilla, dejando ayunos a sus paisanos, si por gravedad y hondura entendemos el tedio del mucho sermonear, la muequecilla artificiosa que ni en los momentos más regocijados se le va al autor de la cara, y menos se le desata en risa y carcajada

como a Cervantes, a pesar de la «afectación» que Cejador le atribuye. Mas lo de que *Guzmán de Alfarache* sea obra de filosofía, eso sí que no lo tragarán ni los escolares palentinos de marras. Que, por otra parte, censurar a Cervantes de afectado, cuando con Alemán se le compara, y poner reparos al renacentismo de Rojas, tampoco es atinado. Renacentista y afectado fué Mateo Alemán, y si su manera tiene algo de característico, está en mezclar las redundancias y rotundeces del renacimiento con los discreteos y los tiquismiquis del conceptismo.

El prólogo de Cejador parece disponer a una lectura desembarazada, sustanciosa y risueña; y lo cierto es que el lector se encuentra con un alimento turbio, mucho menos accesible que el del «afectado» Cervantes. El afectado Cervantes acaso se enredaba en la gramática como no le pasa a Alemán; italianizaba más, como buen soldado de su tiempo (Góngora dice que aun las vivanderas volvían de la campaña de Italia con el «fratello» y la «sorella» pegados). Pero a cambio del pulimento de Alemán, cuyo efecto no siempre es necesariamente bello, Cervantes es fecundo y humano, vital y plácido, fácil y más filosófico a la postre (¡oh, mil veces más!) que el relamido y remirado Alemán.

Para una breve noticia sobre Alemán y la formación del *Alfarache* basta el prólogo mismo que venimos analizando. Como escribimos desde México, no está por demás recordar que aquí publicó su *Ortografía.*

Es el *Guzmán de Alfarache* tipo de novela picaresca. El género es derivación de la novela de aventuras. El tipo del pícaro, que ya despunta en el *Satiricón*, de Petronio, aparece en Luciano y lo hallamos más tarde en el *Roman de Renart*, en los *Fabliaux* y otras populares obras de la Edad Media. Alcanza su definitiva formación en España; y en la vida real, dice Fitzmaurice-Kelly, pudieran encarnarlo el Arcipreste de Hita y François Villon. Lo segundo nos parece mucho más atinado que lo primero. La palabra «pícaro», usada en una carta

de Eugenio de Salazar (Toledo, 15 de abril de 1560), fué aplicada por primera vez al tipo novelesco por el propio Alemán, en la edición de la primera parte de su obra, 1599. Pero el género existía ya en España: recuérdese el inmortal *Lazarillo*. Moratín, queriendo eludir las pesadeces moralizantes que abundan en la novela de Alemán, proponía, con su criterio siglo XVIII, desmocharla metódicamente, como antes lo había hecho Lesage. Y Aribau, inspirado en estos ejemplos, la publicó en la colección Rivadeneyra (tomo de Novelistas Anteriores a Cervantes), señalando los párrafos que, a su entender, el lector puede pasar por alto. Pero es el caso que sermones y narraciones andan tan mezclados, que de las anotaciones de Aribau puede decirse que «ni son todos los que están, ni están todos los que son». Puestos a ello, mejor cargar con todo el fárrago, sin señalar con el dedo los trozos vitandos.

Así como el autor del *Lazarillo* tuvo que sufrir dos postizas continuaciones, una anónima y otra de Juan de Luna; así como el *Quijote* sufrió el bastardeo de «aquél que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona» (como le llama el ofendido Cervantes), a Mateo Alemán le adulteraron su «pícaro» en una segunda parte (1602), publicada por el abogado valenciano Juan José Martí, disfrazado de Mateo Luján de Sayavedra, libro en que el valenciano plagió trozos de la segunda parte legítima, que tuvo ocasión de consultar. De esto se vengó el padre de la criatura cuando, al publicar la auténtica continuación (1604), introdujo en el relato a cierto hermano de Martí a quien trae a mal traer por sus páginas y al fin obliga a suicidarse. Ésta es, al menos, una de las teorías que corren; porque según R. Foulché-Delbosc, el abogado Martí y Mateo Luján son dos personas distintas.

El *Alfarache* es uno de los libros fundamentales de la picaresca española. Nos dice Alemán que «Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen

estudiante, latino, retórico y griego... después dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de religión; mas por volverse a los vicios lo dejó, habiendo cursado algunos años en ellos. Él mesmo escribe su vida desde galeras, donde queda forzado al remo, por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo.» De la fama que alcanzó la obra dan testimonio la traducción francesa de Gabriel Chappuis (1600) y, sobre todo, la del entonces colosal Chapelain (1619-1620); la hermosa versión inglesa de James Mabbe (1622), y la continuación que en alemán hizo Martín Freuden (1626), la cual, como todas las manifestaciones de la picaresca en Alemania, quedó oscurecida por el *Simplicissimus*, de Grimmelhausen.

El estilo, que abusa de los primores rítmicos, alcanza muchas veces un paso medio reposado. El relato sortea con relativa seguridad los escollos digresivos. Es seguro que Alemán se leía y se releía: no olvida sus episodios ni los nombres de sus personajes, como le acontece a Cervantes.

Es Mateo Alemán un discreto, enemigo del mucho ruido, aficionado a la larga charla entre iguales. Desde las primeras páginas descubre su empresa: gusta de lo popular, no de lo vulgar; hace una estilización estética de la vida desenfadada, cogiendo al paso la flor de los buenos dichos y los graciosos percances de los caminos y las ventas. Por darlas de muy justiciero, disfraza entre prédicas su gusto por la travesura. Y nunca habla para necios: «Odi profanum vulgus et arceo». «No es nuevo para mí —escribe—, aunque lo sea para ti, oh enemigo vulgo, los muchos malos amigos que tienes, lo poco que vales y sabes.»

Una breve observación final, para el estudio de las costumbres: por ahí habla Alemán desdeñosamente de los que andan usando «jabonetas y otras *porquerías*» en el aseo de su cuerpo. En las *Cartas Filológicas*, de Cascales (1634, fol. 1.v) leo lo siguiente: «La gente viciosa

y regalada, en las estufas y en los baños exhala el sudor: el caballero generoso, en la prensa de los trabajos suda. Éste es sudor glorioso, y esotro infame y torpe.» Hay que notar, cualesquiera sean las conclusiones a que lleven estas palabras de Cascales sobre los hábitos higiénicos de la época, que no deja de haber en ellas un atisbo científico, disimulado de repugnancia moral: todos saben que el sudor provocado por el calentamiento simplemente deshidrata, en tanto que el provocado por el ejercicio lleva consigo la expulsión de toxinas.

Biblos, México, IX-1913.

1914

UNA ANTOLOGÍA LÍRICA *

Contiene la introducción una noticia elemental de la poesía lírica española hasta el siglo XIX y un breve estudio de la versificación.

Aunque en este género de recopilaciones interviene por mucho la afición individual, y nunca es fácil contentar a todos, no cabe duda que hay algún criterio superior, sobre todo cuando del período clásico se trata. Bien está que la falta de espacio obligue a sacrificar tal o cual poeta de segundo orden; pero no es disculpable que en una antología de líricos españoles falte Góngora. Entre las *Ruinas de Itálica* y, sobre todo, *La epístola moral* —que no figuran en la colección— y el soneto *No me mueve mi Dios para quererte*, que los colectores han insertado, la elección no era dudosa. Poca idea dan del genio lírico de Lope la *Canción de la Virgen* y el soneto *¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?*, como que no fué sólo religiosa su inspiración. De Espronceda publican *La canción del pirata* y la poesía *A la Patria;* pero olvidan el *Canto a Teresa.* Tampoco la parte hispanoamericana es satisfactoria. ¿Cómo se pretende dar a co-

---

* E. C. Hills and S. G. Morley, *Modern Spanish Lyrics*, edited with introduction, notes and vocabulary. New York, H. Holt and C°, 1913, 16°, LXXXII, 435 págs.

nocer a Rubén Darío, el más grande poeta americano y uno de los más importantes de la lengua, por su oda *A Roosevelt*? Su obra, reveladora de una nueva forma de sensibilidad, bien merecía ocupar más páginas y una selección más literaria y desinteresada. Falta, entre los vivos, Leopoldo Lugones, aunque en esto los autores han querido ser parcos. Entre los muertos falta José Asunción Silva, falta Julián del Casal, falta Manuel Gutiérrez Nájera, sin los cuales no es posible explicar el movimiento post-romántico en América, que es, por ventura, lo más importante que esta literatura ha producido. Y ya que se ha citado a un gran poeta mexicano, cabe lamentar la mala fortuna que ha tocado a México en esta antología. Ni José Joaquín Pesado, ni Fernando Calderón, pueden caracterizar el lirismo mexicano. Del primero, si algo había que citar, fueran, al menos, dos sonetos descriptivos del paisaje veracruzano; al segundo habría que borrarlo. Manuel Acuña y sus versos de estudiante no tienen más que cierto mérito episódico, por la breve novela romántica que fué su vida. Pase Juan de Dios Peza, mediano y todo, por haber traído un acento personal, aunque tampoco nos parecen bien escogidas sus poesías, y aunque hubiera bastado con una sola. Pero además del citado Gutiérrez Nájera, cuya omisión no es perdonable, ¿por qué no haber buscado una nota de pesimismo en Rodríguez Galván, una nota de color en Guillermo Prieto, una de estoicismo en Ramírez el «Nigromante»? Es lástima, además, que se vengan ignorando por todos la obra y la personalidad de Manuel José Othón, el bucólico mexicano, a quien apenas comienza a hacer justicia la juventud de mi país, y que es, en la lira de América, una de las voces más puras. Finalmente, el libro contiene algunas canciones e himnos americanos, con música y letra.

A pesar de los anteriores reparos, no se podría aplicar a ésta la despectiva calificación de que es una antología más: la introducción y las notas son, efectivamente,

de indiscutible utilidad en su género, y no escasean en ejemplos de crítica acertada. Las páginas sobre versificación son interesantes. Las notas revelan buena información de las literaturas americanas, y hacen fácilmente manejable un material hasta hoy un tanto enojoso. Salvo ocasionales concesiones a la rutina, como la autoridad desmedida que se concede a Pimentel, la parte histórica suele ser, por sí sola, más justiciera que la selección de los textos, al punto que no parece se hayan contrastado ambas partes del libro.

RFE, 1914, tomo I, No. 4.

1915

UNA EDICIÓN DE ALARCÓN *

Transcripción de la edición príncipe (1628), cotejada con las modernas (de 1826, de Ochoa, Hartzenbusch, la Real Academia y García Ramón), a las cuales supera; sus contadas correcciones al texto primitivo parecen discretas. La biografía de Alarcón está escrita con evidente propósito de sortear escollos. Así, por ejemplo, Miss Bourland no se pronuncia sobre la hipótesis de la colaboración de Alarcón y Tirso en *La villana de Vallecas*, hipótesis que desde que M. Barry supuso que tal comedia era autobiográfica (v. *La verdad sospechosa*, Garnier, 1904), adquirió una importancia singular. Pero ya que no se quiso aceptar sino lo probado, es de lamentar que se conceda espacio a las muchas suposiciones que en esta materia hizo pasar por certezas el estilo dudoso y equívoco de Fernández Guerra. Este mal se descubre principalmente en la cronología de las comedias, casi toda ella mal averiguada hasta hoy, sin que en ello se haya dado un paso más desde que Fernández Guerra publicó su libro (1871). Es posible que *La Cueva de Salamanca* haya sido representada en el Teatro Real en julio de 1625, y *Los pechos privilegiados* en el palacio de Aranjuez por octubre del propio

---

* J. Ruiz de Alarcón y Mendoza, *Las paredes oyen*, edited with introduction and notes by Caroline B. Bourland. New York, H. Holt and Company, 1914, XXX, 189 págs.

año (pág. X); pero el editor debió indicar que toma estas noticias de Fernández Guerra, quien por cierto no nos da más indicación de sus fuentes que la siguiente: «Archivo del Real Palacio, Libros de Cámara, Biblioteca del Señor Duque de Osuna». (V. págs. 376-7 y 505, núm. 480 del *Alarcón.*) Notemos, por último, que Miss Bourland no aprovechó los datos que surgen del testamento de Alarcón, descubierto por Pérez Pastor y publicado por el Sr. J. O. Picón.

La parte crítica (págs. XV-XXII) concuerda con las opiniones recibidas, aunque las revisa por cuenta propia. Es sagaz el análisis de la «Doña Ana» y la influencia que ejerce su situación de viuda en la trama de la comedia. No convenimos en que los momentos de estilo florido de Alarcón sean precisamente gongorinos (pág. XV), ni creemos, como Lemcke en la frase citada por Miss Bourland, que sea Alarcón el mejor autor de retratos de carácter que posee la literatura española, como no se hable de *caracteres* en el sentido de Teofrasto. Más grandes pintores fueron el Arcipreste de Hita, Rojas, Cervantes y los autores de la picaresca.

En la transcripción se ha modernizado la ortografía y se ha introducido la división escénica. El prefacio nos advierte que las contracciones como *deste* por *de este* se conservan por razones fonéticas. Pero con este criterio (que por lo demás es el mejor) se debieron conservar casi todas las antiguas grafías.

Pág. VI: El editor dice que no tenemos datos sobre la vida de Alarcón anteriores a 1596, y declara haber consultado, entre otras obras, los «Estudios universitarios de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza», Nicolás Rangel. (*Bolet. de la Bibl. Nacional de México*, marzo-abril, 1913.) Ahora bien, en ese trabajo precisamente consta que en el libro de *Matrículas de Artes de* 1587 *a* 1600, figura inscrito un Juan Ruiz, a 19 de octubre de 1592. Según Rangel, fácil es que se trate de Alarcón, ya que el secretario Cristóbal de la Plaza solía simplificar las inscripciones su-

primiendo apellidos, y ya que la fecha de esta inscripción resulta compatible con las posteriores de Alarcón: los estudios de gramática le tomarían tres años, y así, concluídos éstos y ya en junio de 1596, aparece inscrito al primer curso de cánones. O Miss Bourland dudó de la identidad, o el desorden con que están vertidos los datos de Rangel ocasionó la inadvertencia. Por lo demás, es preferible que Miss Bourland no recoja esta suposición de Rangel, que nunca nos ha convencido.

Pág. VIII: No es muy seguro que *en todo caso* Alarcón se encuentre en Madrid en 1611. Léase atentamente la parte relativa en Fernández Guerra y se verá que no hay sobre esto el menor indicio positivo, así como tampoco sobre el hecho de que Alarcón viniera a la corte en el séquito del Marqués de Salinas, D. Luis de Velasco. Por otra parte, la frase inglesa «at all events he *went back* to Madrid in 1611», puede inducir a error, haciendo creer que Alarcón *volvía* a Madrid, siendo así que, hasta donde hoy alcanzamos, fué a su regreso de Nueva España cuando vino por primera vez a la corte.

Pág. XXVII: Dice que los versos de *Las paredes oyen* son de dos tipos: agudos y graves. No debió presentarse este fenómeno general de la métrica castellana como especial de esta comedia.

Págs. 183, núm. 853, y 184, núm. 864: Supone que falta una sílaba en los versos iniciales de la seguidilla *Venta de Viveros* y *Tan gustosa vengo* (pág. 101 del texto). Se trata de un caso de irregularidad frecuente en los metros populares, y no defectuoso. *

Es particularmente curiosa la nota de la página 165 sobre el día de San Juan.

RFE, 1915, tomo II, No. 1.

---

* Cfr. HANSSEN, *Notas al poema del Cid*, págs. 15-16. Anales de la Universidad de Chile, 1911.

DE BIBLIOGRAFÍA CUBANA *

El autor considera que los ocho años que abraza esta parte de su labor bibliográfica constituyen uno de los períodos más interesantes de las letras cubanas. En el prólogo apunta rápidamente los nombres que descuellan durante estos ocho años en la literatura de la isla, aludiendo también a los estudios y trabajos de extranjeros relativos a Cuba; procura asimismo dar una idea general de la época, recordando la fundación de instituciones y partidos políticos; todo de manera muy sucinta y más como inventario que como un cuadro elaborado de aquel período. La bibliografía, ordenada por años y alfabéticamente, suele contener algunos extractos de la crítica contemporánea sobre la obra descrita y algunas indicaciones acerca de la nacionalidad y biografía del autor. A veces estas indicaciones plantean, ya que no resuelven, problemas como el de atribución de una obra anónima. En general, se nota que los libros descritos han sido examinados directamente. Completan las indicaciones unos breves apéndices, y hay al fin un copioso índice de autores y de obras anónimas. El autor está probado ya en este género de trabajos, a que ha dedicado desde el año 1902 varios libros, indispensables en la biblioteca del americanista.

RFE, 1915, tomo II, No. 2.

---

* Carlos M. Trelles, *Bibliografía cubana del siglo XIX*, tomo VII, 1886-1893. Matanzas, 1914, 4°, IV, 402 págs.

UNA EDICIÓN DE CALDERÓN *

Contiene dos comedias de Calderón: *La vida es sueño* y *El Purgatorio de San Patricio*, según el texto de Hartzenbusch. Las notas explican alusiones literarias, declaran equivocada en muchos casos y con demasiada facilidad la gramática de Calderón y acumulan nuevos reparos de gusto personal a su estilo. Otras veces señalan un error científico, sin explicar que entonces ese error pasaba por verdad, lo que no es acertado en una edición pedagógica, como pretende el editor que sea la suya. A cada comedia precede una exposición de argumento con algunas líneas de intención crítica. Hay, además, una noticia bibliográfica de *La vida es sueño*, una biografía de Calderón y un prólogo en que el editor afirma que su propósito es dar una muestra de «un género de ediciones desconocido hasta hoy en España (!), pero corriente en Francia, en Alemania y en Inglaterra», y anuncia que, paralelamente a esta serie titulada *La Lectura de los Clásicos*, emprenderá otra —*La Lectura de los Modernos*—, en que estudiará, del mismo modo que en ésta, el estilo y la gramática de algunos escritores del siglo XIX.

RFE, 1915, tomo II, No. 1.

---

* CALDERÓN, *Teatro*, edición anotada por Miguel del Toro Gisbert. (La Lectura de los Clásicos.) París, Ollendorff, 1913, VIII, 360 págs.

UNA BIBLIOGRAFÍA SUDAMERICANA *

«Empeñado en escribir una *Historia de los Vascos en América*... he creído de absoluta necesidad reunir las fuentes históricas por orden de siglos y de países para conocer de qué materiales podía disponer para la ejecución de mi trabajo» (pág. 3). Y al efecto clasifica 367 papeletas, distinguiendo las 97 obras con que puede contar en Bilbao —donde trabaja— de las 270 que le son inaccesibles. El trabajo debe considerarse como conjunto de apuntes provisionales, de interés más bien privado, o que sirven para darnos a conocer, en parte, las fuentes de la *Historia de los Vascos en América*. En cambio, es muy discutible su interés general; desde luego, ¿cómo justificar una bibliografía histórica sudamericana en la que necesariamente se hace abstracción de la Nueva España? La moderna división geográfica de América no tiene, en este caso, valor histórico alguno. Pero, aun aceptando el criterio, es discutible el método de la presente bibliografía, ante todo, por la clasificación de obras que existen y obras que no existen en Bilbao; en seguida, porque es incompleta en lo esencial y copiosa en lo innecesario. La designación de las obras es vaga —a veces falta el año— y arbitraria; tampoco faltan títulos alterados; la historia política resulta confundida con los poemas; cierto libro de Suárez de Figueroa aparece citado dos veces —ambas con un título falso—, y la segunda como obra del siglo XIX, porque de ese siglo es la edición que el autor consultó; libros referentes a dos o tres países sólo se encuentran en la sección del segundo o tercero; las palabras extranjeras suelen estar equivo-

---

* S. DE ISPIZUA, *Bibliografía histórica sudamericana*. Ensayo. Bilbao, Eléxpuru, 1915, 4°, 19 págs.

cadas, y las noticias bibliográficas andan mezcladas con informes personales (hay un ejemplo en la página 15). Justo es decir, en abono del autor, que es más afortunado como historiador que como técnico de la bibliografía.

RFE, 1915, tomo II, No. 4.

BIBLIOGRAFÍA VENEZOLANA *

Contiene el libro 1439 números. «Las obras del período colonial y del de la conquista no están incluídas en este ensayo, porque de la bibliografía de esas épocas tiene escrito el Dr. Lisandro Alvarado un erudito trabajo que en breve dará a la luz pública. Además, sin olvidar, en lo relativo a los primeros cronistas, el estudio de nuestro sabio compatriota el Dr. Arístides Rojas (*Leyendas históricas de Venezuela.* Primera serie. Introducción, Caracas, 1890), han de considerarse obras completas en la catalogación general de la bibliografía americana las de Beristáin de Souza, Harrisse, Teruaux, Pinelo, Rich, Leclerc, Medina, Trömel, Stevens, La Viñaza y tantos otros.» (Proemio, págs. IX-X.) «Son numerosos los libros y estudios... de los cuales no puede [el autor] dar indicación bibliográfica precisa, y por esta razón se abstuvo de citarlos. Baste, para dar cuenta de la importancia de algunas de las piezas omitidas, consignar que entre ellas se encuentran juicios de autores tan ilustres como Carlyle, Chateaubriand y Dickens.» (Nota final del libro.)

M. Segundo Sánchez, *Bibliografía venezolanista.* Contribución al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, publicados o reimpresos desde el siglo XIX. Caracas, Empresa "El Cojo", 1914, 4°, X, 494 págs.

A la descripción bibliográfica suele acompañar alguna noticia biográfica, crítica, histórica. Obra de verdadero mérito en su línea.

RFE, 1915, tomo II, No. 4.

LOS MEJORES LIBROS CUBANOS *

El autor concibe su trabajo como mero índice para un estudio aún no realizado sobre el movimiento científico y literario de Cuba; y emprende la exposición de las obras que a su parecer poseen algún mérito sobresaliente en todos los ramos de la actividad intelectual. Como no podía concretarse a simples noticias bibliográficas y tampoco podía dar a su trabajo proporciones enciclopédicas, estudiando para cada obra el estado en que encontró la ciencia cubana y el estado en que la dejó, ha adoptado un procedimiento encomiástico y rápido que deja cierta impresión de vaguedad. Sería necesario haber buscado los adjetivos insustituíbles para cada hombre y cada libro, que es, quizá, pedir demasiado. Del capítulo "Poesía" extraemos las siguientes líneas: «Se puede decir, sin temor a ser desmentidos, que la isla de Cuba es el país de la América latina que ha producido mejores poetas líricos.» No creemos que lo aprueben muchas otras repúblicas americanas. Acaso debemos considerar este trabajo —sin negar la seriedad de su propósito— como una invasión discreta y modesta de la bibliografía en el campo de la crítica superior.

RFE, 1915, tomo II, No. 4.

---

* Carlos M. Trelles, *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*. Habana, Imp. "El Siglo XX", 1914, 8°, 61 págs.

SOBRE LA AVELLANEDA *

Breve estudio en que el autor procura definir las características de la poesía de la Avellaneda, dejando aparte el análisis de sus cualidades formales. Examina las dos tendencias de la crítica: ya a considerar a la poetisa como un ser varonil, ya a considerarla como típicamente femenina. Estudia a los maestros de su misma tradición estética (Heredia, Quintana, Gallego), destacando las condiciones propias de la poetisa, aunque sin negar las influencias formales que de aquéllos pudo recibir; y establece, finalmente, los caracteres de la obra de la Avellaneda —expresión tumultuosa del amor divino y humano—, insistiendo en cierto «misticismo sin antecedentes en la literatura castellana de su época», que el crítico cree percibir en esa obra; obra del genio individual —declara—, no del de su pueblo o su raza.

RFE, 1915, tomo II, No. 4.

SOBRE GÓMEZ CARRILLO **

En el prólogo de esta nueva edición nos cuenta el autor que en cierta obra alemana sobre las nuevas corrientes religiosas, su *Modernismo* aparece citado como «la única obra importante escrita en español sobre las

---

* J. M. Chacón, *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Las influencias castellanas. Examen negativo.* Conferencia leída el 19 de abril de 1914 en la Sociedad de Conferencias. Habana, Imp. "El Siglo XX", 1914, 4°, 28 págs.

** E. Gómez Carrillo, *El Modernismo*, nueva edición, corregida. Madrid, F. Beltrán, 1914, 8°, 317 págs.

tendencias actuales de la Iglesia católica.» Aunque parece humorada, podemos asegurar que el dato no ha sido inventado. *El Modernismo* es una amena exposición de ciertos aspectos de la literatura francesa post-romántica en artículos escritos con ocasiones diversas de actualidad, temas que el autor trata mucho mejor que otros reservados al especialista (Grecia, Jerusalén, etc.). Es Gómez Carrillo un representativo de cierta generación de literatos a quienes París —más o menos exactamente interpretado— despertó a la vida intelectual. Su crónica de bulevares ha hecho escuela. Su concepción de París tuvo su época, y despertó en América una corriente de benéfica curiosidad. La literatura de Gómez Carrillo en este libro, como en los demás, es siempre periodística; pero el declararlo así no implica una censura, sino más bien una definición de carácter. Hoy por hoy la literatura periodística responde a una necesidad demasiado evidente para que tengamos derecho a discutir su eficacia. Otro representativo —y de prima calidad— «Azorín» ¿no ha dicho, hace un año, que prefería la labor periodística a la otra?

RFE, 1915, tomo II, No. 4.

1916

UN VIAJE DE «AZORÍN» *

Con ocasión del centenario del *Quijote*, y mientras otros acopiaban materiales para la erudición, «Azorín» prefirió emprender un «viaje sentimental» siguiendo las huellas del héroe novelesco; y, saliendo por «el antiguo y conocido campo de Montiel», retratar pueblos y paisajes, tipos y costumbres rurales, refiriéndolo todo, por medio de finas evocaciones, a las escenas y pasos del *Quijote*. Así nació en 1905 este libro, de que hoy se publica la tercera edición, ilustrada con fotografías de los lugares clásicos y de aquellos de sus habitantes en quienes «Azorín» cree sorprender los rasgos de los personajes novelescos. Las fotografías, lo mismo que la ligera e indispensable erudición que aparece por las páginas, están aprovechadas con una casi imperceptible intención humorística. El libro actual, aunque dominado todo por el recuerdo de Cervantes, puede considerarse como afín de *Los Pueblos*, del mismo autor; como una serie de ensayos sobre la España aldeana. La obra termina con una «pequeña guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del centenario», en que se les pone al tanto del «tiempo que se pierde en España».

RFE, 1916, tomo III, No. 1.

---

* «AZORÍN», *La ruta de Don Quijote*, 3ª ed., ilustrada. Biblioteca Renacimiento, Madrid-Buenos Aires, 1915, 8º, 203 págs.

PROSA DE RUBÉN DARÍO *

Colección de artículos escritos durante la estancia del poeta en España por los años de 1899; notas de viaje, rápidas y brillantes impresiones sobre ciudades, gentes, aspectos sociales o rasgos pintorescos, de preferencia sobre aquellos temas que pueden tener interés igualmente para España e Hispanoamérica, todo lo cual debe considerarse como una de las fases de esa campaña social que tocó cumplir a Rubén Darío: el acercamiento intelectual de España y América. La prosa de Darío no ha sido estudiada todavía; la agilidad y riqueza de su sintaxis no ha sido valorada, y sus ocasionales caprichos de vocabulario —hijos, más que del galicismo, como suele decirse, del internacionalismo— son más que tolerables en tan grande renovador y, muchas veces, verdaderos aciertos. A su editor póstumo está reservado un trabajo enojoso: discernir, entre los muchos artículos que durante estos últimos años han corrido por las revistas bajo la firma de Darío, los que realmente escribió éste y los que redactaron sus jóvenes secretarios.

RFE, 1916, tomo III, No. 1.

---

* R. Darío, *España contemporánea.* París, Garnier Hnos., s. a., 8°, 394 págs.

DOCUMENTOS MEXICANOS *

«Presentan sumo interés los documentos inéditos que forman esta colección, tanto porque están suscritos en su mayor parte por personas de alta jerarquía y de indiscutible veracidad, cuanto porque dan una idea más cabal de la vida de la Nueva España durante el siglo XVI que cualquiera otra colección de las publicadas hasta hoy», dice en el prólogo Genaro García, antiguo director del Museo de México, bajo cuyos auspicios se publican estos documentos. Junto a papeles y cartas del Arzobispo Fr. Juan de Zumárraga, que vienen a completar la colección del ilustre Icazbalceta, contiene el volumen cartas de los padres cronistas Motolinía, Mendieta, etc., del Marqués de Villamanrique, de D. Luis de Velasco y del Conde de Monterrey a los reyes de España. Valiosa como es la colección, es de lamentar que su autor no la haya acompañado de un estudio que le diera sentido y apreciara el valor histórico de cada documento o grupo de documentos.

RFE, 1916, tomo III, No. 2.

---

* P. M. Cuevas, *Documentos inéditos del siglo XVI para la historia de México*. México, Talleres del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1914, fol., xxxi, 521 págs.

SOBRE MAYANS Y SISCAR *

«Le hasard m'ayant mis sous les yeux un lot de soixante treize lettres de Mayans, adressées les unes à D. Blas Jover Alcázar, qui complètent la correspondance publiée en 1789, les autres à D. Francisco de Almeida, à D. José Bermúdez et à D. Miguel María de Nava, il m'a semblé qu'il pouvait y avoir quelque interêt à y recueillir les traits qui peignent l'homme avec ses qualités et ses travers, et qui éclairent aussi certaines questions, à l'ordre du jour parmi les hommes d'études d'alors...»

El opúsculo comienza por una noticia sobre las cartas de Mayans, que permite, a la vez, apreciar la inmensa actividad epistolar de éste, y el lugar que en ella corresponde a la nueva colección descubierta por A.M.-F. Estudia después la conducta de Mayans frente a sus émulos o adversarios, destacando como su rasgo característico la vanidad; examina, sin pretensión de agotar el tema, la actitud del erudito valenciano ante sus protectores, amigos y protegidos; y, al lado de esta valoración del hombre, ensaya la de la obra, indicando los principales servicios que la historia literaria le debe y sus condiciones como escritor erudito e historiador, su actitud como reformador de la enseñanza universitaria del derecho, los estudios latinos y la filosofía de la escuela. Sólo omite, de caso pensado, cuanto se refiere a los trabajos emprendidos por Mayans en colaboración con Jover sobre las relaciones del Estado con la corte de Roma, el derecho eclesiástico, los concordatos, etc., porque «para juzgar este aspecto de su actitud —explica— se necesitan conocimientos especiales de que carezco.»

Estudio sintético en que la obra y el hombre se van explicando y completando, además de fijar el valor

---

* A. Morel-Fatio, *Un érudit espagnol au XVIIIe siècle, D. Gregorio Mayans y Siscar*. Ex.: *Bulletin Hispanique*, XVII, 1915, nº 3. Burdeos-París, 1915, 4º, 72 págs.

de Mayans en la literatura española, resulta de muy amena lectura como «documento humano», por la finura con que M.-F. penetra en la psicología de este «caso de vanidad». El opúsculo es ejemplo de erudición elaborada: no hay en él dato que no tenga un sentido, y que no sirva para la pintura del hombre o de la época. De paso, quedan plenamente estudiados varios «incidentes» de la erudición española en el siglo XVIII. «Si el ejemplo de Mayans —concluye M.-F. juzgando en conjunto la obra del valenciano—, en el dominio en que cosechó sus mejores lauros, hubiera sido imitado, los estudios de historia literaria, tan abandonados en España desde fines del siglo XVIII hasta fines del XIX, habrían alcanzado inmenso desarrollo, produciendo resultados que todavía estamos esperando.»

RFE, 1916, tomo III, No. 2.

SOBRE ALARCÓN *

Esta conferencia, pronunciada por su autor en una librería de México el año de 1913, contiene lo más exacto y lo más sugestivo que se ha escrito sobre Alarcón. No es frecuente el intento de ahondar en la sensibilidad de un escritor, iluminando aquellos momentos esenciales de su actividad que más tenuemente percibimos. A la vez que una obra de belleza, el presente opúsculo es una obra de orientación al combinar prudentemente los métodos históricos con las interpretaciones psicológicas fundadas en la observación y en el testimonio de las letras de un

* P. Henríquez Ureña, *Don Juan Ruiz de Alarcón*. Habana, Imprenta "El Siglo XX", 1915, 4°, 23 págs.

pueblo. Ya los contemporáneos de Alarcón se dieron cuenta de su singularidad: según Montalván, disponía sus comedias con «novedad, ingenio y extrañeza». Henríquez Ureña trata de apreciar las causas de aquella singularidad: Alarcón es, en primer lugar, mexicano y abandona su país natal —según los últimos descubrimientos de N. Rangel— cuando había ya andado más de la mitad de su vida (1613). «Sobre el ímpetu y la prodigalidad del español europeo se ha impuesto, como fuerza moderadora, la prudente sobriedad, la discreción del mexicano.» Henríquez Ureña ha procurado antes fijar algunos rasgos del carácter de los habitantes de Nueva España y, en general, de la literatura mexicana, tanto frente a la española como a las demás del Nuevo Mundo, que define con toques sintéticos y vivos. Su paralelo entre las modernas tendencias de la pintura española y la mexicana es una página de alto valor literario. Pudiera dudarse de que, en tiempos de Alarcón, existieran, ya definidos, los caracteres del «mexicanismo»; pero, además de los argumentos aducidos por el autor, cabe añadir los siguientes, que, si no nos engañamos, han sido aprovechados por Henríquez Ureña en un curso especial sobre las literaturas hispanoamericanas dado en la Escuela de Altos Estudios de México, con posterioridad al presente opúsculo: el médico español Juan de Cárdenas, en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, 1591, * establece la más clara distinción entre el español peninsular y el indiano, advirtiendo como características de éste cierta delicadeza retórica y una urbanidad algo alambicada, como la que puede notarse en pasajes alarconianos consagrados a fórmulas de cortesía (cfr. J. García Icazbalceta, *Obras*, Bibl. de Aut. Mexic. de V. Agüeros,

* Impreso por segunda vez en México, Imp. del Museo de Arqueología, 1913. Véanse págs. 159 y sigs.

México, I, págs. 220 y sigs.) * Tomás Gaje, escritor de la época, advierte que la diferencia entre peninsulares y criollos era ya pronunciada al comenzar el siglo XVII, y los más autorizados historiadores están de acuerdo en reconocerla como el principal factor de los intentos de rebelión de los hijos de Cortés y, más tarde, de la autoridad clerical, bajo el virreinato del Conde de Gelves (cfr. J. M. L. Mora, *México y sus revoluciones*, París, Lib. de Rosa, 1836, III, págs. 240-256). En el manuscrito que contiene las poesías de Terrazas (Icazbalceta, II, págs. 282-286) hay tres sonetos, que son como un diálogo satírico en que peninsulares y criollos se motejan respectivamente, y que pueden verse en M. Menéndez Pelayo, *Hist. de la poesía Hisp.-americ.*, 1911, I, 46, n. Insértalos ** Baltasar Dorantes de Carranza en su *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (escrita por 1604 e impresa en México, Imp. del Museo Nacional, 1902), quien trae asimismo curiosas invectivas en que se descubre la inquina contra los advenedizos indianos. Finalmente, es muy conocido ya aquel trozo de Suárez de Figueroa en el *Pasajero*, 1617, que comienza: «Las Indias, para mí, no sé qué tienen

---

* Ya en el siglo XIX, la señora de Calderón de la Barca, en su libro *Life in Mexico* (edic. "Everyman"), págs. 82 y 92 —obra fundamental en el estudio de las costumbres mexicanas—, trae curiosas páginas sobre la cortesía de los habitantes de la capital de aquella república.

** De estos tres sonetos, uno por lo menos —el que empieza: *Minas sin plata, sin verdad mineros*— se lee en el fol. 77 v del Cartapacio poético de Mateo Rosas de Oquendo (Bibl. Nac. de Madrid. núm. 19387), que ha sido estudiado y publicado parcialmente por Paz y Melia en el *Bulletin Hispanique*, 1906. Allí puede verse (fol. 82 v) un soneto semejante dedicado a "Lima del Pirú" (donde Oquendo parece que vivió diez años), que es manifestación del mismo fenómeno que observamos en México ("Un bisorrey con treinta alabarderos"). Ver A. Reyes, *Capítulos de Literatura Española*, 1ª serie, México, 1939, págs. 21 y sigs. y también los estudios sobre Ruiz de Alarcón.

de malo que hasta su nombre aborrezco. Todo lo que viene de allá es muy diferente, y aun opuesto, iba a decir, de lo que en España poseemos y gozamos.» (Edición de "Renacimiento", Madrid, 1913, pág. 147.) Pero la nacionalidad de Alarcón no lo explica todo, como desde el principio lo declara Henríquez Ureña: «Las cualidades de nación y de época —añade— forman el marco que encuadra las individualidades.» Y la principal cualidad de Alarcón consiste en la «trasmutación de elementos morales en elementos estéticos». Aquí debe tenerse en cuenta la deformidad de Alarcón: «La hiperestesia espiritual lleva fatalmente a una actitud y a un concepto de la vida hondamente definidos y tal vez excesivos.» Ampliaríamos el pensamiento de Henríquez Ureña, notando cómo el forzado aislamiento en que vivió Alarcón pudo suscitar en él reacciones —trasmutadas de lo moral a lo estético— contra el inmenso favor de que disfrutaba Lope. Algunas notas, como aquella en que se indican las bases posibles para la cronología de las comedias alarconianas, son muy importantes, aun a título de mera hipótesis.

En colaboración con D. Américo Castro.

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

SOBRE MESONERO ROMANOS *

Esta colección para uso escolar contiene: «El Retrato», «La empleomanía», «El amante corto de vista», «El barbero de Madrid» y «La casa de Cervantes», tomados del *Panorama Matritense;* «El alquiler de un cuarto» y «El romanticismo y los románticos», de las *Escenas Matritenses;* y «Tengo lo que me basta», de *Tipos y Caracteres.* El texto se basa en la edición en 8 vols. de Madrid, 1881, la última revisada por el autor. La introducción, notas y vocabulario son excelentes, lo mismo que las indicaciones bibliográficas previas y las que andan dispersas en las notas finales. La introducción presenta el cuadro literario y social del romanticismo, destacando en él la figura de Mesonero —que representa una reacción instintiva del naturalismo castizo—, y debe ser leída en consonancia con la nota sobre «El romanticismo y los románticos». Si el editor hubiera anotado también las primeras frases de «El amante corto de vista» —donde Mesonero se excusa de particularizar circunstancias que pudieran quitar a sus sátiras carácter general—, habría tenido ocasión de decirnos lo que hubo de preceptista, a la manera del siglo XVIII, en Mesonero. El no haber insistido en el falso problema de la prioridad de Mesonero sobre Larra, o viceversa, por cuanto a la sátira de costumbres, más bien se le debe agradecer. En cuanto a la selección de textos, repetiremos, con P. H. Churchman (*Modern Language Notes*, Baltimore, XXX, 4), que no habrá dos críticos que coincidan, tratándose de una obra tan vasta, y añadiremos: tan vasta y tan uniforme. Mesonero no es escritor de momentos agudos, y ni siquiera lo es de gran relieve. Lo que da sabor a su obra es la

---

* *Selections from Mesonero Romanos*, edited with Introduction, Notes, and Vocabulary, by George Tyler Northup. New York, Henry Holt and Company, 1913, 12°, XXIV, 188 págs. y retrato.

persistencia, la cantidad. En todo caso, como advierte Churchman, se percibe en esta edición el propósito de dar una nota meramente literaria con «El Retrato» y «La casa de Cervantes»; de ambiente español, con «La empleomanía», «El alquiler de un cuarto», «Tengo lo que me basta», y aun «El barbero de Madrid». «El amante corto de vista» y «El romanticismo y los románticos» dan la nota de época. Los textos son correctos. Se han suprimido los epígrafes clásicos con que Mesonero solía encabezar sus artículos, y en «El romanticismo y los románticos» se han suprimido, sin advertirlo en forma alguna, más de dos páginas del texto en que se cuenta el episodio del joven romántico con la criada gallega, que ni siquiera es demasiado escabroso, sobre todo para estudiantes de literatura española. Observaciones al texto: Págs. 3 y 171 dice «prorumpió», «prorumpir» y aunque ésta es la ortografía del texto original de 1881 (pág. 3), no debió conservarse. Pág. 47, lín. 7: «Luego» debe ir seguido de una coma, aunque no la ponga el texto original (pág. III), porque es adverbio de tiempo, no conjunción consecutiva. Pág. 60, lín. 20: ha de haber coma después de «así», aunque falte en el original, del mismo modo que se puso una coma antes de dicha palabra, donde falta en el original (pág. 124). Respecto a las notas, Churchman, que ha dedicado estudios especiales a la materia, advierte que la frase «The influence of Byron is partly to be explained by the glowing descriptions of Spain in *Child Harold*», es doblemente inexacta: Byron influye más en Francia que en España, sin que pueda esto atribuirse a las descripciones de Francia; además, mucha parte de este poema —que no se señala entre nuestras primeras versiones de Byron— es más bien injuriosa para España. Acaso hubieran merecido nota algunas expresiones defectuosas de Mesonero, como éstas: página 31, lín. 21: «mientras el cual» (pendant lequel?); pág. 55, lín. 10: «designaba» (dessinait?); pág. 75, lín. 24: «Ea bien» (Et bien?), todos posibles galicismos. El pasaje de

la pág. 79, líns. 20-25, debió ser comentado con referencia a la frase hecha: «Dormirse sobre sus laureles.» El vocabulario final está, sin duda, cuidadosamente calculado para los estudiantes de segundo año de español. Nos faltan datos para apreciarlo; pero, juzgando por analogía, parece que convendría explicar los siguientes lugares: pág. 3, lín. 5: «don *No-sé-quién*» (así como se explica el «don *Tal*» de la lín. 27); pág. 11, lín. 18: «nuestra casa fué muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid»; pág. 12, lín. 7: *propaganda*, por «propaganda liberal», frase de aquel tiempo. Finalmente, la palabra *celosía* (pág. 50, lín. 23) no está bien vertida por la inglesa «jealousy» (pág. 128 b), aunque se trate en el caso de una escena de celos; porque, o es un galicismo, o es un equívoco cuyo sentido debió explicarse al estudiante. Conviene añadir en la bibliografía la obra de Le Gentil sobre Bretón de los Herreros.

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

UN LIBRO DE EGUÍA RUIZ *

Libro de artículos en que el autor recorre los campos de las literaturas noruega, italiana, polaca, francesa y española, desde Björnstjerne Björnson hasta Ricardo León. Puede considerarse como una de esas obras de carácter singular que se producen al margen de la vida literaria, donde a veces el gusto crítico padece por preocupaciones de orden ajeno, y que acusan un espíritu poco abierto a las novedades, y nunca al tanto de los verdaderos motivos

* C. Eguía Ruiz, *Literaturas y Literatos. Estudios contemporáneos.* Madrid, Sáenz de Jubera Hnos., 1914, 8°, 460 págs.

que determinan tal o cual evolución intelectual. Esta circunstancia, el atacar los problemas bajo perspectivas irreales, impide a este género de obras alcanzar la relativa popularidad que el público concede a la crítica; mientras que cierto aire de desahogo y divagación personales, y hasta el estilo mismo con que están urdidas, las aleja de la categoría de obras científicas, a la que, por otra parte, no suelen aspirar. Téngaselas por ensayos de un escritor curioso, que no ha vacilado ante la tarea de juzgar muchas cosas por su propia cuenta.

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

LA ÉPOCA DEL "QUIJOTE" *

Traza el autor la biografía de Cervantes, fundándose en copiosa documentación, y entra después en consideraciones sobre el carácter de aquella época, aprovechando muchas veces las enseñanzas que el *Quijote* mismo nos proporciona. Esta parte del libro puede considerarse como una acertada y amena popularización de los problemas que ofrece el estudio de Cervantes y de su obra central. Hay a continuación un examen sobre «La idea del *Quijote* en Inglaterra, desde Chaucer hasta Beaumont y Fletcher», donde —sin pretender ni presentar la seguridad del método comparativo— aprovecha el autor sus vastos conocimientos de la literatura inglesa, reaviva más de una noticia ya borrosa, y auxilia las meditaciones del

* J. DE ARMAS, *El "Quijote" y su época.* Madrid-Buenos Aires, Renacimiento, 1915, 8°, 267 págs.

lector sobre la última significación ideal del *Quijote*, evocando ficciones literarias que pueden considerarse como afines de la novela de Cervantes.

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

DE BIBLIOGRAFÍA CUBANA *

Da fin el autor a su magna tarea comenzada por los años de 1910, incluyendo en el presente volumen 3600 números, entre folletos y libros, de la época que llama «la segunda y terrible guerra de Independencia». «Como es natural —advierte—, en ese período, el más agitado y tremendo de la historia de Cuba, no era posible que florecieran las letras y las ciencias.» Los ocho tomos de que consta la obra arrojaron un total de 22700 números; y a esta obra deben añadirse los dos volúmenes del *Ensayo de bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*, del mismo autor. Por meras consideraciones de espacio se ha dejado fuera el año de 1900. En el apéndice de la página 409 se hallará un breve resumen o «balance intelectual de Cuba» en el siglo pasado, y todavía ofrece el autor volver sobre la materia, clasificándola metódicamente. Hemos dicho en esta Revista (II, No. 2), que esta obra es indispensable en la biblioteca del americanista. La bibliografía americana cuenta ya con libros fundamentales. (Ver página 29 de este libro).

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

---

* C. M. Trelles, *Bibliografía cubana del siglo XIX*, tomo VIII, 1894-1899. Matanzas, Quirós y Estrada, 1915, fol., 516 págs.

UNA ANTOLOGÍA ESPAÑOLA *

Va precedida esta antología de una introducción sobre el espíritu general de la literatura española, y, como dedicada a los estudiantes extranjeros, se ha invertido en ella el orden habitual, de manera que comienza por los escritores del siglo XIX y acaba por los más remotos. Divídese, además, en dos secciones: una para la prosa y otra para la poesía. Una pequeña noticia bibliográfica acompaña a cada autor. La colección no va más allá del siglo XVI. Los autores más modernos que abarca son Fernán Caballero y Zorrilla. ¿Por qué no escoger, para el siglo XV, a Pero López de Ayala o un trozo de *La Celestina*? Y en el siglo XVI, ¿por qué olvidar la prosa de Fr. Luis de León? Entre los antiguos romances hay seguramente muchos más característicos del género, sin necesidad de acudir a los que puso Menéndez Pelayo en sus *Cien mejores poesías*. El divino Herrera ha sido suprimido, lo mismo que Meléndez Valdés. Y donde ha cabido Guillén de Castro, bien pudieron caber Montemayor, Gil Polo, Francisco de la Torre. Y, sobre todo, ¿qué hacen en la colección esos versos de D. Eugenio de Ochoa, cuando no hay una sola línea de Espronceda? Por lo visto este libro, que aparece aquí en su novena edición, se viene reproduciendo mecánicamente sin que nadie ponga en él la mano, siquiera para rectificar errores tan groseros como incluir entre la prosa del siglo XV el *Centón* de Cibdad Real.

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

---

* P. Hernández y A. Le Roy, *Morceaux choisis des classiques espagnols*. (9ª édit.) París, Hachette, 1914, 16°, 314 págs.

LOS VASCOS EN AMÉRICA *

Trata el autor en este segundo tomo los capítulos relativos a México, Centro-América y las Filipinas, y estudia las figuras de Zumárraga y Mendieta. Bien informado de su asunto, produce una obra a la que no puede faltar sitio en la biblioteca del americanista. Si algún error puede señalársele, es el de haber concebido como obra de conjunto lo que debió ser planeado como una serie de monografías: los vascos no cumplieron ninguna labor autonómica en América, sino que tales o cuales vascos figuran en la labor común de España al lado de los castellanos. No hay, pues, lugar a una historia de los vascos en América, sino a una serie de artículos aislados sobre los vascos en América. El autor expía su error teniendo que recontar los episodios del descubrimiento y conquista, lo cual, en rigor, se sale de su asunto. El libro es de fácil lectura, y resume gran cantidad de documentos.

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

SOBRE HEREDIA **

«Son dos mundos esencialmente distintos el de la poesía moderna y el de la poesía de Heredia.» Sólo el método histórico-comparado puede darnos el contenido positivo de su obra. El empleo exclusivo del criterio psi-

---

* S. DE IZPIZUA, *Historia de los vascos en el descubrimiento, conquista y civilización de América*, tomo II. Bilbao, José de Astuy, 1915, 8°, XV, 354 págs.

** J. M. CHACÓN Y CALVO, *José María Heredia*. Habana, Imp. "El Siglo XX", 4°, 44 págs.

cológico o del criterio estético conduciría, en este caso, a resultados más bien negativos. Hay en Heredia un valor actual: su visión sintética en las descripciones y ese matiz de poesía civil, sin precedentes claros en la literatura, por lo vago, impreciso y ajeno al procedimiento oratorio, que el conferenciante llama «poesía civil *interna*». Y hay en Heredia un valor inactual: poeta de escuela y de época, se explica con referencia a ellas esa constante exterioridad en todas las demás notas de su poesía, ora sean amorosas o patrióticas, y en vano se buscarían en él emociones complejas. Contra lo que ha dicho la crítica, es poeta sin musicalidad íntima ni verdadero lirismo. Para la crítica reconstructiva de Heredia, faltan, por desgracia, los materiales, y su biografía ofrece problemas no resueltos. Y de paso, aprovechando descubrimientos de N. Rangel —que aquí se publican por vez primera— y los suyos propios, rectifica el autor varios puntos de esta biografía, que redundan sobre el problema de las influencias, y logra señalar tres momentos capitales en la obra de Heredia: «el de su primera estancia en México (época de formación y de probables influencias humanísticas); el del estudio asiduo de los poetas salmantinos (este momento coexiste con el primero; pero se extiende hasta gran parte de la vida del poeta) (Cienfuegos, Jovellanos, Meléndez), y el del inicio de la tendencia romántica (culto al seudo Ossián, traducciones e imitaciones de Byron, Millevoye, Lamartine).» Del análisis de estos tres momentos, que el autor bosqueja a continuación con todo acierto, resulta que la influencia de los poetas salmantinos la debe al ambiente mexicano de comienzos del pasado siglo, así como aquel fondo de cultura humanística que descubren sus primeras poesías; un humanismo pálido, pero bastante generalizado todavía, respondía, a distancia, al gran humanismo mexicano del siglo XVIII (v. L. G. Urbina, P. H. Ureña y N. Rangel, *Antología del Centenario*, México, 1910, II, págs. 661 y sigs. y P. H. Ureña, *Traducciones y paráfrasis en la literatura mexica-*

na de la época de la independencia, en «Anales del Museo Nacional de Arqueol., Hist. y Etnol.», México, 1913, V); resulta, además, que refleja las dos fases sucesivas de la lírica salmantina: la erótica y la didáctica (v. M. Menéndez y Pelayo, *Hist. de la poesía hisp. americ., I*). El autor nota, de paso, una reminiscencia hasta hoy no advertida, en Heredia, de Jovellanos. Las poesías de esta época oscilan entre lo prosaico y lo oratorio. En cuanto al movimiento romántico, sólo hay un asomo de él en Heredia, prefiriendo, al aprovechar la poesía ossiánica, la nota misteriosa a la amorosa. Sobre las conclusiones de Menéndez y Pelayo, avanza el autor estableciendo, entre Millevoye y Heredia, «una concordancia, una armonía espiritual basada en una misma interpretación melancólica del mundo físico.» Y quedan, finalmente, las dos notas personales de Heredia: la emoción sintética descriptiva, sugerida por los valles de México, y la «poesía civil *interna*». Piñeyro sostuvo con razón, contra Menéndez y Pelayo, que la nota patriótica es la esencial en Heredia; comienza por manifestarse como una nostalgia de la patria, que irrumpe por mil partes en sus grandes odas descriptivas, y acaba en un gran anhelo, íntimo, concreto, de libertad. Esta conferencia, desarrollada con método seguro y entre ilustraciones oportunas para su público, debe leerse con referencia al estudio del mismo autor, escrito con anterioridad, pero publicado recientemente: *Vida universitaria de Heredia. Papeles inéditos* (*Cuba Contemporánea*, XI, 3, págs. 200-212), que resume los problemas de la biografía de Heredia y produce sobre ella nuevas y preciosas investigaciones. El crítico debe aún darnos un capítulo sobre la situación de Heredia en la poesía americana y su influencia ulterior.

RFE, 1916, tomo III, No. 3.

1917

FORTUNA ESPAÑOLA DE UN VERSO ITALIANO

(PER TROPPO VARIAR NATURA É BELLA)

A. Morel-Fatio, en la *Revista de Filología Española*, 1916, III, No. 1, estudia la fortuna que en España ha tenido el verso italiano que encabeza estas líneas, y que suele encontrarse con algunas variantes. Esta nota viene a ser continuación de otras anteriores. Encuentra la tradición de este verso en el *Arte nuevo de hacer comedias*, por Lope de Vega; en el *Diálogo de las condiciones de las mujeres*, de Cristóbal de Castillejo; en el *Carlo Famoso*, de Luis Zapata; en *La Galatea*, de Cervantes; en las comedias de Lope de Vega *Los peligros de la ausencia* y *Amar sin saber a quién;* en *Todo es ventura*, de Alarcón; en *El celoso prudente* y *Don Gil de las calzas verdes*, de Tirso de Molina; en Vicente Espinel y en el príncipe de Esquilache; en Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*; en el *Estebanillo González;* en *Las Pelucas de las damas*, sainete de Comella, y en *Burla burlando*, de F. Rodríguez Marín.

Como Arturo Farinelli hubiese puesto en duda si el pretendido verso italiano era realmente un verso o una locución proverbial, en el número 2o. del propio tomo de

aquella revista, don Enrique Díez-Canedo pone en claro que se trata efectivamente de un verso, el cual aparece en un soneto del poeta Serafino de'Ciminelli o Serafino Aquilano (1466-1500). Este soneto, según la investigación de Díez-Canedo, aparece en un libro español de carácter antológico, de Micer Andrés Rey de Artieda (Zaragoza, 1605), donde también se encuentra la traducción del dicho soneto por Rey de Artieda.

Puedo ahora proporcionar dos datos más sobre el mismo tema:

En la primera parte del *Guzmán de Alfarache* (Barcelona, 1599) aparece un «Elogio» de Alonso de Barros en alabanza de la obra y de su autor. Casi al fin se lee: «...pues es cierto que no puede escriuirse para todos, y que querría, quien lo pretendiesse, quitar a la naturaleza su mayor milagro, y no sé si su belleza mayor, que puso en la diuersidad...» En cierto romance de Calderón «a una dama que deseaba saber su estado, persona y vida» (B. de A. E. Rivad., XXIV, pág. 586 b, Apéndice 1) se lee:

Y como, al fin, por el *troppo*
Variar bella es natura,
De las dos con que me hallo,
Una es morena, otra rubia.

RFE, 1917, tomo IV, No. 2.

RUIZ DE ALARCÓN *

La presente edición reproduce, con ortografía moderna, una de las comedias no coleccionadas por el autor, según el texto más antiguo que de ella se conserva, que es el de Diego de Logroño, *Laurel de Comedias, Cuarta parte de diferentes autores*, Madrid, 1653, fols. 73-93 v, y aprovecha la de Hartzenbusch en la Colección Rivad., vol. XX.

En la nota bibliográfica final se advierte desde luego una omisión que redunda en perjuicio del estudio de Bonilla: además del artículo que apareció en el Boletín de la Biblioteca Nacional de México, año de 1913, Rangel ha publicado —en los números 1 y 2, año de 1915, del mismo Boletín— el fruto de investigaciones posteriores sobre Alarcón. Por ellas se ve desde luego que la autenticidad del retrato reproducido en la presente edición es más que discutible. ** Hay que recordar también la obra de Da. Blanca de los Ríos, *Del Siglo de Oro*, por contener un nuevo documento universitario de Alarcón. Un error ha podido deslizarse en la página VII: Pérez Pastor, entre los documentos sobre Ruiz de Alarcón que figuran en su *Bibliografía madrileña*, tomo III, publica dos (núms. V y VI), de los que resulta que el Rey concedió a Alarcón, en 1619, el hábito de Alcántara, «no embargante que su madre y abuelo materno no eran nobles, en que dispensó Su Santidad.» Los documentos transcritos por Pérez Pastor no se refieren al poeta D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza —¿podía darse más noble apellido que el ma-

---

* D. Juan Ruiz de Alarcón, *No hay mal que por bien no venga* (*Don Domingo de don Blas*). Comedia famosa. Publícala A. Bonilla y San Martín, Madrid, Ruiz Hermanos, 1916, 16°, XXXVIII, 195 págs. (Clásicos de la Literatura Española.) Con un retrato.

** Escrito lo anterior, veo que el mismo Bonilla ha hecho las rectificaciones del caso en notas adicionales al *Peribáñez* y el *Comendador de Ocaña*, de esta misma Colección.

terno de Mendoza?—, sino a D. Juan Ruiz de Alarcón y Andrada, señor de Buenache y villa de la Frontera. *

No es justo señalar como rimas defectuosas de Alarcón (núm. II, pág. 183) «afecto» y «secreto», y aun «ganalles» y «confiarles»; en ambos casos la pronunciación uniformaba la rima, y en el segundo caso la anomalía se debe a que en la impresión se escribió «confiarles» por «confialles»; es sabido que las dos formas coexistieron. Lo mismo puede decirse de «calle» y «hablarle» (I,4), «merecerlas» y «estrellas» (II,3), «hablarle» y «calle» (II,11), que no nota el editor.

Algunas correcciones introduce el editor en el texto, dando cuenta en las notas y copiando la lección primitiva. En el verso de la nota 5, pág. 10, preferimos la lección primitiva, y creemos que el «la» se refiere a «granjería». Tal vez debió dejarse el «que» de la página 30, nota 12. Y en la página 41, nota 20, parece que debió respetarse la forma primitiva y puntuarse de otro modo.

Corrección del Sr. Bonilla:	Texto original:
Pagarálo de contado.	Pagarálo de contado;
¡Qué poca maña sería	que, por mañana, sería
Que él esté en Zamora un día	que él esté en Zamora un día
Sin habérsela pegado!	sin habérsela pegado.

Dejar para mañana el cobrarle, tanto sería como haberle dejado vivir un día en Zamora —a D. Domingo, que acaba de llegar— sin habérsela pegado. Página 53, nota 23, probablemente debe quedar la palabra «estrañar», que parece tener el significado de «estrenar». Página 136, notas 55, 56 y 57, los versos debieron quedar en su forma primitiva. Al modernizar la ortografía se han ahorrado muchos acentos.

RFE, 1917, tomo IV, No. 2.

---

* Véase Arch. Hist. Nac. *Pruebas de Alcántara*, núm. 1334.

EL CURA EN CERVANTES *

La introducción, del canónigo D. Liborio Azpiazu, rector del seminario conciliar de Vitoria, nos informa de que el autor de este voluminoso libro es un estudiante, quien dedicó a esta obra «las horas de suelta y vacación estival». Un prólogo del autor, escrito en prosa grandilocuente, maldice de esa Francia «inepta casi siempre para crear» y causante, sin duda alguna, de todos los males de la literatura española. El libro se alarga en un tono gárrulo y de falso casticismo, procurando contarnos otra vez el *Quijote*, y acaba declarando su propósito de catequismo. El asunto —un buen asunto— queda intacto para quien desee tratarlo en menos páginas, e inspirándose en la sobriedad con que Rémy de Gourmont estudia los curas de Flaubert.

RFE, 1917, tomo IV, No. 4.

UNA COMEDIA DE ATRIBUCIÓN DUDOSA **

Es de agradecer la reimpresión cuidadosa de esta linda comedia, de que sólo quedaban ejemplares rarísimos

---

* L. Miner, *El Cura según Cervantes*. Vitoria, Imp. y Lib. del Montepío Diocesano, 1916, 8°, X, 422 págs.

** *La Española de Florencia* o *Burlas veras y Amor invencionero*. Comedia famosa de D. Pedro Calderón de la Barca, edited with Introduction and Notes by S. L. Millard Rosenberg. Philadelphia, 1911, 4°, XLII, 132 págs. Publications of the University of Pennsylvania, Series in Romance Languages and Literatures, N° 5.

en las ediciones antiguas. * Por la gracia y vivacidad del enredo es característica del teatro español, así como por la supresión ruda y brutal de lo psicológico en bien de la celeridad de la acción: cuando Lucrecia ve reaparecer a su hermano Alejandro, tras larga y peligrosa

---

* El texto admite algunos reparos de orden secundario. La acentuación, que ha sido modernizada, resulta defectuosísima. Ejemplos de palabras no acentuadas en las cinco primeras páginas: 4, "quanto" (ponderativo); 9, "Hallome" (presente); 32, "inclinacion"; 39, "Cesar" (el personaje romano); 40, "mandais"; 48, "brios"; 50, "passeis"; 53, "traigais"; 58, "alli"; 59, "Borbon"; 63, "metiendola"; 71, "robandonos"; 78, "mia"; 96, "angeles"; 105, "Aqui"; 109, "dia"; 112, "alegria"; 117, "que" (cuando requiere acento); 118, "quizas"; 122, "quan"; 127, "interes"; 135, "abracense"; 137, "esteis"; etc. En la pág. 272 debe quitarse la coma entre "silla" y "jineta", así como en la nota respectiva, pág. 107, nota de todo punto insuficiente. Pág. 23, 558, debe ser "quedaras" y no "quedarás", puesto que concierta con "supieras". Pág. 26, 676-682, más que de admiración convienen aquí los signos interrogativos y, desde luego, quitar el acento al "Qué". Pág. 27, 270, dice "lastima" por "lástima", y el mismo error se repite en la pág. 86, 2533. Parece que el verso 1472, pág. 51, debe ser interrogativo. Pág. 52, sobran las admiraciones en los dos primeros versos. Pág. 61, 1776, "qué" no debe llevar acento; el mismo error en pág. 89, 2625. Pág. 75, 2205: "¡Á mi Reina de barato...": falta una coma después de "Á", letra que además no debe llevar acento, porque aquí es interjección y no preposición, y faltan dos puntos después de "barato", al acabar el vocativo; la admiración, en todo caso, no debe abarcar el verso siguiente. Pág. 79, 2341: "¡Qué dissimulo me ha mandado Lida!", es una mala inteligencia; como el mismo editor lo advierte en nota, las tres ediciones de que usa (E., L. y P.) dicen: "dissimule": "Que dissimule me ha mandado Lida,/ y aunque no les entienda,/ es fuerça que con ellas condescienda."

ausencia, no tiene una sola palabra de afecto, y sólo, convertida en máquina de patrañas, exclama:

> Mas, pues he visto a Alejandro,
> una traza peregrina
> he discurrido...

Los versos, fáciles y elegantes a veces, no cabe duda que hacen pensar en Lope; así como la paridad de ciertas situaciones que también se encuentran en *El Peregrino*: tal la amante que se disfraza de criado para servir a su ingrato y espiar de cerca sus pensamientos; tal la dama que se enamora de una mujer disfrazada de hombre: el «tema Mlle. de Maupin».

Pero, además, la reimpresión de esta comedia tiene su motivo secreto: la averiguación del autor; problema, o más bien curiosidad erudita, que el editor estudia detenidamente en su prólogo, tras de dar cuenta de las ediciones anteriores.

En el *Homenaje a Musafia* (Halle, 1905), A. L. Stiefel atribuía a Lope esta comedia, Rosenberg la atribuye a Calderón en vista de las siguientes razones: verdad es que, en cierto prólogo, Calderón la incluye entre las apócrifas (*Cuarta parte de comedias nuevas*, Madrid, 1672, y Rivadeneyra, XIV, 656-657); verdad que la omite en cierta lista de sus obras enviada al Duque de Veragua, año de 1680 (Rivad., VIII, xi-xlii), y acaso en vista de esto la pone Vera Tassis entre las «supuestas» de Calderón (Barrera, *Catálogo*, 50-53). Pero de un pasaje de la mencionada carta al Duque de Veragua resulta que no todas las comedias rechazadas por Calderón son verdaderamente ajenas, sino que algunas, siendo propias, han sido tan alteradas por los editores que, aunque las conoce por sus títulos, por su contexto las desconoce. Calderón, añade Rosenberg, no concedía importancia a la impresión de sus comedias profanas; y es de suponer que entre esas comedias, propias aunque corrompidas, deba contarse *La Española de Florencia*. En ésta, en efecto, cree descubrir Rosenberg al-

gunas de las características de Calderón en punto a fraseología y dicción, elaboración del asunto, narraciones con que se inician las escenas, ciertas enumeraciones de objetos naturales, disquisiciones filosóficas, errores geográficos, predominio del romance sobre las demás formas métricas, estilo, lenguaje, imágenes, gongorismo (mejor: estilo florido en general).

A esto ha contestado Stiefel (*Zeitschrift für rom. Phil.*, 1912, 36, 437), ante todo, que induce a error el decir que todas las ediciones atribuyen la obra a Calderón, como si cada edición fuera necesariamente el resultado de una nueva investigación, puesto que todas las ediciones del siglo XVII son, en el fondo, una misma (la de 1658) con distintas cubiertas, y las dos sevillanas del siguiente siglo carecen de fuerza crítica para el caso. Cierto que no es decisiva la omisión de la discutida comedia en la lista enviada al Duque de Veragua, donde Calderón, ya octogenario, omite asimismo otras seis comedias auténticas. Pero ya es más grave el que la haya rechazado nominalmente en su prólogo de 1672. En cuanto a su declaración posterior de haber repudiado, entre las apócrifas, algunas propias por corrompidas, acaso le da Rosenberg demasiada importancia. Semejantes protestas abundan entre los escritores de la época, y son como un lugar común. No es justificado suponer que Vera Tassis niegue la autenticidad de la discutida comedia sólo por seguir las palabras de Calderón, pues que en su *Advertencia* a la *Quinta parte* dice haber procedido a un cuidadoso expurgo por su cuenta. Es exagerado asegurar que Calderón no concediese importancia a la impresión de sus obras profanas, según trata Stiefel de establecerlo con diversos datos e indicios oportunamente alegados. Dada la frecuencia con que el editor de las *Escogidas* atribuye obras ajenas a Calderón, no sería raro que una de éstas fuera la comedia de que tratamos. En cuanto a las supuestas características de Calderón, se encuentran también en otros autores de la época y no dan criterio exclu-

sivo. Si algo hay de característico en Calderón, añade Stiefel, es la relativa escasez de sus metros, sobre todo si se lo compara con Lope o Tirso: nunca hay más de cinco en sus comedias, y *La Española de Florencia* tiene nueve formas métricas distintas. Es verdad que el romance predomina en sus obras, y puede estimarse su uso en un 50%, siendo así que en nuestra comedia el romance sólo representa un 46%. (Pero, oh Stiefel, ¿puede entusiasmar a alguien este 4%? ¿Y puede alguien tomar en serio estas recetas automáticas de pensar que en mala hora usurpan la función de la verdadera crítica?). Finalmente, Rosenberg mismo admite que la alusión a ciertas obras de principios del siglo, que se encuentran en la comedia, sólo puede explicarse en una época en que dichas obras están todavía frescas en la memoria de la gente.

Veamos ahora la parte positiva en las argumentaciones de Stiefel: ante todo, hay probabilidad de que exista una edición suelta en que la comedia sea atribuída a Lope, según cierta declaración de Fajardo. Es admisible que esta suelta, modificada al gusto de la época, haya sido coleccionada más tarde bajo el nombre de Calderón, caso frecuente aun en los días de Lope. Son presunciones a favor de Lope la utilización de un tema de Bandello que sirve de argumento de fondo a la comedia, y aun de Lope de Rueda, que fué olvidado posteriormente; la transformación especial que sufre el carácter de Lucrecia, en que a Stiefel le parece ver la mano de Lope, y las condiciones mismas del estilo, con algunas salvedades. Cierto que se alude a Lope («Entre Góngora y Lope decir puedo:/ Ni muy facilidad ni muy enredo»); pero esto puede ser una interpolación posterior, ya que el mismo Rosenberg admite la posibilidad de una redacción o estado primitivo anterior (¿y por qué el autor no había de aludirse a sí mismo, como suele acontecer?). Algunas otras razones más aduce Stiefel, sin lograr resolver esta nebulosa.

En suma: no demuestra Stiefel que la obra sea de Lope. ¿Demuestra Rosenberg, por su parte, que sea de Calderón? Ambos demuestran la imposibilidad actual de demostrar lo uno o lo otro. Acaso algunos prefieran una actitud intermedia, admitiendo, por ejemplo, que se trata de una obra de Lope refundida por Calderón, como gran parte del teatro calderoniano. Acaso otros prefieran aquel recurso desesperado de la crítica pictórica que permite agrupar los cuadros por escuelas: escuela de Lope, escuela de Calderón. Sólo que en la Comedia Española sucede algo abrumador: la intensa corriente de popularismo que da sello a la literatura española hace de aquel teatro algo anónimo, algo que se comunica por tradición verbal. Poetas hay en pleno siglo XVII cuyas poesías casi deben estudiarse como si fueran romances viejos. Y en el teatro mismo, aparte del dominio que ejerce el módulo impuesto por Lope, lo que hace que todo se confunda, la personalidad de cada autor y los caracteres auténticos de su obra se enturbian todavía más bajo ese alud de transformaciones y adulteraciones que los libreros y editores desatan sobre los textos originales. Para colmo, en el teatro aparecían aquellos tremendos «memorillas» que iban a aprenderse de coro las piezas para volcarlas de cualquier modo en las «ediciones piratas», con partes suplidas, con contaminaciones, con atribuciones equivocadas, con todas las lacras de una transmisión oral apresurada e inescrupulosa.

¿Se me permitirá añadir que este problema de atribución no tiene mayor importancia que la de corroborar, una vez más, este carácter singular del teatro español?

Revue Hispanique, París-Nueva York,
1917, tomo XLI, No. 99.

UN NUEVO POEMA ÉPICO ESPAÑOL: "RONCESVALLES"

La historia literaria de España se está renovando, y la renovación hasta ahora más se debe a los investigadores que a los críticos.

La revaloración aconsejada por «Azorín», realizada por él en parte, no ha ido aún bastante lejos. No se ha releído, no se ha juzgado aún de nuevo a todos los grandes escritores antiguos. Entretanto, el investigador sigue ordenando sus materiales, descubriendo datos; y a veces, aunque no siempre lo sepa el público, el investigador pone también crítica (crítica en el sentido corriente) en sus trabajos, cuando la modestia científica de última hora no le corta los vuelos.

El mejor ejemplo de tales empeños, recluídos casi siempre en las publicaciones eruditas, es la reconstrucción de la poesía épica de Castilla.

A pesar del esfuerzo solitario de Tomás Antonio Sánchez en el siglo XVIII, hasta la segunda mitad del siglo XIX no se comenzó a conceder toda su importancia a la épica castellana. El poema de *Mio Cid* era considerado como una imitación fracasada de modelos franceses, y en 1865 el sabio romanista Gaston Paris escribía: «España no ha tenido epopeya». Por 1874, los trabajos de Milá y Fontanals transformaron la cuestión para siempre. Menéndez y Pelayo popularizó los trabajos de su maestro, arrancándoles todo el secreto de su trascendencia estética y humana; y finalmente, los investigadores que le han sucedido han logrado reconstruir pieza por pieza la gran armadura de la epopeya.

Sin embargo, para el público, y hasta para buena parte de la gente de letras, la épica española se reduce al *Cantar de Mio Cid*, con las derivaciones épico-líricas de los romances. Esto, cuando es sabido que se ha logrado desenterrar de las antiguas crónicas los restos de cantares

prosificados, que venían a suplir así los datos de la historia; que se han recogido aquí y allá cuantos fragmentos sirven para ilustrar la evolución de un florecimiento épico tan abundante que sus mismos frutos (romances y crónicas) acabaron por sepultarlo. Así se ha podido demostrar que España, y en especial Castilla, tuvo —con apogeo en los siglos XI y XII y decadencia, todavía importante, durante los dos siglos siguientes— la pasión y el culto de la poesía heroica, característica del mundo germano-latino en la segunda mitad de la Edad Media.

Entre el *Cantar de Mio Cid*, monumento central de la epopeya española, y los romances viejos que son su última derivación, poseemos el *Cantar de Rodrigo*, obra de decadencia, conocida desde hace medio siglo; poseemos otros, en que el asunto heroico se ha vertido ya en metros no épicos, como el *Poema de Fernán González* y, más tarde, el *Alfonso XI;* poseemos en fin las crónicas de las cuales se han extraído ya los cantares de los *Infantes de Lara* y de *Sancho II*, que principia con la partición del Rey Fernando I y acaba con la jura de Santa Gadea. Ningunos más dramáticos que éstos, donde se maneja con rara maestría el arte de la expectación y de la sorpresa.

El recientísimo descubrimiento de un fragmento del *Roncesvalles* (*Revista de Filología Española*, 1917, tomo IV) viene a coronar ahora los esfuerzos de D. Ramón Menéndez Pidal, empeñado, de tiempo atrás, en una vasta labor de reconstrucción sistemática sobre la historia de la epopeya española.

Trátase de un fragmento que no tiene más de cien versos; pero ¡cuánto comprueban y aclaran esos cien versos! Procede el fragmento, que se conserva en dos folios de pergamino, letra de comienzos del siglo XIV, del Archivo de Pamplona. Es un antiguo poema castellano que pudo ser compuesto a principios del siglo XIII y ser más extenso que el actual poema del *Mio Cid*. Este poema no sería más que una forma española de la *Chanson de*

Roland, revelando así una elaboración castellana de la influencia francesa. El fragmento, lleno de viveza y encanto, describe la busca de los cadáveres y el hallazgo del cuerpo de Roldán después de la batalla de Roncesvalles. Óyense las lamentaciones patéticas del emperador Carlomagno, y se le mira —con el gesto tradicional— tirarse las barbas agobiado por el dolor.

El fragmento tiene, desde luego, utilidad lingüística, y aclara algunas formas de la lengua épica que no habían sido bien interpretadas. Además, viene a llenar el abismo que existía entre la métrica del *Mio Cid* y la de los romances derivados de los viejos cantares. Finalmente, por el simple hecho de su aparición, confirma algunas conjeturas y da pleno valor científico, por ejemplo, a la reconstrucción del cantar de los *Infantes de Lara*.

A Menéndez Pidal debemos una edición del *Mio Cid* en que todo el mundo puede leer y entender el viejo poema. No prestaría un servicio menor si, en la misma forma, agrupara y publicara todos los fragmentos de poemas épicos que andan dispersos en monografías eruditas.

S., 6-XII-1917.

LA NACIONALIDAD DE MONTEAGUDO

Los restos de José Bernardo de Monteagudo, ministro de Simón Bolívar, han sido trasladados del Perú a la Argentina. Se ha reconocido, pues, oficialmente, la nacionalidad argentina de Monteagudo.

Contra este hecho protesta parte de la prensa peruana, reclamando como reliquia propia los restos de Monteagudo. Bolivia, a su vez, si no oficialmente, por medio

de sus periódicos, de corporaciones literarias, como la Sociedad Geográfica de la Paz, y de escritores, como D. Enrique Finot, alega que Monteagudo fué boliviano de nacimiento. En la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* (Argentina), D. Pablo Cabrera procura establecer definitivamente el origen argentino de Monteagudo. *

Esta confusión, aparentemente inexplicable tratándose de acontecimientos que apenas datan de un siglo, no sorprenderá a los que tengan la más corta noticia sobre la época de la independencia americana, y particularmente sobre la obra de Bolívar, que afectó a varios pueblos, confundiéndolos más o menos en un solo esfuerzo. No es extraño que se pierda, entre aquella complicación de líneas, la trayectoria de un hombre. No es extraño que varias naciones se disputen ahora los restos de Monteagudo.

La disputa, por lo demás, no es de ahora. Ya en 1878 se da cuenta, en los periódicos de aquella región, de semejante competencia. Por aquel entonces, Chile terciaba también en la disputa. Posteriormente se han escrito algunas monografías sobre el origen de Monteagudo. Pero, a todo esto, faltaban documentos fehacientes.

Actualmente el Sr. Cabrera insiste sobre cierta carta de Monteagudo al Doctor José Antonio Medina, escrita en agosto de 1808, en que le llama «primo, paisano y amigo». Ahora bien, la nacionalidad del Doctor Medina no es un misterio; y así, concluye el Sr. Cabrera: «Don José Antonio Medina era argentino, natural de Tucumán; Monteagudo era paisano de su primo el Doctor Medina; luego D. José Bernardo de Monteagudo era argentino.»

Personalidad intensa y saliente la de Monteagudo. Entre aquellos discípulos de Rousseau, poetas y generales a un tiempo, que sostuvieron la guerra de América, abundan los perfiles heroicos. Monteagudo, demócrata

---

* Ver en igual sentido, M. Leguizamón, *La patria de Monteagudo. Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 1918.

intransigente, se manifestó desde la juventud como un exaltado. Ministro después del General San Martín (el protector del Perú), siguió siendo un exaltado en el Gobierno; envolvió en sus proscripciones políticas a algunos inocentes y, fijo en su ideal, si pudo cometer imprudencias, nunca dejó de ser hombre superior. Fué gobernante activísimo, escritor algo enfático, censor acre de sus enemigos, gran mantenedor de su causa y hombre probo, que supo no enriquecerse en el poder. Cuando, arrojado del Perú en ausencia de San Martín, visitó a Bolívar en 1820, ambos corrieron un velo sobre el apasionamiento con que en otro tiempo Monteagudo había censurado la administración de Bolívar. Como era de conversación agradable y culta, Bolívar —dice en sus *Memorias* O'Leary— «obtuvo por su conducto un completo conocimiento del carácter de los argentinos.»

Ministro de Bolívar más tarde, fué asesinado la noche del 28 de enero de 1825 al salir de una tertulia, vestido y alhajado con elegancia, según su costumbre. El puñal que se le arrancó del pecho daba señales de estar nuevo y recién comprado. Bolívar hizo convocar al punto a todos los barberos, y hubo uno que reconoció el puñal, y dijo haberlo afilado para un desconocido que parecía cargador o aguador. Se hizo venir a todos los cargadores y aguadores de la ciudad (ciudad de los Reyes) y el asesino fué identificado a poco por el barbero. Confesó su delito y, habiéndosele ofrecido el perdón de la vida, acusó como impulsores del asesinato a cuantos quiso. Unos opinaron que se trataba de un crimen vulgar, sin más objeto que el robo. Pero Bolívar creyó siempre que, tras de la mano asesina, se ocultaban otras, y que había descubierto un verdadero complot realista dirigido también contra su persona.

S., 13-XII-1917.

EL MANDO ÚNICO

Al final de cierto artículo, recuerda Jacques Bainville que la situación del Emperador Guillermo II ante las naciones aliadas es semejante a la de Federico de Prusia durante la guerra de Siete Años. Y copia estas palabras de Macaulay relativas a las esperanzas de éxito de Federico, palabras que son de gran oportunidad:

«Finalmente, y principalmente, Federico era uno y sus enemigos eran varios. No era posible que dejasen de manifestarse entre éstos los celos, las discusiones, la negligencia, inseparables de toda coalición. En cambio, de parte de él estarían la fuerza, la unidad, el secreto de una poderosa dictadura. Los recursos del arte militar podrían subsanar, hasta cierto punto, la escasez de los recursos militares. La rapidez de los movimientos podía, en cierto grado, compensar la deficiencia numérica. No era, pues, del todo imposible que el genio, el juicio, la resolución y la fortuna reunidos lograsen que la lucha se prolongara una o dos campañas. E importaba ganar tiempo a toda costa, así fuese un mes. Porque pronto se habían de producir espontáneamente los vicios que nacen en el seno de toda confederación demasiado extensa. Cada uno de los miembros de la Liga comenzaría a quejarse de lo mucho que le pesaba la guerra y lo poco que le aprovechaba el botín. El descontento y las recriminaciones cundirían...»

Y esto —continúa Bainville, resumiendo a su autor—, hasta el día en que, sea por la acción de las fuerzas disolventes, sea por un caso fortuito como la muerte de un jefe de Estado, una deposición o una revolución, uno de los beligerantes renunciara a su política e hiciera una paz separada con Prusia. «Y eso fué lo que hizo Prusia

en 1762, salvando a Federico de una ruina matemáticamente cierta.»

Los monarquistas de Francia —y en esto no están solos— vienen de tiempo atrás abogando por el mando único para los ejércitos aliados.

S., 27-XII-1917.

BONAPARTE EN ESTRASBURGO

Hay en la vida de Bonaparte una laguna de unos tres meses, que corresponde al año 1788, laguna que no bastan a llenar los documentos habituales, ni los datos que da el mismo Bonaparte en su corta noticia biográfica: *Époques de ma vie.* *

Ahora bien: según una tradición que se ha considerado como mal fundada, por esta época precisamente Bonaparte estuvo en Estrasburgo, donde se enamoró de una célebre cantante, la Saint-Huberty, a la cual dedicó cierto madrigal, cuya misma perfección lo hace sospechoso. Si no hubiera más que este documento sobre la estancia de Bonaparte en Estrasburgo, la «leyenda» sería del todo infundada.

Pero hay algo más: Metternich, en sus *Memorias*, asegura que durante el estío de 1788 estuvo en la Universidad de Estrasburgo, cuando el joven Napoleón Bonaparte acababa de abandonar la ciudad. Un tal Justet fué allí maestro de armas de los dos. Años más tarde, le decía humorísticamente a Metternich: «Espero que no se les ocurrirá batirse a mis discípulos el Emperador de los franceses y el embajador de Austria en París.» Parisot

* Georges Parisot, *Le Lieutenant Napoléon Bonaparte étudiant à Strasbourg. Revue Historique.*

logra identificar a este maestro de armas Justet, lo cual es como un comienzo de la prueba. Supone, además, fundándose en las declaraciones de Metternich, que Bonaparte pudo seguir los cursos de matemáticas de cierto famoso profesor Brackenhoffer.

Napoleón debía incorporarse a su regimiento en Auxonne, donde Brackenhoffer tenía un colega y paisano, Lombard, en cuya casa parece que vino a parar Napoleón. Lombard era jefe de brigada de Napoleón. «Este muchacho irá lejos», solía decir hablando de él. Cuando Napoleón era Primer Cónsul, concedió a la hija de Lombard, que estaba pobre, una pensión de 1,500 francos. Parisot supone que las relaciones entre Napoleón y Lombard pudieron deberse a una recomendación de Brackenhoffer.

Pero, en Estrasburgo, Napoleón no se limitó a seguir el curso de matemáticas de este profesor, sino que, atraído por la fama de los estudios históricos de Estrasburgo, siguió el curso del profesor Lorenz. Así resulta de las minuciosas memorias del joven teólogo Luis Grucker (*El viaje de mi vida*), quien apunta, entre sus recuerdos, el de una tarde de verano en que, al acabar la clase de Lorenz, a él y a su compañero Napoleón Bonaparte les hormigueaban tanto los pies que no pudieron levantarse.

Así, pues, cuando Bonaparte se reincorpora a su regimiento, no volvía de Córcega, como se ha creído, sino de Estrasburgo, adonde fué a estudiar después de Goethe, y antes de Metternich. La vieja Universidad protestante de la Alsacia francesa ha podido, pues, contribuir a la formación de tres hombres que, durante un siglo, han encarnado sucesivamente, y cada uno a su manera, la Europa cosmopolita del antiguo régimen, la Revolución francesa y la reacción germánica.

S., 27-XII-1917.

EL ARCHIVO DUCAL DE OSUNA

Ha ingresado en el Archivo Histórico Nacional, en calidad de depósito, el archivo ducal de Osuna. La casa de los Duques de Osuna había reunido las documentaciones de más de veinte entre las más importantes casas de España. Consta en la actualidad este archivo de más de cinco mil legajos de documentos originales, entre los cuales los más antiguos datan del siglo IX. No sólo se refieren tales documentos a la historia particular de cada familia, sino a verdaderos problemas de gobierno, asuntos de hacienda pública y demás cuestiones de carácter semejante. Unos 500 legajos tienen valor literario, por relacionarse con los escritores más eminentes de los siglos XVII y XVIII, vasto campo donde espigar.

Sería de desear que otras casas cuya historia particular se encuentra también incorporada a la historia de España siguieran el ejemplo de Osuna. De este modo, pudieran llegarse a constituir los archivos de la nobleza en centro público de investigaciones históricas, como ya se ha hecho con los de las órdenes militares. Esto tendría, además, la ventaja de impedir que se repitiera el caso del archivo de los Condes de Santa Colomba, que se vendió al peso por lo menos en grande parte. Repásese el catálogo del archivo de Medinaceli, formado por Paz y Melia, o el de los documentos de las vitrinas de Alba, y se apreciará la importancia de estas colecciones.

En cuanto al servicio que significa el depósito de Osuna, el Archivo Histórico Nacional tiene una sola manera de corresponderlo, que es poner cuanto antes al público el índice y disposición de los documentos. Ojalá el depósito se transforme paulatinamente en propiedad del Estado; de hecho, corresponde a la nación.

S., 1917.

UNA BIBLIOTECA INACCESIBLE

Don Julio Puyol y Alonso da cuenta en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* de sus vanos y reiterados empeños para obtener la comunicación de cierto códice, indispensable a la edición del *Chronicon Mundi*, de Lucas de Túy, que la Academia le tenía encomendada.

Trátase de un códice de dicha crónica, del siglo XIII al XIV, que se custodia en la biblioteca de la Colegiata de San Isidoro, de León. Y termina así el académico: «Quizá convenga que la Academia tome nota de este caso y de otros semejantes, por si creyese alguna vez que podían servir de fundamento para solicitar de los poderes públicos que las bibliotecas y archivos eclesiásticos de España sean sometidos a las mismas disposiciones que todos los demás archivos y bibliotecas de la nación.»

S., 1917.

DE AUTORES OSCUROS *

Contiene este volumen diez y ocho estudios que fueron antes publicados en la *Revue des Livres Anciens*. En un estilo de agradable concisión, el autor se echa a buscar nombres oscuros —cuya oscuridad es, en muchos casos, voluntaria—, no perdonándose trabajo alguno para destacar el verdadero carácter de sus personajes, y con una curiosidad de coleccionista.

El primer artículo se refiere al misterioso señor de Cholières, que el autor logra identificar con cierto Jean

* L. Loviot, *Études de bibliographie littéraire. Auteurs et livres anciens (XVI et XVII• siècles)*. París, Fontemoing, 1917.

Dagoneau, de Mâcon, el cual, tras de haber sido protestante, se metió cartujo y murió en 1623. Los títulos de sus obras —todas muy raras— son tan atractivos que el sólo citarlos es un placer: *Matinées, Après-Dinées, La Guerre des masles contre les femelles, La Forest nuptiale, La rose des nymphes illustres.*

El cuarto artículo está consagrado a un poeta de Valréas, Antoine Prévost, que, refugiado en Avignon por 1529, canta su amor por una dama del Delfinado llamada Jehanne de Vesc, según resulta de un acróstico que el autor logra descifrar.

El artículo más importante es, sin duda, el dedicado a la célebre historia de Corneille Blessebois. Era éste un hijo de buena familia que, de naturaleza extraviada, quiso un día —cuando ya contaba más de veinte años— incendiar la casa de su madre e impedir, fusil en mano, que nadie intentase sofocar el incendio. Condenado a multa y a destierro perpetuo, sigue con todo éxito la carrera tan brillantemente comenzada. Después lo encontramos en la prisión de Alençon, donde el carcelero procura a los presos todos los placeres de este mundo. Blessebois, como tiene ya reputación, atrae la curiosidad de los vecinos. Las señoras de la ciudad le envían colaciones y presentes. Marthe le Hayer, decididamente enamorada, se casa con él. Apenas llegados a París, la abandona. Sigue, en la campaña de Holanda, los ejércitos de Turenne. Vuelto a París, Marta lo hace encerrar en Fort-l'Évêque, donde sufrió una corta prisión. En 1675 publica una tragedia: *Les Soupirs de Sifroi.* En el mismo año, por sospechas de haber cometido un asesinato, huye a Holanda y toma parte, bajo las órdenes de Daniel Elzevir, en la guerra naval contra los suecos. Después aparece como estudiante en Leide. Sus relaciones con los Elzevir le permiten publicar varios libros. Pero, vuelto imprudentemente a París, va a dar a la Bastilla. Obtiene aún la libertad, se alista en el ejército, deserta, es condenado a galera perpetua.

Destinado a la Guadalupe, compuso allá el *Zombi du Grand Pérou*, novela fundada en la realidad, cuyos personajes han sido identificados por M. Loviot. Hay que decir que las obras de Blessebois y su confusa historia —ahora completamente aclarada— intrigaban de tiempo atrás a los eruditos franceses.

Para nosotros tiene particular interés el capítulo consagrado a cierta traducción francesa de *La Vida de Lazarillo de Tormes*, que salió en Lyon, año 1560, firmada con las iniciales de J. G. de L. Alguien había supuesto que se trataba de Jean Garnier de Laval. Monsieur Loviot cree más probable que se trate de Jean Gaspard de Lambert, gentilhombre saboyano, autor de unos conocidos versos latinos.

S., 1917.

DE MUSSET *

Para Musset, como verdadero romántico, la vida y la poesía eran la misma cosa. Para lograr esta identidad ideal, da como contenido único a su vida el más propio de la poesía: el amor. El amor, no en todos sus generosos sentidos, sino el amor cómicotrágico en su aspecto de pasión erótica, que exige la fidelidad de la amada con la reserva de serle infiel.

Este ideal de la vida y del arte es como un estado de adolescencia espiritual. Musset (así lo ha entendido Maurice Donnay en un libro publicado hace tres años) representa una de las eternas tendencias —debilidades— del hombre. El acontecimiento central de sus amores con Jorge Sand es, mucho más que una aventura picante, un

* B. Croce, *De Musset. La Crítica*, 20 de noviembre de 1917.

símbolo pleno de la catástrofe romántica. (¿Por qué Croce no cita aquí el célebre libro de Ch. Maurras, *Les amants de Venise*, al que le debe ésta y otras muchas sugestiones?)

Resultado: el arte de Musset se resiente de su concepción de la vida. Es incapaz de objetivar suficientemente sus emociones, y acaba por creer que basta para la poesía la simple sinceridad sentimental. Además, teatraliza su propio *yo*. Cuanto más logra retenerse en esta pendiente, tanto mejores resultan los versos que compone. Sus comedias merecen particular estudio, porque en ellas se coloca en su legítimo puesto y logra hacer un *objeto* de arte, externo. Su teatro tiene, por decirlo así, proporciones reducidas y miniaturescas. No hay en él, contra lo que algunos pretenden, nada shakespeariano, sino más bien un toque ligero y amable a la manera del Ariosto, aun por aquella sonrisa de buen tono que suaviza las transiciones y es compatible hasta con las escenas más trágicas.

Si la bacanal apasionada de su lírica parece acallarse un poco en sus comedias, ya en sus cuentos el temple moral alcanza calidades de sabiduría y de noble renunciamiento. Véase *Les deux maîtresses*. A la postre, va a resultar que las obras menores de Musset son las mayores.

S., 1917.

LAS EDICIONES DE CLÁSICOS

El esfuerzo de los eruditos que formaron la conocida *Biblioteca Rivadeneyra* es loable por todos conceptos. Pero ya se sabe que su obra ha sido casi totalmente rectificada o superada.

Entre los volúmenes de aquella colección que mejor han resistido al tiempo o que, en todo caso, representan

una labor seria y científica, hay que mencionar el *Romancero General*, de Durán; las obras en prosa de Quevedo publicadas por Aureliano Fernández-Guerra; las obras de Santa Teresa, de La Fuente, y los poetas líricos del siglo XVIII, antología arreglada por Leopoldo Augusto Cueto. En cuanto a la tarea emprendida por Aribau sobre los novelistas anteriores a Cervantes, aunque él la desempeñaba con discreción, parece que era algo prematura.

De algunos tomos, como el de poetas castellanos anteriores al siglo XV, de Janer, puede decirse que más bien representan un retroceso respecto a las ediciones de Tomás Antonio Sánchez (siglo XVIII). Épocas enteras de la literatura —tal la poesía del siglo XV— quedaron fuera de la colección. Y, en general, si algunos de sus volúmenes sólo han sido rectificados por el progreso ulterior de los estudios, muchos otros pudieron haber resultado mejores con los elementos de que entonces se disponía.

Después de esta época viene un momento de preparación sorda y activa. Los eruditos publican, claro está, ediciones aisladas, y van depurando los textos y asegurando el conocimiento de los clásicos. Pero por ninguna parte aparece la obra popular, de conjunto, que venga a sustituir, para las necesidades de la lectura corriente, los ya desprestigiados volúmenes de la Rivadeneyra.

Entonces comienza su obra Menéndez y Pelayo, con quien se inicia para España una nueva era en la historia literaria. Pudo él quejarse de la falta de ediciones clásicas para uso de los estudiantes y del público en general. Pero de entonces acá, debido en mucha parte a su influencia, si en punto a ediciones escolares no se ha progresado gran cosa (las que hacen los hispanistas yanquis no están concebidas para las necesidades del estudiante español), por lo menos las ediciones populares se han multiplicado copiosamente. Se ha vuelto a leer a los clásicos, y algu-

nas empresas editoriales han podido consagrarse al negocio casi exclusivo de los clásicos. Han aparecido nuevas colecciones científicas, como la Nueva Biblioteca de Autores Españoles y la que publica la Sociedad de Bibliófilos Madrileños. Y finalmente, inútil decirlo, las ediciones eruditas aisladas reflejan también el desarrollo de los estudios.

El público no sólo ha manifestado nueva afición a las lecturas clásicas, sino que, en proporción apreciable, ha acabado por interesarse en los problemas mismos de la edición. Esto, que es sin duda un buen signo, no es todavía el ideal apetecido y, de quedarse aquí, podría hasta convertirse en una verdadera anomalía.

En efecto: acaso este interés de cierta parte del público por los problemas de la edición —aparte de que, a veces, pueda atribuirse al comentario apasionado con que la crítica ha recibido éstas o aquellas ediciones— se debe, por lo general, a cierta pedantería inconsciente, que es como una etapa previa y necesaria entre el olvido completo de las lecturas clásicas y la incorporación de dichas lecturas a los hábitos generales.

Todo lector de clásicos se cree obligado a entender algo sobre el problema erudito de la edición en que lee su clásico; y es porque tal lectura es todavía, a sus ojos, cosa un tanto académica y escolar. Suponer que aquí pueden quedar las cosas, es suponer que la literatura española clásica no tiene verdadero valor humano.

Por otra parte, parece que un cómputo comparado de las ediciones de clásicos a 10 ó 20 céntimos y las que cuestan tres a cuatro pesetas, indica todavía la abundancia de éstas sobre aquéllas. Lo cual indica también que aún no han bajado los clásicos al pueblo: que los leen, de preferencia los universitarios o los literatos, los «happy few». Y para éstos, la lectura del clásico es, a su vez, una lectura aristocrática, excepcional por lo menos: una lectura en que todavía interesa tanto lo que dice el autor como el criterio del editor erudito.

Y ya se sabe que, donde los pueblos hacen de su tradición literaria una lectura familiar, acontece todo lo contrario: abundan las ediciones más baratas y, a fuerza de interesarse por lo que dice el autor, el lector pierde toda idea de los problemas de transcripción, puntuación y hasta anotación. El lector se entrega, inocentemente, a su lectura.

Los criterios reinantes en esta materia pueden clasificarse por sus casos extremos y según los tres problemas principales de una edición: 1o. En cuanto al texto, unos están por el respeto absoluto de la forma primitiva (grafía, abreviaturas, acentuación, puntuación) y otros, por la modernización completa del texto. Lo primero se prefiere para las ediciones destinadas al especialista, sobre todo tratándose de documentos medievales o de impresión de autógrafos; lo segundo, para las ediciones populares. 2o. En cuanto a las anotaciones, unos están por la anotación sobria y rápida, por la intervención mínima e indispensable del editor; otros, por la anotación amena y extensa, que tenga de por sí (o lo pretenda) valor literario. 3o. En cuanto a los prólogos, aquéllos prefieren consagrarlos a informaciones externas, biográficas o bibliográficas, y éstos a la interpretación o valoración crítica de la obra misma.

En la práctica, ninguno de estos criterios se presenta en estado puro, y la conciliación de extremos depende del carácter del libro y de los fines de la edición. También, por supuesto, de la estética subconsciente de los editores.

He aquí, como simple curiosidad, unos ejemplos: ¿Hasta qué punto es útil conservar la ortografía antigua en textos que pertenecen ya a la misma época fonética de la lengua actual? En tiempos de Góngora apenas se nota ya, como diferencia, una vacilación sobre la *x*, que unas veces equivale francamente a la *j*, y otras a ese sonido perdido de la lengua, *sh*, que sólo queda por Asturias y la Montaña. ¿Hasta dónde se puede y debe modernizar la puntuación, aun cuando se trate de autores del siglo

de oro, con el fin de aclarar perfectamente el sentido para los lectores contemporáneos? En algunos, como en Lope de Vega, —a juzgar por sus manuscritos, pues en las ediciones queda sometido a la regla general de los impresores de su época— no se advierte una conciencia especial de la puntuación. Pero otro puede haber, como Mateo Alemán, que fué tratadista de ortografía y publicó en México su tratado, en quien será necesario respetar cierto uso de los dos puntos de que los editores modernos no han hecho mucho caso. Los acentos graves que aparecen en algunos textos antiguos, impresos o manuscritos ¿indican un sistema fonético preciso y, en consecuencia, hay que conservarlos como parte de la ortografía histórica, o son mero hábito confuso que se propagó, en las imprentas y en la costumbre del escritor, hacia la lengua castellana, después de haber servido en la impresión o el estudio de textos latinos para establecer la distinción de sílabas largas y breves?

Son un deleite, son de una curiosidad infinita ciertas minucias, para el habituado a leer con microscopio, y a sorprender tal vez el ir y venir de una coma —pestaña vibrátil, corpúsculo animado casi— donde puede hasta sorprenderse toda una ley sintáctica, y por ahí, toda una manera de pensar cierta idea, de acercarse a cierta noción, característica de una época. Penetrad siempre con respeto a un laboratorio filológico: es un teatro de placeres que no a todos son concedidos.

S., 1917.

UN CURIOSO LIBRO DE MEMORIAS *

Publica esta obra, por primera vez, Galo Sánchez, según el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid. Aunque inédita, la obra no era desconocida. Serrano y Sanz ha dicho que se trata de una vida «desordenada y poco edificante; pero, dado el grosero cinismo con que se expresa, le cuadraría mejor el título de "Diógenes del siglo XVIII", y aún creo que el cínico griego fué un modelo de circunspección al lado de González Mateo. Tales atrocidades refiere éste, que con harto trabajo me convencí de que el libro no era novela compuesta en odio a los frailes y a la Inquisición por un seudónimo.»

«El lector exento de prejuicios —dice Galo Sánchez— hallará sumamente interesante la autobiografía de González Mateo. La Inquisición y Bonaparte, los frailes "franciscos" y Samaniego, toda la España del antiguo régimen en sus postrimerías y la aparición de una nueva era, han dejado reflejada aquí la impresión que produjeran en un contemporáneo.»

S., 1917.

SOBRE EL "DOCTOR THEBUSSEM" **

A pesar de la larga y comprometedora frase con que el artículo se inicia, pronto abandona el señor marqués el tono académico. Y entonces hace desfilar a los ojos del lector, con verdadera viveza, una serie de recuer-

---

* *Vida trágica de D. Santiago González Mateo, Job del siglo XVIII y XIX.* (*Revue Hispanique.*)

** El Marqués de Laurencín, *El Doctor Thebussem. Recuerdos e intimidades.* (*Boletín de la Real Academia de la Historia.*)

dos en que aparece el «Doctor Thebussem», siempre simpático, siempre en un rasgo de cortés humorismo; unas veces junto a su anciano padre, otras en su abigarrada biblioteca, otras disfrazado de «tío» para salir a comprar libros a las ferias y obtenerlos a precios módicos; y siempre escribiendo, sobre todas las cosas, como para demostrar que todas encierran un tesoro.

La amable evocación acaba con un «envío» al amigo retirado.

S., 1917.

UNA REVISTA HISTÓRICA

Acaba de aparecer en Valladolid la *Revista Histórica.* «Los trabajos de investigación que, a consecuencia de la creación de la Facultad de Historia y de la nueva ordenación de los fondos de la Biblioteca provincial y universitaria de Santa Cruz, hemos emprendido —dicen los redactores—, nos hicieron sentir la necesidad de disponer de un órgano adecuado de publicidad.» Y de aquí la nueva Revista. «Esta publicación —escribe D. Rafael Altamira— no es sólo obra de ciencia y educación intelectual, sino también obra de patriotismo.» Esto, por una parte, en cuanto depura la historia patria y, por otra, en cuanto la emancipa de la dependencia de investigadores extranjeros.

En el primer número aparece un estudio de E. López-Aydillo y S. Rivera Manescau sobre *Una cántiga desconocida del rey Santo,* fragmento de unos cuarenta versos en loor de Santa María. A continuación, unas notas de D. Mariano Alcocer, sobre *Los problemas de la investigación,* en que se refiere a la dificultad de conocer

los fondos de los archivos —mal que se va subsanando poco a poco, gracias a las guías que publica la *Revista de Archivos*— y el escollo —también lentamente removido merced a monografías especiales que, entre los siglos XV y XVIII, alcanzan ya más de cuatrocientas claves— de la criptografía o escritura cifrada, particularmente abundante en los papeles de Estado. Vienen después un fragmento de fray Ambrosio de Montesinos sobre los Reyes Católicos, como tipo de lectura histórica para usos pedagógicos; algunas noticias universitarias, reseñas de libros, revista de Revistas, y bibliografía. Finalmente, se inicia la publicación de un Catálogo de *incunables y raros* de la Biblioteca universitaria y provincial de Valladolid, por el Sr. Rivera Manescau.

La nueva Revista, presentada con un rigor científico que no llega a hacerla inaccesible para el principiante o el aficionado, será muy pronto una excelente guía bibliográfica. Ojalá que en todos sentidos logre éxito.

S., 1917.

1918

EDICIONES CLÁSICAS EN 1917

Las siguientes noticias darán idea de lo que se ha trabajado en materia de ediciones clásicas españolas durante el año que acaba de pasar. Inútil advertir que no se pretende agotar el tema. En los Estados Unidos aparecen continuamente ediciones escolares, especialmente preparadas con miras a la enseñanza de nuestra lengua; de todas ellas hemos hecho abstracción.

I.—*Ediciones de Cervantes.*—La Academia Española comienza por *La Galatea* la publicación de obras completas, en facsímil de las primeras impresiones.—R. Rodríguez Marín publica el sexto tomo de su nueva edición del *Quijote*, una edición suelta de *La ilustre fregona* y, en la colección de «La Lectura», el segundo tomo de las *Novelas ejemplares* (*El licenciado Vidriera, El celoso extremeño, El casamiento engañoso* o *Cipión y Berganza*).

II.—*Fray Luis de León.*—R. Menéndez Pidal publica dos sonetos inéditos en la *Revista Quincenal* (1917, I, págs. 54-56).—A. Bonilla y San Martín, en su nueva colección de «Clásicos de la Literatura Española», *La perfecta casada.*—F. de Onís, en «La Lectura», el segundo tomo de los *Nombres de Cristo.*—Una edición de la misma obra, en dos volúmenes, por E. de Mesa, en la «Biblioteca Calleja».

III.—*Lope de Vega.*—La Academia Española, el tomo tercero de «Obras dramáticas», a cargo de E. Cotarelo y Mori.—En los «Libros de Horas», de la Biblioteca Corona, una selección de poesías líricas.

IV.—*Quevedo.*—R. Foulché-Delbosc publica el *Buscón* en la colección de la Hispanic Society of America.—J. Cejador, en «La Lectura», el tomo segundo de los *Sueños.*—A. Reyes, en la Biblioteca Calleja, una selección de prosa y verso.

V.—*Francisco de Rojas Zorrilla.*—A. Castro, en la serie «Teatro Antiguo Español», del Centro de Estudios Históricos, *Cada cual lo que le toca* y *La viña de Nabot.*—F. Ruiz Morcuende, en «La Lectura», *Del rey abajo, ninguno* y *Entre bobos anda el juego.*

VI.—*Otras ediciones.*—*Flores y Blancaflor*, A. Bonilla y San Martín en «Clásicos de la Literatura Española".—Fr. Juan de los Ángeles, *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares de Salomón*, edición del P. Fr. J. Sala, en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.—*Teatro*, de Juan de la Cueva, ed. F. A. de Icaza, en la Sociedad de Bibliófilos Madrileños.—Garcilaso y Boscán, ed. de E. Díez-Canedo en la Biblioteca Calleja.—Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, ed. de A. Reyes, en la misma Calleja.—Fernando de Rojas, *La Celestina*, ed. E. Díez-Canedo, en la misma.—Antonio de Villegas, *El Abencerraje*, ed. J. García-Monge, en «Convivio», San José de Costa Rica.—Sebastián de Horozco, *Refranes glosados*: continúa su publicación en el *Boletín* de la *Academia Española.*—Santa Teresa, *Castillo interior*, ed. de L. C. Viada y Lluch y M. S. Oliver, Barcelona.—Fr. Diego González, *El murciélago alevoso*, de L. Verger, en la *Revue Hispanique* (1917, XXXIX, 294-301).—En su ya citada colección, A. Bonilla publica asimismo: el *Registro de representantes*, de Lope de Rueda y otros autores; una *Antología de poetas de los siglos XIII al XV;*

unas *Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII*, y un *Parnaso español de los siglos XVIII y XIX*.—Fragmento del poema épico *Roncesvalles*, ed. R. Menéndez Pidal, *Revista de Filología Española* (1917, IV, No. 2).

Finalmente, clásicos o no, de José Zorrilla han aparecido, entre otras, las siguientes obras: *Sancho García*, en la colección de A. Bonilla; una poesía inédita, *Alto en el desierto*, en la *Revista Calasancia* (1917, III, 49-52), y varias reimpresiones de textos populares que andaban ya en el comercio.—De Gertrudis Gómez de Avellaneda, en Madrid, *Leoncia;* en La Habana, los dos primeros volúmenes de sus obras completas, al cuidado de una comisión especial.

S., 17-I-1918.

LA MUERTE DE PAUL MEYER

(17 DE ENERO DE 1840—9 DE SEPTIEMBRE DE 1917)

Debido a los trastornos de la guerra, a todas partes ha llegado con cierto retardo la noticia de la muerte de Paul Meyer, el amigo de Gaston Paris, el maestro de romanistas cuyo nombre representa toda una época de la Filología. Los eruditos esperaban la triste noticia de un momento a otro; hace siete años que Paul Meyer venía luchando con un mal que se agravaba por días, y cuyos progresos él apreciaba y registraba con una objetividad cruel y científica. Las palabras huían paulatinamente de su memoria, y él, en su correspondencia privada y en sus conversaciones, iba dando cuenta a sus amigos del estado de su decadencia, con la misma exactitud y llaneza con que hubiera podido estudiar la desaparición de un

antiguo dialecto. Como a los estoicos, su ciencia vino a servirle para aprender a esperar la muerte. Hombre infatigable, a la vez que vivía en contacto con las realidades de su tiempo (siendo por oficio un conservador de la lengua, proponía la reforma de la Ortografía, y siendo por profesión hombre de bibliotecas y de retraimiento, intervenía en el asunto de Dreyfus), volvía los ojos al pasado, como en los versos de Wace, que sirven de empresa a su *Romania*:

> Pur remenbrer des ancessurs,
> les diz et les fuiz et les murs.

A los veintiún años apareció en la célebre «École des Chartes» que, de 1882 en adelante, él mismo había de dirigir por unos treinta y cuatro años. A pesar de su desinteresado amor al trabajo que lo llevaba a echar sobre sí las tareas de mayor paciencia —y nadie lo igualaba en la exploración de bibliotecas y la descripción de manuscritos— tuvo fuerzas, humor y tiempo para llevar a cabo una obra imponente.

Sus juveniles investigaciones sobre la epopeya francesa, provocadas por la *Historia poética de Carlomagno*, de Gaston Paris, y por las *Epopeyas francesas*, de Léon Gautier, fueron seguidas por unos comentarios personalísimos y agudos sobre los *Bosquejos francoprovenzales*, de Ascoli, en que rebatió la tesis de éste sobre la existencia de una lengua media entre el provenzal y el francés. El dialecto —sostiene Meyer genialmente— es una especie mucho más artificial que natural, y toda definición de dialecto es una *definitio nominis* mucho más que una *definitio rei* (*Romania*, IV, 295). Las peculiaridades fonéticas podrán ser susceptibles de localizaciones geográficas. No así los discursos, y mucho menos los grupos discursivos. No tuvo ocasión de desarrollar estos puntos de vista, pero Gaston Paris los hizo suyos en su conferen-

cia *Las hablas de Francia* (1888): verdades parciales que sirven para trazar nuevas sendas.

Es característico de Meyer el haber dejado a medias muchas tareas, por el exceso de ocupaciones: la excelente colección de textos bajo-latinos, provenzales y franceses, ediciones que quedaron sin los últimos toques críticos o los comentarios, los documentos lingüísticos que comenzó en 1909, etc.

Entre las numerosas obras que pudo llevar a buen término: *La Canción de la Cruzada contra Albigenses*, *Alejandro Magno en la literatura francesa medieval*, la *Historia de Guillermo el Mariscal*, el volumen XXXIII de la *Historia Literaria de Francia* (leyendas de santos).

Al lado de su inmensa obra personal, parte de su actividad se empleó en auxiliar y hacer posible el trabajo de sus compañeros y discípulos. Aparte de haber dirigido la Escuela de las Cartas, fundó varias revistas y repertorios sabios, entre los cuales es famosa la *Romania* que publicó con Gaston Paris desde 1872, empresas todas llamadas a perdurar.

Es seductora la historia de su asociación con Gaston Paris, de quien difería en muchas cosas y con quien pareció entenderse siempre como por vía de complementación y corrección mutua. «Paul Meyer tiene razón siempre», decía Paris. Y Meyer contestaba: «¡Pues claro está que siempre la tengo!». En cierto baile, dijo al oído de Nyrop: «¿Sabe Ud. por qué Paris es mejor filólogo que yo? Porque sabe bailar.» Para comparar a ambos próceres, Pio Rajna recuerda graciosamente los héroes de la Epopeya francesa:

> Rollanz est pruz e Oliviers est sages;
> Ambedui unt merveillus vasselage.

Era Meyer un hombrachón de espesas cejas con aire y maneras de oso, y tosquedades críticas que echaban por tierra de un golpe al contrincante. Pero los años y el ca-

lor familiar lo fueron dulcificando sensiblemente, y revelando cada vez más su bondad íntima e inquebrantable. Fué entonces desplegando un temperamento paternal que lo llevaba a jugar con los muchachos y lo hacía vivir rodeado de sus sobrinos, que vinieron a ser sus únicos hijos.

La suerte quiso que estos dióscuros del romanismo francés, Paris y Meyer, se distinguieran hasta en el método que para con ellos usó la muerte. Mientras aquél murió de repente y durante el sueño, éste falleció de una muerte lenta, que comenzó allá por 1910, con un primer ataque durante uno de sus viajes a Italia, en Hyères. En 1914 escribió a Ancona una carta en que comete ya hasta errores de sintaxis, de que se da cuenta aunque no puede evitarlos. El mal se agravó, y al fin llegó a la crisis última en medio del mayor cataclismo que conoce el mundo.

S., 7-II-1918.

THIERS Y ESPAÑA *

Los documentos privados de Thiers, depositados en la Biblioteca Nacional de París, han entrado en el dominio público hace un par de meses. Aparecen nuevas investigaciones sobre la figura de Thiers. La ola comienza a llegar a España. El canónigo Griselle, director de *Documents d'Histoire*, que ofrece para más tarde un estudio completo sobre el asunto de las relaciones de Thiers con España, aprovechando para esto las cartas particulares que el estadista francés dirigió al embajador de Francia

* E. Griselle, *Thiers y España. La Revista Quincenal.*

en Madrid, de 1835 a 1840, se conforma por ahora con anticipar algunas comunicaciones curiosas. Tales son:

1o. Un mensaje de felicitación enviado a Thiers por D. Juan Jaumendreu en nombre del Instituto Industrial de Cataluña, del que era vicepresidente. El mensaje está traducido al francés por Mme Thiers; lleva fecha de 1o. de junio de 1868 y «tenía por objeto felicitar al hombre de Estado por el discurso proteccionista que había pronunciado en las Cámaras el 13 de mayo anterior, con motivo del debate sobre la renovación de los Tratados de comercio con Inglaterra».

2o. Carta de M. Thiers sobre la misma cuestión.

3o. Varios fragmentos de Jules Ferry y Kolb-Bernard sobre el mismo debate, en que se plantea el choque de las tesis proteccionista y librecambista, y que ayudan a penetrarse de todo el significado de la cuestión.

4o. Un trozo de A. Mercier publicado en el *Reveil* de 20 de septiembre de 1870, sobre un discurso pronunciado ese mismo año por Castelar.

5o. Dos cartas de Castelar a Thiers, una de mediados y otra de fines de 1876, que ilustran las relaciones amistosas entre ambos. Están escritas en francés. La primera, más íntima, da a conocer los contactos literarios del antiguo Presidente español con la familia de Thiers. La segunda, de alcance político más general, muestra a Castelar muy interesado en las crisis de Francia.

S., 28-II-1918.

EXTRANJEROS EN ESPAÑA *

Con este volumen comienza la Biblioteca Nueva, de J. Ruiz Castillo, una serie de libros históricos que se proponen ser esencialmente populares. En el prospecto de la colección, se promete alguno que nos despierta desde luego la más viva curiosidad: Luis de Tapia, *La sátira en los siglos XVI, XVII y XVIII.*

«El presente volumen —dice el editor— es una sencilla recopilación de relaciones de viajeros que desde los más remotos tiempos pasearon por nuestro país su fe de peregrinos, su arrogancia de paladines caballerescos, su sagacidad diplomática o simplemente su curiosidad y sed de aventuras.» Después de la biobibliografía de viajes por España, publicada por R. Foulché-Delbosc en la *Revue Hispanique*, y los trabajos complementarios provocados por ella —los de Farinelli, por ejemplo— el terreno estaba preparado para un libro de este carácter. El tomo actual comienza antes del siglo X y acaba a principios del XVI. El segundo (y aquí es donde te quiero ver), abarcará del XVI hasta nuestros días.

Demasiado extenso para popular, como desde luego lo notará el lector. O si se prefiere, demasiado preocupado todavía del punto de vista erudito. Más brevedad y más calor sintético hubieran convenido mejor. En esta materia podemos decir, algo caricaturescamente, que lo popular data del siglo XVII, y lo anterior debiera venir a guisa de pequeño prólogo. Inspírense los editores en esas preciosas colecciones populares inglesas, cuyos tomos no exceden de las 150 páginas.

La materia es en extremo interesante, y hoy pudiera dar lugar a una antología de páginas de viajeros. Ya se sabe —ejemplo ilustre— lo que Gautier ha ayudado

---

* J. García Mercadal, *España vista por los extranjeros*, I. Biblioteca Nueva, 1918.

para aprender a ver a España. El extranjero ayuda al nacional a apreciar lo propio; a veces, sólo el extranjero percibe algunas cosas. Larra gustaba de fingir que paseaba por España del brazo de un extranjero. «Azorín», en alguna posadita española, se pregunta de pronto: «¿Qué dirán de esto los extranjeros? ¿Qué habrá pensado Maurice Barrès?».

El libro de García Mercadal se lee con provecho y agrado. A medida que el autor se acerque a los tiempos modernos, el punto de vista narrativo tendrá que ceder ante el punto de vista crítico y social.

S., 28-II-1918.

CONTINUACIÓN DEL TEMA ANTERIOR

El actual volumen segundo expone y comenta las relaciones de viajeros y embajadores durante el resto del siglo XVI, y consta de 21 capítulos que son otras tantas ventanas abiertas sobre 21 perspectivas diferentes de España. En pocas páginas, tenemos una visión de España como a través del ojo de múltiples facetas de una mosca.

El carácter de este libro se apreciará fácilmente diciendo que se mantiene en término equidistante entre la historia científica y la literatura histórica, sin el peso crítico de aquélla y sin la suficiente agilidad artística de ésta. El autor es hombre muy enterado, y las reseñas que hace de las relaciones de viajeros, son, como reseñas, fieles y claras. La lectura es, pues, recomendable. No creo pecar de sequedad tributando a la obra este único elogio: el que la lea, habrá aumentado sus conocimientos sobre el pasado de España. Pero el estilo no ayuda gran cosa al lector. Abro al azar por la página 17 y leo: «Entre los flamencos reinaba una absoluta falta de dinero...»

Esta manera de escribir un poco al azar y a como vayan saliendo los nudos de palabras ciertamente que es compatible con la probidad histórica, y me complazco en reconocer esta cualidad al autor; pero, en fin, no es la manera de escribir más recomendable para las popularizaciones históricas.

Brindar tragándose una grande uva, como los alemanes lo acostumbraban y obligaron a hacer, muy a su pesar, al príncipe «Cabeza de Hierro», Manuel Filiberto de Saboya (ver: García Mercadal, páginas 142-144), es una manera de brindar: no es seguramente la mejor. También en el pueblo de Madrid se obliga a tragar las uvas con grano y todo la famosa noche de año nuevo. Beber el vino con mosquitos, de que habla Quevedo, es beber vino, pero no del modo más agradable. Pues esto nos acontece con un estilo descuidado.

Además, la andamiada, la trama bibliográfica de la obra se nota demasiado, y a veces aparece desnuda como una tela sin pintar. El conjunto ganaría mucho si se prescindiera del prurito de totalidad, que obliga a menciones insípidas de obras que el autor no ha podido examinar por su cuenta. En verdad, para totalidad de noticias basta y sobra con los inventarios bibliográficos que han servido al autor de guía: Foulché-Delbosc, Farinelli, Morel-Fatio...

No se dé a estos reparos mayor importancia de la que tienen. La obra de García Mercadal está llamada a iniciar a muchos en el conocimiento de regiones históricas para muchos insospechadas. La idea de la obra es excelente, y el desarrollo puntual, exacto, rico en noticias y en transcripciones interesantes. El tono general es el de un resumen con trozos entresacados de las memorias originales. De tiempo en tiempo, hay algún breve comentario destinado a recordar al lector tal o cual circunstancia que da matiz especial a la época de que se trata.

Por las páginas del libro vemos pasar a Doña Juana la Loca, al célebre historiador Guicciardini —joven de unos 29 años a la sazón— cuyas páginas sobre la calidad del hombre hispánico son dignas de estudio; al humanista Lucio Marineo y sus *Cosas memorables de España;* a Pedro Mártir de Anglería, historiador de América, hombre sincero hasta la rudeza, escritor de vivísimo estilo; al inspector Juan de Vandenesse, que hizo un diario de los viajes de Carlos V; al gran Baltasar de Castiglione, incorporado a la literatura española a través de la espléndida traducción que de su *Cortesano* hizo el poeta Boscán; a Andrés Navagero, el enamorado de los jardines y de los juegos de agua, que ameniza con sus oportunas conversaciones la historia de los orígenes del endecasílabo español; cortes de embajadores y poetas, discreteos, anécdotas de color moral o color local, crónicas de un tiempo en que no había periódicos; charlas, agudezas y oportunidades de Brantôme; pobrezas del monarca; costumbres e industrias desaparecidas; habladurías contra la corte española en la curia romana; nuncios apostólicos y soldados aventureros; espías de palacio; galanteos del príncipe. Y por ahí, perdida entre el semillero de noticias, una vaguísima, insinuada, que es toda una invitación a los sueños para el aficionado a soñar: «Miguel Ángel piensa en venir a España.» (Cap. VI, pág. 89).

S., IV-1918.

LA REFORMA DE LA HISTORIA DEL ARTE

I. Un manifiesto.—Benedetto Croce (*La Crítica*, enero de 1918) cree llegado el momento de exponer en breves palabras su concepto sobre la historia del arte. La obra de su vida es como una serie de ejemplos de sus métodos y de sus doctrinas. Ahora, en un minuto supremo de reposo, se detiene a explicar los principios que lo han guiado.

El estilo de Croce es fruto de una intensa cultura filosófica, y ha llegado a crearse algunas fórmulas personales. Por eso, a traducirlo directamente, es preferible exponerlo con la sencillez que nos sea dable. Naturalmente que este pequeño «Croce sin lágrimas» tiene que perder en profundidad lo que gane en facilidad.

Croce propone una reforma que, como todas, va contra un estado anterior, todavía actual. No va, pues, contra la historia biográfica o erudita; tampoco va contra la historia retórica o académica. Una y otra —hasta donde pueden ser teorías de la historia— han muerto hace mucho tiempo, como todo el mundo lo sabe.

Desde luego, aquí se entiende por historia del arte la historia de todas las artes, sin exclusión de la literatura.

II. Contra la historia extraartística de las artes.—La teoría histórica, viva aún, contra la cual se levanta el crítico napolitano, data de fines del siglo XVII y principios del XVIII. Entonces se crearon los módulos de interpretación que aún están en boga. Para que el lector no se pierda, tenga presente que se trata de esa manera de historia de las artes representada, en Alemania, por Schiller, Federico Schlegel y Hegel; en Francia, por Chateaubriand y Mme de Staël; en Italia, por Vico y Francesco De Sanctis.

Esta teoría histórica pretende organizar las evoluciones artísticas en épocas y en ciclos, a los que concede una independencia artificial:

Epocas: oriental, helénica o clásica, cristiana o romántica.

Ciclos: espontáneo, bárbaro o ingenuo, y reflexivo, sabio o sentimental; popular y literario, etc.

A éstos hay que unir los ciclos nacionales. La idea nacional cobra importancia y hace verdaderos estragos en la historia de las artes, con invasiones lamentables de la ambición política en un terreno que debiera ser inviolable.

Ciclos y épocas se combinan en varias formas, ya según la imagen de la curva ascendente o descendente (tesis del florecimiento o tesis de la decadencia), ya según el símbolo del círculo fatalista del retorno, o bien según la espiral de las evoluciones rítmicas. Y la misma evolución artística se mira como una corriente donde se pueden distinguir varias zonas, y cada zona, como un nuevo peldaño por donde se sube o se baja. Y las artes quedan distribuídas en un esquema de subordinaciones mutuas. Y de aquí esas lucubraciones sobre el arte más perfecto o sobre el porvenir del arte. (Hegel y la futura desaparición del arte, con la mayoría intelectual del mundo; Mazzini y su idea del drama del porvenir; Ricardo Wagner y sus sueños sobre el arte futuro.)

Las obras de arte se agrupan según ciclos, épocas y países, y se trata de extraer de ellas generalizaciones de carácter no artístico que permitan trazar la historia filosófica, civil o política de la humanidad. Y no cabe duda que las obras de arte proporcionan, como todo producto humano, indicios para la reconstrucción del cuadro social. El mal está en suponer que este procedimiento puede conducir a la historia del arte. Trátase aquí, en efecto, de una historia extraartística de las artes, de una historia sociológica de las artes, que precisamente se deja

fuera cuanto hay de artístico en el fenómeno, y en cambio lo tortura manifiestamente para hacerle producir, sobre las relaciones extraartísticas, más datos de los que contiene en realidad.

Contraprueba: las obras mediocres y malas son mucho más dóciles a este tratamiento que las obras maestras. Estas quedan en categoría de excepciones que no fundan regla. (Y ya se ha dicho, por ejemplo, que la nacionalidad de un artista, más que por sus aciertos, se descubre por sus limitaciones).

Esta historia sociológica de las artes pretendía fundarse en generalizaciones. Y lo único que, para generalizarlo, puede abstraerse en las obras de arte, es el asunto, el tema, la materia: lo no artístico, en una palabra.

Pero concédase a los fundadores de esta doctrina el haber superado el dogmatismo mezquino o la simple curiosidad del anticuario. Ellos descubrieron espíritu en las obras de arte. En consecuencia, se complacían en destacar sus grandes caracteres afirmativos, abandonando el antiguo método pedantesco de insistir en los errores menudos.

III. Falsas contraposiciones.—Contra la historia sociológica de las artes se han movido ya muchas protestas. Tratando de desentrañar aquella parte esencial del fenómeno artístico que la historia sociológica no logra captar, algunos han dicho:

—Es que se debe distinguir el arte, la estética filosófica, el juicio de las obras, de la historia propiamente dicha, a la que incumben la biografía y demás contingencias externas. (Cohen nos habla de la «estética del sentimiento puro»).

—No —dicen otros—. Es que a la ciencia sólo corresponde la indagación de las causas individuales y sociales que contribuyen para producir una obra de arte. Respecto a la calidad misma de la obra, es una cuestión

de gusto, no científica. (Según éstos, sólo las obras malas competen plenamente a la ciencia).

Existe también una escuela histórica de las artes figuradas, que pretende rectificar el error de la sociológica, incurriendo en otro nuevo error. Para ésta, la historia del arte sigue fundándose en generalizaciones, pero ahora son generalizaciones de carácter estrictamente artístico. De aquí esas historias de la pintura que se limitan a presentar el desarrollo de los procedimientos y problemas técnicos: tal pintor planteó tal problema, tal otro lo resolvió en esta forma, aquél no se percató de su existencia y el de más allá lo volvió a plantear. Esta dialéctica, que reduce el arte a fríos mecanismos, podrá proporcionar algunas contribuciones secundarias muy útiles o tendrá todo el valor pedagógico que se quiera, pero no puede fundar una teoría de la historia del arte.

Croce busca, pues, otra solución. Y comienza por preguntarse si todo será desdeñable (desde el punto de vista de la historia artística, se entiende) en las investigaciones de los sociólogos románticos.

IV. Valores adquiridos y definición del nuevo concepto.—No, no todo se puede desdeñar. Desde luego, queda como valor definitivamente adquirido el que la interpretación artística no puede alcanzarse sin referirse a los datos históricos de la época.

Además, los creadores de la historia sociológica de las artes eran hombres de gusto y de sensibilidad exquisita. Se preocupaban, es cierto, por trazar sus grandes curvas de evolución; pero, a veces, como de paso, al aludir a la obra particular de un artista, la definían y caracterizaban de una manera admirable. (Examínese el caso de De Sanctis).

Ahora bien; el nuevo concepto de la historia artística se funda, para Croce, en esta definición de la obra de cada artista particular, en la descripción de su drama de

creador, en la explicación dinámica de la serie de sus trabajos mediante los elementos que le daba la vida.

La historia sería así un conjunto de monografías. Y nótese que, en verdad, las monografías aumentan constantemente, mientras las historias generales, las teorías universales de las artes, van desapareciendo. (No se confunda el caso de los manuales mnemónicos, de los libros pedagógicos.) La gran línea de la historia romántica sólo queda como un ideal.

V. Atisbos y aclaraciones.—Esto es lo que quieren decir Fiedler y los suyos cuando hablan del carácter discontinuo y fragmentario (léase: individual) de las series artísticas; esto, Worringer y los suyos cuando combaten el concepto de las evoluciones lineales y la confusión entre los progresos técnicos y las creaciones artísticas. Hace diez y siete años le decía Tolstoy a un huésped francés:

—Me encantan vuestros críticos; son los únicos que leo. Pero ¿a qué me vienen hablando de la evolución de la novela? ¿Qué quieren decir con eso de que Stendhal explica a Balzac y Balzac explica a Flaubert? Los genios no proceden unos de otros; son independientes.

La verdadera forma lógica de la historiografía artística consiste en considerar singularmente el carácter propio de cada artista y de su obra. La forma didascálica correspondiente es el ensayo, la monografía. La antigua historia por conceptos generales, que nos legaron los románticos, ha de sustituirse por la historia «individualizante»; o, mejor dicho: hay que emancipar a ésta de aquélla, en cuyo seno vivía como ahogada, asomando sólo de tarde en tarde, tímidamente.

Esta disgregación de la historia artística, ¿no será un estado previo que habrá de llevarnos a nuevos intentos sintéticos? Por ahora, al menos, no se ve el camino de una nueva síntesis; todo intento acabaría en el mismo error de la historia sociológica de las artes.

Semejante error está todo él en considerar el arte como una de las formas de la actividad práctica, moral o filosófica, y nada más que eso: en querer que los poetas o los pintores sean moralistas de una doctrina, teorizantes de una tesis, y nada más.

Finalmente, Croce, volviendo a uno de sus temas predilectos de sátira, consuela a los eruditos, asegurándoles que su oficio nunca perderá su utilidad; pero —explica— la erudición es erudición y no historia; el panorama enciclopédico de los datos externos no es la reproducción de la vida ni tiene verdadera unidad histórica.

S., II-1918.

CRÓNICA DE ALFONSO III *

«Los textos latinos de la Edad Media Española están en su mayoría en el estado en que los dejó el P. Flórez.» Ya es tiempo de rehacer esta labor, meritísima por lo demás, conforme al nuevo criterio científico. El Centro de Estudios Históricos ha emprendido con este fin la publicación de una colección que constará de cuatro secciones: 1o. Crónicas, que son los textos de mayor uso; 2o. Textos literarios; 3o. Leyes y fueros; y 4o. Liturgia. La *Crónica de Alfonso III* que ahora publica el P. García Villada es el volumen primero de la serie.

Además de algunas indicaciones preliminares, el volumen contiene el texto y variantes de la primera y segunda redacciones que de esta crónica se conservan, dos

---

* *Crónica de Alfonso III*, ed. Z. García Villada, S. J. Madrid, 1918. Junta para Ampliación de Estudios; Centro de Estudios Históricos.

fragmentos interpolados de la tercera y cuarta y un estudio sobrio y ajustado de los manuscritos, ediciones, valor histórico y lingüístico del documento y relaciones entre los diversos textos; un mapa de la Península ibérica con los lugares a que se refiere la crónica y un índice geográfico.

Esta crónica ha sido atribuída a Alfonso III, y más generalmente y bajo la autoridad del P. Flórez, al Obispo Sebastián; pero esta última atribución se funda tan sólo en «un prólogo puesto a la cabeza de una colección de crónicas hecha en la primera mitad del siglo XII por un compilador, que algunos creen ser D. Pelayo, Obispo de Oviedo.» Ahora bien, este prólogo está plagado de inexactitudes. El mismo Flórez, que aquí alega la autoridad de dicho prólogo, la rechaza en otra parte de su obra. Por eso el P. García Villada se aleja de esta opinión. Para inclinarse, por su parte, a aceptar la atribución de la crónica al Rey Alfonso III, tiene buenas razones; la primera, la transmisión manuscrita: ocho de los manuscritos en que la crónica se conserva la atribuyen a Alfonso III; la segunda razón, que tiene todavía mayor fuerza, «la ofrece la carta que el Rey Alfonso dirige a Sebastián al principio de la crónica. En ella se declara expresamente su autor.» No por eso hay que imaginarse al Rey escribiendo por sí mismo la crónica; basta que le diera el primer impulso y dirigiera el trabajo de sus escribas. Tendríamos entonces un caso semejante al de la intervención del Rey Alfonso el Sabio en la redacción de sus obras, que ha sido explicada por Antonio G. Solalinde en la *Revista de Filología Española*, 1915, II, págs. 283-288.

No es éste lugar para exponer la clasificación metódica de los manuscritos y el examen que hace el P. Villada de las impresiones anteriores.

La crónica, escrita en Asturias, abarca del año 672 al 866, o sea los reinados de los cinco últimos monarcas visigodos y de los once primeros asturianos. Sus fuentes

principales son San Isidoro y San Julián de Toledo, en su *Historia de la rebelión del conde Pablo contra Wamba;* fuente probable es también el llamado «Anónimo de Córdoba», y asimismo algún otro escrito desconocido que debió de ser fuente común de esta crónica y del Cronicón Albense.

En nuestra crónica se advierte la introducción de dos elementos que la hacen sospechosa: el bíblico y el maravilloso. «La batalla de Covadonga va revestida de una serie de milagros... Allí se vieron los proyectiles de los sarracenos volverse contra los mismos que los disparaban. Allí perecieron 124,000 caldeos, y fueron aplastados por un monte que se desplomó repentinamente los 63,000 restantes, yendo a sepultarse en el cauce del río Deva; y lo que es más estupendo todavía, todos los años, al crecer las aguas en el invierno, aparecían en el río las señales de las armas y de los huesos de los vencidos.» A la muerte de Alfonso I, mientras los caballeros de su séquito velan su cadáver, resuena en el aire la voz de los ángeles que entonan unos versículos latinos. Como se ve, las noticias de esta crónica se deben tomar con precaución, pero no faltan pasajes de cuya autenticidad no hay razón para dudar, particularmente al acercarnos a los tiempos contemporáneos del cronista.

Respecto al latín de la crónica, advierte el editor que su vocabulario, muy restringido, es en general «bastante propio y conforme con el latín clásico.» Si el vocabulario, la fonética y la morfología no ofrecen peculiaridades notables, en cambio la sintaxis y la construcción se apartan considerablemente de las normas clásicas.

S., 14-III-1918.

BíLBILIS *

La antigua y famosa ciudad de Bílbilis es una de esas ciudades fantasmas que no se dejan atrapar por las más pacientes investigaciones. Unos, con error manifiesto, quisieron identificarla con Calatayud, y los que más apuraban, la llevaban al cercano cerro de Bámbola, lo cual tampoco parece completamente exacto.

Comisionado para explorar el antiguo sitio de Bílbilis, el autor se trasladó a Calatayud en el verano de 1917, para orientar desde allí el rumbo que habían de seguir sus exploraciones.

En «la hermosa ciudad levantada al pie del castillo de Ayub, entre éste y el río Jalón, que la limita al Mediodía», apenas encuentra rastros de antigüedad. Pero río abajo, y al Oriente, a seis kilómetros de Calatayud, aparece el cerro de Bámbola, sin un árbol ni un albergue, aunque con señales evidentes de antigua residencia humana. «Muy cerca del cerro, y al pie de una estribación de la sierra de Bicor, pasado el río, se ha formado el pueblo de Huermeda, en el que podemos ver el último refugio de los habitantes de la antigua Bílbilis.»

El autor describe después la marcha de sus exploraciones, traza el plano probable de la ciudad y las antiguas carreteras que a ella daban acceso; y, tras un breve examen histórico y arqueológico, concluye que se puede dar ya por fijado el sitio de la ciudad, más que por la inspección ocular del recinto, por la intersección de las vías romanas que constan en los itinerarios antiguos.

La expedición ha permitido, asimismo, encontrar y transportar algunos objetos de interés arqueológico.

S., VII-1918.

---

* N. Sentenach, *Bilbilis. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, marzo-abril de 1918, págs. 149-169.

BIBLIOGRAFÍA DE ALEMÁN *

Bajo la seca apariencia de una lista de libros, las bibliografías del autorizado hispanista francés suelen resolver de paso varias cuestiones dudosas de historia literaria; y a veces, como para Góngora, sus bibliografías determinan una nueva época en todos los estudios de la materia a que se aplican. La monografía que hace poco tiempo ha publicado sobre las obras atribuídas a Hurtado de Mendoza es un ejemplo. La actual monografía describe las ediciones conocidas de las nueve obras siguientes:

Odas de Horacio, traducidas por Mateo Alemán («Rectius Vives», II, 10, y «Eheu fugaces», II, 14; las reproduce).

Proverbios morales, de Alonso de Barros, con prólogo de Alemán (reproducido en la bibliografía).

Primera parte de *Guzmán de Alfarache.*

Segunda parte de la vida del pícaro *Guzmán de Alfarache*, por Mateo Luján de Sayavedra. (Expone la historia de las investigaciones sobre la identificación del autor, que se disimula bajo este seudónimo, y hace notar que el propio Alemán parece haber ignorado quién era, como lo ignoramos nosotros.)

San Antonio de Padua.

Segunda parte de la vida de *Guzmán de Alfarache*, por Alemán.

Ortografía Castellana.

Sucesos de Fray García Guerra.

Arancel de necedades.

Alemán poseía dos retratos suyos, uno en cobre y otro en madera, que aparecen en todas las ediciones de sus obras publicadas en los lugares en que él se encon-

---

* R. Foulché-Delsbosc, *Bibliographie de Mateo Alemán*, (1598-1615. Extr. de la *Revue Hispanique*, tomo XLII. Nueva York-París, 1918, 8º, 80 págs.)

traba. Cuando Alemán se va a México, los retratos aparecen en las ediciones de sus obras de México. De este modo el crítico logra —estableciendo cuáles ediciones llevan y cuáles no llevan el retrato— fijar las que se publicaron bajo la vigilancia misma del autor, únicas que deben ser tenidas en cuenta para una edición moderna.

También logra el crítico establecer la filiación de las ediciones del *Guzmán de Alfarache*, y da las más curiosas noticias sobre los dichos retratos de Alemán y otras cuestiones relativas a su biografía o a la historia de sus escritos.

S., 15-VIII-1918.

NOVELAS CERVANTINAS *

Tomo semejante al de *La ilustre fregona*, publicado el año pasado por el mismo Rodríguez Marín. En breve prólogo nos dice que, en el vasto campo de la investigación, halló «algunas espiguillas que ofrecer a los lectores de la colección de «Clásicos Castellanos», cuando anoté para ellos estas novelas (1917). Añado ahora otras espiguillas que allí no cupieron...»

No vamos a descubrir a los lectores de *El Sol* el valor de las ediciones eruditas de Rodríguez Marín. Con la actual da la última mano a la obra. Por los prólogos y notas de sus ediciones cervantinas corre una multitud de aclaraciones, descubrimientos, rectificaciones, ideas, que se completan de uno a otro volumen, anudándose como

* CERVANTES, *El casamiento engañoso* y *Coloquio de los perros*, edición anotada por F. Rodríguez Marín. Madrid, 1918, 8°, 237 págs.

los distintos hilos de una trama. Ahora la tela está hecha, el sistema acabado.

—Con este libro —nos dice Rodríguez Marín— doy fin a mis trabajos en torno al autor del *Quijote*, y como el propio Cide Hamete Benengeli, cuelgo la péñola cervantina de la espetera. Nuevas tareas (nuevos solaces) me reclaman, de que el público tendrá noticia antes de un año.

S., 3-X-1918.

EL DIABLO COJUELO *

Es de suyo fácilmente legible la novelita de Vélez de Guevara, y el conocimiento que posee Rodríguez Marín de la lengua y de la vida de nuestro siglo XVII la han dejado todavía más tersa. Hace el crítico sutiles observaciones sobre el estilo del autor, como ese procedimiento de chistes fáciles que resulta de sustituir algún término de una frase hecha, y decir, por ejemplo: «El ladrón dió de manos a "bolsa" con el caballero que traía los cien escudos», etc.

El Diablo Cojuelo, según las explicaciones y documentos que alega el editor, queda incorporado en la ya larga serie de libros clásicos españoles que proceden de una inspiración folklórica popular. Tal el *Lazarillo de Tormes*, tal el *Peribáñez* de Lope de Vega. El personaje y su cualidad esencial, unas veces; otras, algún episodio novelesco, andan en la imaginación popular, ya en for-

* Luis Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, edición y notas de F. Rodríguez Marín. Madrid. Clásicos Castellanos de "La Lectura", 1918, 8°, XL más 298 págs.

ma de cuentos o ya estereotipados en frases y en proverbios. Al calor de la imaginación artística, la fórmula sintética se desvanece, y de un proverbio brota un libro. En refranes andaba «El diablo cojuelo»; «en las fórmulas supersticiosas llevábanle y traíanle como un zarandillo nuestras hechiceras de los siglos XVI y XVII.» Y en los Archivos de la Inquisición se encuentran salmos y hasta romances populares que lo comprueban. He aquí un ejemplo, tomado de labios de una bruja de Toledo, Isabel del Pozo, allá por 1631:

Conjúrote, sal y cilantro
con Barrabás,
con el Diablo cojuelo, que puede más.
No te conjuro por sal y cilantro,
sino por el corazón de Fulano.

El texto ha sido un tanto modernizado, y en punto a la anotación, dice el editor que más ha procurado pecar por carta de más que por carta de menos. «Pero aun así —añade—, he huído con mucho cuidado de escribir notas por las cuales se me pudiese encasillar junto a Lucas de Valdés y Toro, aquel empecatado cirujano cordobés que en 1630 dió a la estampa un opúsculo perogrullesco titulado así: *Tratado en que se prueba que la nieve es fría y húmeda.*»

S., 3-X-1918.

CARTA A UN HOLANDÉS

Sr. D. G. J. Geers:

La atenta carta de usted propone una cuestión que, fuera de la actualidad que pueda tener, ofrece un interés permanente. «Soy, —me dice usted en resumen— un holandés aficionado al estudio de la lingüística y la etnografía americanas. De tiempo atrás vengo advirtiendo que sólo los extranjeros —yanquis, franceses, alemanes— parecen preocuparse de las lenguas aborígenes de América. Pero advierto que sus estudios se fundan siempre en libros de antiguos misioneros españoles, ya inéditos, ya rarísimos. Estos libros, que proceden siempre de los fondos conservados tradicionalmente en la América española, parecen condenados a emigrar al extranjero, para que los sabios extranjeros los aprovechen.» Ahora bien: la Fiesta de la Raza le parecía a usted el momento oportuno para proponer la fundación de una biblioteca o revista especial en España, o de que, en suma, se hiciera cualquier cosa en España con el fin de concentrar aquí, y salvarlos hasta de la pérdida probable, todos esos libros y documentos. ¿He entendido bien el pensamiento de usted?

Contestaré a usted, brevemente, lo que sobre esto se me ocurre: 1o. Si, como supongo, ha leído usted *El Sol* del 7 de octubre, recordará usted el escepticismo con que «Mustafá» mira llegar «la sombra de la Fiesta de la sombra de la Raza». Este «Mustafá», que es en el fondo un buen español, refleja con su escepticismo un estado de ánimo casi general. La Fiesta de la Raza no parecía ser, por ahora, una ocasión adecuada para emprender ninguna empresa ambiciosa. 2o. Desde el punto de vista puramente científico, siempre que los tales libros y documentos sean bien aprovechados, lo mismo da que los aprovechen los propios que los extraños, y peor es que la incuria de los que debieran estudiarlos los deje perderse para

siempre. 3o. Pero al lado de las razones puramente científicas hay otras, legítimas, de otro orden, que, por lo demás, yo comparto con usted. Estas otras razones aconsejan que, en efecto, el Estado procure conservar cuidadosamente todos esos preciosos papeles. Pero ¿cuál Estado? ¿El español? En España no hay precisamente, que yo sepa, especialistas en lenguas americanas. En la América española hay algunos. Tales documentos están, por otra parte, incorporados a la tradición literaria de los diversos países de América. Es a los Estados americanos a quienes compete custodiarlos. En este sentido, todo lo que se haga o se intente me parece poco. Verdad es que la tradición española central y las tradiciones americanas se resuelven, conceptualmente, en una sola. Pero en la realidad, las cosas se han de administrar separadamente, y así conviene al buen orden de las cosas. La raza es una, pero muchos Gobiernos autonómicos se encargan de gobernarla; igualmente cada núcleo debe cuidar y administrar de por sí su parte de la tradición literaria común. 4o. Aún se me pudiera objetar que vale más concentrar los tesoros en un solo sitio, que no dejarlos desperdigados por todas las ciudades de América; y que el sitio más indicado para esa concentración (hágase ahora mismo o más tarde) es Madrid. Pero es muy dudoso que, aun reconociendo a Madrid como capital teórica central, los americanos aceptaran el enviar acá sus tesoros, una vez puestos a desenterrarlos y a coleccionarlos.

Así, pues, creo ante todo que la Fiesta de la Raza no es la ocasión para tal proyecto. Creo, además, que semejante proyecto posterga un poco a los americanos, que son, en último término, los dueños del problema.

Y como la discusión de estas cosas constituye siempre un servicio público verdadero, agradezco a usted la comunicación de su idea, y la trasmito a los lectores.

S., 17-X-1918.

FUENTES DE IRVING *

Alguna vez se dijo que Washington Irving, en su *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, 1826, había aprovechado la *Colección de viajes*, de Fernández de Navarrete, mucho más de lo que confesaba. No sería la primera vez que un artista literario construye su obra —obra original por su alcance y su sentido humano— sobre documentos hacinados por el erudito, que si algo están esperando es la pluma de un verdadero escritor que los anime.

El Sr. Pérez de Guzmán ha encontrado y da a la estampa una traducción española de cierto artículo publicado por T. W. White en su revista neoyorquina *El Mensajero Literario del Sur*, mayo de 1841. White está con los que acusan a Irving: «Habiendo oído que en España había padecido extraordinariamente la reputación de Mr. Irving, por suponérsele falto de buena fe respecto del Sr. Navarrete, examinamos el asunto por nosotros mismos con la esperanza de poder corregir lo que estábamos dispuestos a creer equivocado. Desgraciadamente, etc.»

El Sr. Pérez de Guzmán, que encontró este artículo traducido en el expediente académico de Navarrete, advierte que dicha traducción está inédita, y que «es indudable que el mismo Fernández de Navarrete, por extremo de delicadeza, siendo a la sazón director de nuestro Cuerpo y habiendo mantenido con W. Irving leal correspondencia durante su larga permanencia en España, creyó que entonces no era oportuna la reproducción de dichos artículos en las publicaciones de la Academia.» Y añade: «Pero han pasado setenta y siete años, el artículo tiene verdadera importancia por la defensa que se hace en él

---

* JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, *Reparaciones de la Historia de España. Fernández de Navarrete y Washington Irving.* (Boletín de la R. Academia de la Historia, agosto-octubre, 1918.)

de nuestro ilustre Fernández de Navarrete y de la más interesante de sus obras, frente a la desmedida ponderación que se dió y aún conserva la del también ilustre escritor norteamericano, y es tiempo ya, etc., etc.» En efecto, el artículo tiene verdadera importancia, no porque defienda a nuestro ilustre Fernández de Navarrete frente al también ilustre escritor norteamericano, sino porque es un elemento más de la discusión. Y también es cierto que es tiempo ya de publicarlo.

Hoy por hoy, más aireada nuestra atmósfera literaria, la excelencia del escritor no padece por el hecho de que se precisen sus fuentes, eruditas, aun en caso de que sus intenciones personales hubieran sido el ocultar dichas fuentes.

S., 1918.

UN PARTE DE GUERRA EN EL SIGLO XVII

A continuación reproducimos, sin comentario, algunos trozos de un relato impreso sobre los *Sucesos y victorias de las católicas armas de España y del Imperio, en Francia y otras provincias, desde 22 de junio de este año hasta 20 de agosto del mismo de 1636.* Figura a fojas 137 del manuscrito número 2,367 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Dice así:

«Después que los dos esclarecidos Fernandos, el Rey de Hungría y el Infante Cardenal, vencieron la memorable batalla de Norlinguen, se creyó, y justamente, que ya no le quedaba enemigo poderoso a la Casa de Austria. Y habiendo llegado tan victorioso y aplaudido a Flandes

el Cardenal Infante, como gobernador y capitán general de aquellos Estados, por el Rey Católico, su hermano, trató luego de proseguir la guerra con Holanda..., cuando tan de improviso lo salteó el Rey de Francia, unido y mezclado nuevamente con los mismos rebeldes.»

Habiendo dividido Su Alteza en tres partes su ejército —una al mando del Conde de Fontané, en el Condado de Flandes, cubriendo las plazas marítimas de Dunkerque, Neoporte y Grabelignas; otra de reserva, al mando del Conde de la Fera, D. Manuel Pimentel, y la otra bajo su mando inmediato—, decidió «entrar personalmente en Francia, por la provincia de Picardía, acompañado del príncipe Tomás de Saboya, su primo» y algunos otros capitanes. Al efecto, ordenó al Príncipe de Saboya que, a los postreros de junio, saliese de Bruselas a juntar sus tropas, que él se le reuniría después. Hacia el 3 de julio, Su Alteza llegaba a Cambrai.

«Y habiendo llegado, pareció más conveniente quedar su persona y corte en aquella plaza, haciendo sombra con su autoridad y disposición a una y otra parte, *encargando al príncipe y a todos los cabos en nombre del Rey y suyo, lo que Su Majestad con grandes aprietos le tenía ordenado: que se excusase el saquear los lugares, tomando los que se rindiesen a razonables partidos y contribuciones, por evitar la desorden y peligrosa licencia de los soldados; pidiéndoles con suma instancia la defensa de los templos y de las mujeres, sin admitir en ello excusa ninguna, en que adelante se referirán señaladas acciones y piedades.*»

Y aquí, combates y rendiciones, «vadeos» y voladuras de puentes, bosques talados, maniobras de la artillería; hasta llegar, el 4 de agosto, a un encuentro donde obtuvieron los españoles la primer victoria de importancia.

«A la voz deste suceso, derribaron en Francia todas las puentes de los ríos Oise, Aisne, hasta *Sanclú.*» Pero como continúan los éxitos españoles, el 14 de agosto de 1636 se firmaban las capitulaciones entre el príncipe Tomás de Saboya y el capitán francés, sobre la rendición de la provincia de Picardía, que comienzan así: «Que todos los soldados puedan salir tocando cajas, con mecha encendida y bala en boca, banderas desplegadas, armas y bagaje.» Después se establecen condiciones de seguridad para los vecinos, heridos y enfermos, religiosos y monjas.

Más tarde, habiendo sorprendido el Conde Piccolomini a sus soldados saqueando una iglesia, en contravención con lo mandado, «mató por su propia mano seis dellos, celo de caballero cristiano.»

S., 1918.

LITERATURA A MÁQUINA

Con este título publica *The Minneapolis Journal*, de Minnesota (Estados Unidos), el siguiente comentario sobre el historiador Bancroft:

«La muerte de Hubert Howe Bancroft, el historiador de la costa del Pacífico, a la avanzada edad de ochenta y seis años, hace pensar en aquel personaje de Oliver Wendell Holmes «que inventó la aplicación de la mecánica a la literatura». Mr. Bancroft trabajaba auxiliado por gran número de ayudantes, y mejor que escribir historia, coleccionaba gruesos volúmenes de materiales. La primera de sus numerosas obras fué *Las razas aborígenes del Pacífico.* Constaba de cinco enormes tomos, para cuya publicación el autor tuvo que crear toda una empre-

sa. Según sus propias declaraciones, la obra del investigador y del escritor es como la del obrero que trabaja incesantemente durante cincuenta años, con excepción de los domingos.

Mr. Bancroft tuvo una escasa disciplina escolar, y lo que sabía de los libros lo aprendió en las librerías, de que fué primero dependiente y propietario más tarde. Él mismo confiesa que era incapaz de redactar una página a los cuarenta años. Lo cual no quita que durante diez y seis años haya vivido entregado a coleccionar libros, manuscritos y periódicos relativos a la costa del Pacífico.

La afición por estos estudios comenzó para Mr. Bancroft en el año de 1871, y entonces dejó en otras manos el negocio de librería para consagrarse a sus nuevos trabajos. Pero pronto se percató de que las tareas de leer, entender y anotar sus materiales eran trabajo para una vida de cuatrocientos años.

Entonces empezó a rodearse de auxiliares que pronto se contaban por cientos. Estos, previamente aleccionados por él, usaban un sistema especial de cédulas e índices. Así se llegó a formar todo un almacén de referencias que permitió organizar el enorme material histórico. Aquello era hacer historia a máquina; pero el resultado fué sorprendente: de allí esas grandes y valiosas colecciones de materiales bien distribuídos que ganarán a Bancroft la gratitud y la veneración de los historiadores futuros.

Durante sus últimos años, Bancroft vivía tranquilamente en su casa de San Francisco, y ya en su vejez se puso a escribir un libro sobre su vida y su obra, llamado *Retrospección.* «Es en la literatura americana una personalidad singular, y no es fácil que la sustituyamos nunca.»

S., 1918.

LA CIENCIA QUE DESTRUYE Y PRESERVA

En la primavera de 1916, a petición de Wilson, la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos organizó una encuesta para estudiar las relaciones entre la ciencia y la guerra. Cuando los Estados Unidos entraron en la contienda, la Academia envió a Europa seis delegados para que examinaran de cerca la participación que se concedía a la ciencia en las funciones de la guerra. Entre los delegados vino Joseph S. Ames, director del Laboratorio de Física en la Universidad de Johns Hopkins. El relato de su visita al frente (publicado en *The Atlantic Monthly,* bajo el nombre de *La ciencia en el frente*), está lleno de interés y de novedad, aun limitándose estrictamente al terreno de las investigaciones físicas que le competen.

Al acercarse —dice— a la zona de la guerra, se entra en el dominio estricto del orden, donde nada se ha dejado al azar. Esta sistematización completa de la vida, en la tierra, el agua y el aire, no es más que una profunda y rigurosa aplicación de la ciencia a la vida. El Estado Mayor ha comprendido las ventajas de usar a los hombres de ciencia como cuerpo consultivo, tanto como usa de los hombres de negocios para arbitrar los recursos de la guerra y acudir al bienestar del soldado. En Alemania, según declaraba cierto químico americano, el Estado Mayor comenzó la guerra convocando a sus sabios y designando un cuerpo consultivo especial para cada una de las funciones militares. Poco a poco, sin embargo, el simple oficial comenzó a suplantar al sabio, que al fin ha quedado completamente arrinconado. Pero en Inglaterra, observa el mismo químico, las cosas han ido al contrario: cada vez el sabio desempeña una función más importante en la guerra. Esto le parece ya a Mr. Ames

un indicio suficiente sobre el resultado de la actual guerra.

En la guerra —continúa— todos trabajan continuamente en un perfecto engranaje de las mutuas necesidades. El que tiene una dificultad pronto obtiene ayuda; el que tiene una iniciativa no tarda en poderla aprovechar. En París, donde examinó las oficinas y departamentos de mapas y aeroplanos, todos se prestaron a darle informaciones cabales; pero en Inglaterra prefirió dirigirse a los individuos, y no ya a las oficinas públicas, porque —observa— por la diversa índole de los pueblos, mientras el francés explica el funcionamiento normal de las cosas, el inglés tiende a explicar las deficiencias de este funcionamiento, dando por conocida la cuestión principal.

Tras de examinar la teoría de la guerra en París y en Londres, la Comisión pasó al frente, para examinar la práctica misma. No había aspecto de la guerra que no tuviera allí manifestación adecuada: la Geología produce unas cartas con colores convencionales que indican dónde hay pantanos, dónde se puede cavar, la roca del subsuelo, el riesgo de la arena movediza, el agua subterránea, terreno apropiado para mina o túnel, etc., etc. La Meteorología, de cuya utilidad al principio pudo dudarse, da a los artilleros el módulo de temperatura, humedad del aire, fuerza del viento. La Química apronta los elementos para contrarrestar el gas asfixiante, y analiza todo nuevo gas que aparece. El estudio de las tintas invisibles es un capítulo detectivesco de la guerra, de que conoceremos muchas circunstancias el día de la paz. El «camouflage», o arte de disimular los objetos bajo una apariencia inofensiva, ha alcanzado la categoría de ciencia. Cuando los frentes enemigos se acercan, fotógrafos y dibujantes toman nota de todas las particularidades del terreno, a fin de aprovecharlas: una rama, un caballo muerto y hasta el cadáver de un hombre, son sustituídos durante la noche por abrigos metálicos de la misma apariencia,

dentro de los cuales se guarece un centinela avanzado. Se asegura que alguna vez dos grupos enemigos se han sorprendido tratando de hacer la misma sustitución. En estas combinaciones de imaginación y habilidad artística, nadie como el francés. Los mapas llevan la minuciosidad topográfica a extremos increíbles y cada día, según las nuevas condiciones del combate, hay que renovarlos. Y nótese que cada servicio requiere cartas adecuadas. Las fotografías tomadas por los aviadores son sometidas después al examen microscópico. Así también la Metalúrgica y la «Electrología» han alcanzado grandes progresos. Como la paz enmohece, los estudios de acústica estaban un poco olvidados en Inglaterra. Hoy se trabaja sobre las ondas sonoras del aeroplano, del cañón y aun del submarino, que no se ha logrado ensordecer del todo. Gracias a la Acústica, se puede fijar la posición de un cañón. Lo mismo con la Óptica, atendiendo a la luminosidad del fogonazo, en la noche. La línea que separa la ciencia pura de la ciencia aplicada puede decirse que desaparece en este estado crítico de la vida provocado por la guerra.

Pero si es admirable el espectáculo de la ciencia que destruye, no lo es menos el de la ciencia que preserva. Sobre este tema discurre el profesor F. H. Pike en la revista trimestral de la Universidad de Columbia, Nueva York (Columbia University Quarterly, *Science and War*). La conservación de los alimentos —dice— ha venido a constituir un problema inquietante, en parte económico y social, y en parte científico. Es científico, por cuanto supone el descubrimiento y aplicación de todos los elementos que estimulen la producción y que permitan la preservación. Esto no sólo se aplica a los materiales de que se nutre el hombre sino al hombre mismo, considerado como un producto natural.

Esta preocupación es ya general en los Estados Unidos. Tenemos a la vista una publicación de una Universidad norteamericana (*Pocket guide to food conservation*),

que se recomienda leer y guardar cuidadosamente como un pequeño breviario práctico: «El propósito de este folleto —dice la primera página— es proporcionar el medio más fácil para traducir en acción esa necesidad moral en que ahora nos encontramos todos de preservar los alimentos. Esto sólo puede lograrse eliminando todo desperdicio en la preparación y consumación de alimentos, y también sustituyendo unas especies por otras. Más que una responsabilidad gubernamental, se trata aquí de una responsabilidad individual.» Y después de algunas consideraciones en que los preceptos éticos alternan con las reminiscencias humanísticas, el folleto proporciona informaciones y consejos de carácter práctico. Este folleto está publicado por The University of Minnesota, Minneápolis, Minn. (Estados Unidos), y será enviado gratuitamente a todo el que lo solicite del Comité de Campaña Económica (Economy Campaign Comitee). Como en la actual guerra no hay neutros, y menos en esta materia de conservación de la vida, nos parece útil difundir estas informaciones.

S., 1918.

SOBRE EL QUIJOTE *

El ensayo sobre *Don Quijote* fué leído ante la Royal Philosophical Society de Glasgow en 31 de enero de 1908, y publicado en los *Proceedings* de dicha Sociedad, de donde ahora se reimprime. Ocupa 24 páginas llenas de crítica sustanciosa y muy lejos de los ociosos «eruditismos» que tanto empobrecen en nuestros días la literatura

* W. Paton Ker, *Two Essays.* 1: *Don Quijote.* 2: *The Politics of Burns.* Glasgow, J. Maclehouse and Sons, 1918, 8°, 51 págs.

cervantina. Tras una alusión a las tradiciones romancescas de Glasgow, recordadas en los emblemas del escudo, entra el autor en materia citando el conocido juicio de Hegel sobre Cervantes. Niega después que tenga sentido la ligera opinión emitida por Byron sobre el carácter del *Quijote* («Cervantes smiled Spain's chivalry away»). Porque —dice— si quiso Byron dar a entender que Cervantes acabó con la vieja moda caballeresca no es del todo exacto: de su obra misma se desprende que la caballería estaba moribunda. Si Byron, al hablar de la caballería española, quiso referirse a las nociones del honor, como parece, menos sentido tienen aún sus palabras, porque el «puntillo de honra» es más enfático en la época de Calderón que en las generaciones precedentes. Si quiso referirse Byron al heroísmo, ¿cómo decir que Cervantes acabó con el sentimiento del heroísmo? Ninguna expresión más pura de este sentimiento que el cuadro de *Las Lanzas*, de Velázquez, posterior a Cervantes en dos generaciones y, según la tesis de Byron, obra de un español de la decadencia. El poeta que, según Byron es responsable de la decadencia de España, resulta ser el autor de aquella *Numancia* que, a modo de tónico para el patriotismo, se hacía representar en Zaragoza durante el sitio. Algunos se imaginan que las burlas del *Quijote* son como un asalto democrático contra refinamientos ridículos; y al contrario: las burlas del *Quijote* van contra la ridiculez de una moda que era profundamente popular: hasta Maritornes conoce los libros de caballerías. Las opiniones literarias de Cervantes, por otra parte, ofrecen un problema que no siempre ha sido bien planteado: el *Quijote* las expone muy largamente. Y resulta que ese libro tan generoso y tan amplio fué escrito por un hombre que participaba de todas las supersticiones de la preceptiva de su tiempo. La obra que más parecía estimar entre las suyas, era la artificiosa *Galatea*. Y ésta y el *Persiles* son géneros enteramente contrarios al espíritu

del *Quijote*. Para uso del público inglés, el autor establece un brillante paralelo —simple coincidencia— entre las teorías de Cervantes sobre las unidades en el teatro, etc., y las de Sir Philip Sidney. Son, uno y otro, ejemplos de cómo, por un momento, el humanismo era un obstáculo para la literatura, aunque esto parezca muy paradójico. (Y aquí invoca la autoridad de A. Jeanroy, *Quelques reflexions sur le Quattrocento, Bulletin Italien*, 1905, 205-236.) En *Don Quijote*, uno de los grandes libros caóticos de la Era Moderna, los formalismos preceptivos persiguen a Cervantes de tiempo en tiempo, como fantasmas. Rabelais nunca tuvo que sufrir este conflicto. Cervantes, porque lo sufre, es más interesante. *Don Quijote* es uno de los libros más descuidados: si fuera antiguo, los críticos habrían creído hallar en él, como en la *Ilíada*, varios autores y varios interpoladores sucesivos. Y aquí se recuerda la inconsistencia de ciertos pasajes, y la unidad de ciertos orbes novelísticos dentro de la gran novela, sin contar con las novelas evidentemente intercaladas en ella. El libro resulta una confusión, una selva de invenciones, pero también de estilos e ideales artísticos. Este aire de «casualidad» que hay en el *Quijote* fué ya conscientemente imitado por Fielding en Inglaterra. Cervantes era humorista; es decir, pensaba a un tiempo en varios aspectos de las cosas. Los comentaristas, tratando de seguir una sola de sus intenciones, lo interpretan mal a menudo. Hegel lo comprendió: comprendió que el libro contra la caballería era esencialmente caballeresco en la persona de D. Quijote. (Aquí una sutil comparación con *Northanger Abbey*, de Jane Austen, descendencia cervantina indirecta.) Cervantes quiere que tomemos en serio a Cardenio, mientras don Quijote nos hace reír con su imitación de las penas del abandonado. Y así en muchos otros lugares. El mismo doble juego, a propósito de las ficciones arcádicas, en la excelente defensa que hace la pastora Marcela de su derecho a rehusar a un enamorado: página en que queda superada toda

la literatura pastoral del Renacimiento. Cervantes es menos libre que Chaucer y que Shakespeare: la preceptiva solemne de la época se cierne sobre él, y, sin embargo, su doble vista genial le lleva constantemente a contemplar otros cielos. De aquí la plena sazón de su obra. Acaba la excelente conferencia con una breve visión poética de España a través del *Quijote*, y recordando que éste ha venido a ser ya un libro inglés. La evocación de las escenas de Cervantes —dice el autor atinadamente— es la mejor descripción del genio de Cervantes.

RFE, 1918, tomo V, No. 1.

CERVANTES EN INGLATERRA *

En *La española inglesa* «los personajes ingleses son casi todos simpáticos», sin exceptuar a la Reina Isabel, tan enemiga de España y tan denostada, entre otros, por Lope y por Góngora. La representación de la corte inglesa en esta novela le parece al autor bastante aproximada para ser indirecta. «Cervantes, según es bien sabido, era visitado por diplomáticos extranjeros... ¿No referiría a Cervantes el escritor inglés John Mabbe las peculiares grandezas de Londres?» En el *Persiles*, asegura que en Inglaterra no hay animales ponzoñosos. Recuerda el autor la traducción inglesa del *Quijote* hecha por Shelton, y los datos sobre la influencia de Cervantes en aquella literatura, recogidos por J. Fitzmaurice-Kelly en

* J. de Armas, *Cervantes en la literatura inglesa.* Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 8 de mayo de 1916. Madrid, Imp. "Renacimiento", 1916, 8°, 38 págs.

su edición moderna de dicha traducción. «A pesar de la boga del *Quijote*, las *Novelas ejemplares* lo aventajaron en proporcionar asuntos e ideas a los autores ingleses en la segunda mitad del siglo XVII.» Remite, sobre otras influencias posteriores de Cervantes, a la *Historia de la literatura inglesa* de Cambridge, a Ward, a Shelling, a Jusserand, a Buchanan y a Koeppel. Recuerda el *Hudibras* de Samuel Butler, las notas sobre el *Quijote* de Edmund Gayton, la *Historia de las aventuras de Joseph Andrews y su amigo Mr. Abraham Adams* de Fielding, y su intento dramático (*«Don Quijote» en Inglaterra*), el *Tristam Shandy* de Sterne, el *Sir Lancelot Greaves* de Smollet, y su *Expedición de Humphry Clinker*, el *Don Bilioso de l'Estomac* de Arbuthnot, *The female Quijote* de Mrs. Thrale, y *The spiritual Quijote* de Graves *, la traducción del *Quijote* de John Bowle y la *Vida de Cervantes* de J. Fitzmaurice-Kelly (1914). «Con muy justificada satisfacción ha dicho este eminente hispanista que su patria fué la primera en traducir el *Quijote*, la primera en publicarlo en español lujosamente, la primera en publicar una biografía de Cervantes, la primera en hacer el comentario de su libro y la primera en publicar una edición crítica de su texto, la de 1899.»

RFE, 1918, tomo V, No. 1.

---

* Sobre éste puede leerse H. Ellis, *Richard Graves and "The Spiritual Quijote"*. Nineteenth Century, abril de 1916.

CERVANTES Y EL ROMANCERO *

Don Quijote nos habla de poesía en los momentos de mayor serenidad, y también en la plenitud de su locura discursiva y razonadora. Pueden reducirse a tres los conceptos que tenía Cervantes de la poesía: la universalidad, la utilidad —ambas indicadas ya por Menéndez y Pelayo— y la selección como base y norma (*Novelas ejemplares*, «La Lectura», edic. R. Marín, I, 50-51). Pero esta teoría aristocrática y del todo ajena a los conceptos generalmente admitidos sobre la poesía popular está, como muchas veces sucede, en pugna con la práctica. (Ahí los ideales renacentistas iban, en España, lado a lado con las viejas tradiciones populares.) Cervantes, como lo es por su espíritu toda la literatura clásica española, era un folklorista; no sólo por el folklore que en su obra aprovecha, sino por el procedimiento constructivo de su obra. Aun sin refranes y bailes, su obra sería de inspiración folklórica; pero, entendido esto, cobran mayor sentido todos los elementos directos de corte popular que la obra contiene. Y entre todos, ninguno tan importante como el romance viejo. En la biblioteca de D. Quijote no había libros de romances, porque éstos eran aún cosa viva en boca del pueblo: a veces, D. Quijote encontraba en ellos los vestigios de la caballería de que le hablaban sus libros. Y los romances aparecen siempre en una correspondencia perfecta con el estado de ánimo de D. Quijote. En *La casa de los celos y selvas de Ardenia* puede verse una elaboración teatral de romances carolingios y, como dice Savj López, un presentimiento del método que producirá el *Quijote*. Allí también se encuentra el senti-

---

* J. M. Chacón y Calvo, *Cervantes y el Romancero*. Conferencia pronunciada el 10 de diciembre de 1916 en el Ateneo de La Habana. Habana, Imp. "El Siglo XX", 1917, 4º, 36 págs. Extr. de la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de La Habana.

miento de la antítesis entre la vida que se vive y la que se quisiera vivir, que por lo demás se manifiesta a cada paso en Cervantes y lo llevó a escribir, siendo soldado, un libro como *La Galatea;* cuando va a morir, trabaja —nueva antítesis— en una obra llena de ensueños de juventud, como lo es el *Persiles y Sigismunda.* Los romances carolingios, que se relacionan con la obra de Cervantes, se caracterizan por la galantería caballeresca, el espíritu aventurero, la idealización del amor y aun cierto ambiente exótico de misterio. Todo esto, como se ve, concuerda con el espíritu de la obra cervantina: en los romances carolingios hay quijotismo. Así en el de Guiomar y en otros. En algunos independientes del ciclo carolingio hay también un ambiente maravilloso, aún más poético y vago —*La Infantina,* que todavía queda en Cuba, según investigaciones anteriores del mismo Chacón, y el *Conde Olinos*—. La fe en lo sobrenatural es mayor al acercarse al ciclo bretón. Al fin se borra la realidad y queda el sueño. En *Don Quijote* una y otro se mantienen vivos, como «síntesis de la ilusión humana». El entremés de los *Romances,* sea o no de Cervantes, hace ver una locura quijotesca que procede directamente de los romances. Respecto a los romances directamente aludidos o recordados por Cervantes, inútil exponerlos. Dijérase que una misma fuerza determina la perpetuación de los romances viejos y la del *Quijote.*

RFE, 1918, tomo V, No. 1.

UNA INTERPRETACION DEL "QUIJOTE" *

Don Quijote ha engañado a todos, aun al mismo Cervantes. No está loco: se finge loco —nuevo Bruto, nuevo Hamlet— para romper con las limitaciones del ambiente que lo rodea. ** Por eso, porque «está en el secreto», es el único que no pierde nunca la serenidad. Cervantes dice que se va a burlar de los libros caballerescos; es una manera de hablar; él se burla, de hecho, de todos los géneros literarios. Los que buscan en la obra un concepto filosófico del mundo —contraste de lo ideal y lo real—, también se equivocan. Don Quijote defiende al débil por imitación a la tradición caballeresca, no por virtud pura. Es vanidoso y soberbio: siempre está pensando en la gloria terrestre (edición de F. R. Marín de «La Lectura», I, 1 (I, 59); I, v (I, 138); II, v (V, 57); II, xxxix (VII, 47), etc.). Piensa en conquistas materiales y a veces miente a sabiendas (II, xxiv (IV, 116-17)). Tampoco es verdad que Sancho represente la materia pura: es más crédulo que D. Quijote. Si éste cree, o lo finge, en los caballeros legendarios, Sancho cree en D. Quijote, lo cual es todavía más difícil. Cuando Sancho se encuentra gobernador de su ínsula, piensa más en la justicia que en la riqueza. El verdadero loco es Sancho. La novela

---

* G. Papini, *Don Chisciotte dell'Inganno. La Voce*, Firenze, 1916, VIII, 193-205.

** La misma tesis, pero menos exagerada, se encuentra en A. Gerchunoff, *Nuestro Señor Don Quijote*, San José de Costa Rica, Imp. Alsina, 1916, 8°, 56 páginas ("Convivio"), donde el autor, tras de exponer —como dice en el prólogo F. García Calderón— la influencia pragmática, la acción del *Quijote* "en el alma de un joven ambicioso, encadenado por la fatalidad", advierte que *D. Quijote* "es un sonámbulo que no ignora su sonambulismo grandioso... ¿Es locura la suya? No: es incomprensión de los que lo ven y rodean."

es una verdadera miscelánea en que hay: *a*) poesías burlescas o madrigales; *b*) novelas trágicas, patéticas, románticas; *c*) crítica literaria que a veces es directa y a veces en forma de parodia; *d*) «silva de varia lección», o sea trozos retóricos sobre temas y lugares comunes ya medievales, ya humanísticos; *e*) y por medio de todo esto, se abre paso el argumento central: el *viaje* de todos los héroes ambulantes. Los viajes son los libros más profundos y populares: *La Odisea*, *La Eneida*, *La Commedia*, *Gulliver*, *Robinson*, *Simbad*, las *Cartas persas*, *Fausto*, las *Almas muertas*, etc. Todo gran libro es un remedo del Juicio Final, y para juzgar a los hombres hay que viajar y conocerlos. El hombre mismo es un peregrino. Don Quijote está cansado de la vida usual y casera; no le queda más liberación que la locura. Si sólo fuera un cristiano ideal, hubiera imitado a Jesús, como San Francisco. Él imita a los caballeros andantes para salirse con la suya. Necesita que el mundo le deje andar errando a su antojo, y éste es privilegio que sólo se concede a los locos. Le gusta sufrir un poco; cuando lo compadecen, ríe. A veces desconcierta al crédulo Sancho, dándole con la realidad en los ojos (II, x (V, 188)). Si hace reír es, precisamente, porque no sabe llorar. Véase cómo, en Sierra Morena, envía a Sancho con un mensaje para Dulcinea, y le dice francamente que se quedará haciendo el loco hasta su regreso. Pero su método de locura es la imitación: va a imitar a Amadís, y a D. Roldán sólo hasta donde no le parece demasiado furioso (I, xxv (II, 290-291)). Estas declaraciones nos descubren todo el secreto de D. Quijote. Y como Sancho le pregunte la causa de tanta locura, puesto que Dulcinea no le ha hecho nada que las justifique, D. Quijote contesta que «el toque está en desatinar sin ocasión». Cuando le describen la Dulcinea real, él la finge a su manera y corrige la descripción. Cuando Sancho quiere darle la alucinación ya forjada, él la rechaza (I, xxv (II, 311); II, xxxii (VI, 272); I, xlv (IV, 173); II, xi (V, 207)). Todos lo sospechan

cuerdo y le llaman el «cuerdo loco». La historia de la cueva de Montesinos es otra clave de su disimulo (II, xli (VII, 92); II, xxv (VI, 151)). Don Quijote deja traslucir su juego porque no lo toma muy en serio. En su vida no hay drama porque no hay seriedad. La verdadera profundidad de este «Burlador de la Mancha» está en otra parte: don Quijote es un artista de la vida en el sentido literario moderno, porque se vale de una deformación voluntaria. Esta deformación es siempre artística: simbólica. En efecto, en los borregos ve soldados; en las prostitutas, doncellas; en los presos, inocentes esclavos. ¿No hay una sátira social en el fondo de todo esto? Conoce a los hombres, y entre odiarlos y divertirse con ellos, prefiere esto último. E inventó hacerse caballero para que los hombres, creyendo burlarse de él, le sirvieran de bufones.

RFE, 1918, tomo V, No. 1.

LAS MUJERES EN EL "QUIJOTE" *

Entre algunas escritoras españolas del día se ha conservado algo del estilo académico de otros tiempos. Lo representa la Condesa de Pardo Bazán, donde adquiere encabritamientos e inquietudes ideológicas de verdadero «hombre de letras»; es lento y monótono en los trozos oratorios de Da. Blanca de los Ríos de Lampérez. Por la prosa de Concha Espina —que sólo a ratos podría referirse al mismo tipo— ha pasado ya, en cuanto a sensibilidad, ritmo y mesura, una vibración «azorinesca». La

* C. Espina, *Al amor de las estrellas* (*Mujeres del "Quijote"*). Madrid, "Renacimiento", 1916, 8°, 200 págs. y 11 dibujos de Abín.

nueva escritora Margarita Nelken, por ejemplo, no debe ya nada a esta corriente. La autora del presente libro define así su propósito ideal: «Recoger en un libro, útil y dulce, ameno y breve, consagrado tal vez a la lectura en las escuelas, algunos rasgos y perfiles pintorescos de las mujeres del *Quijote*, y aderezarlo de tal suerte que, recreando a los espíritus infantiles, no sea del todo trivial y desabrido para los lectores de mayor edad y entender.» En el primer ensayo define el concepto de la mujer en Cervantes, que parece buscar aquel «justo medio donde coinciden la realidad y la fantasía». En las mujeres de Cervantes lo que predomina es el sentimiento; «viven casi todas para el amor, con más o menos decoro o pulcritud». Pero las mujeres de Cervantes son inferiores a sus hombres, acaso porque —con ser su siglo tan fecundo en tipos brillantes e intensos de mujer— Cervantes no tuvo ocasión durante su vida de conocer a una mujer verdaderamente superior. Por lo demás, la mujer de aquellos tiempos era, en general, menos cohibida y más heroica que la de hoy. (Y aquí nos parece traslucir en la autora un concepto algo pobre de la sociedad contemporánea.) Después vienen, como en «desfile de visiones», las mujeres del *Quijote*, evocadas en un tono poético medio, con pequeñas descripciones de cielo y campo. *La dama de los altos pensamientos* es Dulcinea. *Fémina inquieta y andariega*, como a Santa Teresa, llama a la pastora Marcela. *La enamorada ideal* es Lucinda. *La reina de las abejas* es Dorotea. La oriental Zoraida, *Rosa de pasión; Clara niña*, Clara. El capítulo *Contigo pan y laureles* está dedicado a Quiteria. *Diana Cazadora* es la duquesa. *La Doncella Capitana*, Ana Félix. *Sarta de Corales* se refiere a Teresa Panza. Finalmente, en *Violetas de la paz y de la muerte* hay un recuerdo, casi de gratitud, para el ama y la sobrina del caballero. Escrito en una lengua pura, el libro deja una impresión diáfana de belleza.

RFE, 1918, tomo V, No. 1.

LEYENDO EL "QUIJOTE" *

La mejor manera de honrar al autor del *Quijote* —dice el autor— es no aumentar «la secta de los cervantistas», sino acrecer el número de los lectores de Cervantes. Los exégetas febriles que le han salido al libro quieren hacernos de él un tratado de metafísica hegeliana. Tampoco conviene preocuparse de los ditirambos excesivos, como el público del famoso *Retablo*, que prefería mentir a pasar por judaizante. «Mirad, escribano Pedro Capacho —decía el alcalde Benito—; haced vos que me hablen a derechas, que yo entenderé a pie llano. Cervantes escribió a derechas; no subamos en zancos a sus lectores.» Esta nota representa el legítimo punto de vista de la mayoría de los lectores.

RFE, 1918, tomo V, No. 1.

SUARÈS Y EL QUIJOTE **

Alternan en estos ensayos los fragmentos de prosa lírica dedicados a Cervantes y a *Don Quijote* —entre los cuales no ve el autor, y se engaña, verdadera diferencia—, con consideraciones de actualidad política que caen fuera de nuestro campo. La parte meramente interpre-

---

* J. E. Varona, *Cómo debe leerse el "Quijote"*. San José de Costa Rica, "Colección Ariel", cuaderno 71, págs. 110-114. Reimpresión de un artículo escrito en 1905.

** A. Suarés, *Cervantès*, 2e. édition. París, Émile-Paul Frères, 1916, 8°, 122 págs. y A. Suarés, *Don Quijote en Francia*. Traducción y palabras preliminares de R. Baeza. Madrid, Minerva S. A. E., 1916, 8°, 154 págs.

tativa de Cervantes y su *Quijote* no tiene novedad, si no es en las metáforas de arrebato oriental, propias del estilo de Suarès. Por lo demás, no se debe juzgar la obra de Suarès por este ensayo aislado, que es, en todo caso, un testimonio elocuente de amor a España.

RFE, 1918, tomo V, No. 1.

LA PÉRFIDA ALBIÓN

Lo que hoy llamamos «psicología de los pueblos» —de que hay preciosos antecedentes en los *Ensayos* de Feijóo— ha venido de tiempo atrás achacando a Inglaterra cierto egoísmo en sus relaciones internacionales. Su actitud diplomática, se dice, es una imagen de su situación geográfica de isla.

Los escritores ingleses, por su parte, han tenido bastante ecuanimidad para reconocer lo muy difundida que ha llegado a estar semejante opinión hasta mediados del año 1914.

H. E. Egerton, en su reciente libro sobre la política europea de Inglaterra (*British Foreign Policy in Europe*), se propone apreciar lo que hay de verdad en esta acusación.

Nacida la leyenda de la «pérfida Albión» en la Francia revolucionaria, se populariza hacia 1815 entre los elementos prusianos, que hubieran querido obtener el apoyo de Inglaterra para desmembrar la nación francesa. A los ojos de Treitschke y los escritores de su escuela, la leyenda pasa ya por una verdad evidente. Más tarde, hasta pudieron fundarse en la supuesta perfidia algunas combinaciones que resultaron frustradas.

Pero no le parece al autor que los políticos ingleses hayan usado del disimulo con mayor frecuencia que sus colegas del Continente. No —dice Egerton—: el defecto verdadero de la diplomacia inglesa no es la perfidia, sino cierta jactancia ideal. Así, en los negocios de Polonia y Dinamarca, años de 1863 a 1864, la diplomacia inglesa adopta una actitud que no tiene fuerza para imponer a los demás; no fué perfidia la suya, sino jactancia, y jactancia consciente; y esta política de «bluff» acabó por dañar a los mismos a quienes se quería proteger. Este defecto pudiera también haber contribuído a precipitar la guerra; pues la nación enemiga ya sabía —concluye el autor— que tras de las jactancias de la diplomacia inglesa no había, a los comienzos, más que un entusiasmo moral.

S., 7-III-1918.

LA TEOCRACIA GERMÁNICA A FINES DEL SIGLO XI

Escribe A. Fliche, en la *Revue Historique*, un estudio sobre «Las teorías germánicas de la soberanía a fines del siglo XI». Durante el período premedieval, la elección del soberano no estaba sujeta a reglas fijas. Los reyes bárbaros transmiten a sus hijos la corona hereditariamente, aunque sancionen este derecho los guerreros, levantando sobre sus escudos al nuevo jefe. Ya en el siglo X las cosas cambian. «Bajo la amenaza de las invasiones normandas o húngaras, los altos beneficiarios de Alemania o de Francia ponen a la cabeza del Estado al que les parece más capaz de organizar una resistencia

victoriosa. De aquí, poco a poco, brota la noción de la soberanía electoral. La Iglesia, que comienza por reconocer indistintamente al soberano nombrado por los antecesores o por los grandes señores del reino, es solicitada después por los mismos soberanos para la consagración. Pronto se atreve a negarla a algunos. A fines del siglo XI, el Papa pretende disponer de la soberanía de los reinos, en el nombre de Dios («querella de las investiduras»: doctrina de Gregorio VII). Los partidarios y los adversarios del depuesto Rey de Germania, Enrique IV, discuten ruidosamente en Alemania la doctrina gregoriana de la teocracia. Unos, para justificar la resistencia del Rey a la Santa Sede, intentan demostrar que la realdad hereditaria es, por sí misma, de origen divino, por lo cual posee poder absoluto. Los otros se erigen en defensores de las pretensiones pontificales y del principio electoral.»

Entre los alegatos de éstos, asoma una que otra vez, por entre las nociones del derecho cristiano, una vaga noción del derecho popular.

S., 7-IV-1918.

LAS CONCHAS MARINAS Y LAS EMIGRACIONES

El libro de J. Wilfrid Jackson, *Shells as Evidences of the Migrations of Early Culture* (Manchester, University Press), es el resultado de varios investigadores llamados a contribución por el Profesor Eliot Smith. Éste mantiene que la identidad de ciertas prácticas en varios puntos de la tierra no puede ser una simple coincidencia. La idea, así enunciada simplemente, admite discusiones,

pues hay evidentemente coincidencias de prácticas aisladas, cuya semejanza se funda en la mera uniformidad de la especie humana. Mientras este paralelismo de prácticas y usos no crea ciclos de cultura y no abarca zonas enteras de la actividad social, es más que arriesgado sacar conclusiones.

Escogido como materia de prueba el aprovechamiento de las conchas en la ornamentación o en el juego, no se da tanta importancia al aprovechamiento mismo cuanto a los ritos y creencias populares que suelen acompañarlo. El autor traza un mapa de la pesca de conchas, y después intenta agrupar las regiones según los usos de las conchas. Así, conforme a la teoría de Smith, intenta probar una comunidad de costumbres (comunidad de origen, según la teoría) entre las poblaciones de la América precolombina y las del Mediterráneo oriental.

Cualquiera sea el valor de la tesis, y cualesquiera sean los reparos que admite el deficiente estilo inglés del autor, la obra se mantiene por la abundancia y la organización de los datos. La preocupación de seguir el paso del hombre primitivo hasta en la costumbre de escuchar, en el caracol, el ruido del mar, está llena de sugestiones aun para el simple aficionado.

S., 7-IV-1918.

ANVERSO Y REVERSO DE DALMACIA

Unos quieren que la Dalmacia sea eslava, y otros, latina. La historia ha yuxtapuesto en aquella región dos elementos étnicos completamente distintos. La disputa —dice en la *Revue Historique* Émile Haumant— data de largo tiempo. Y, tras de reseñar las vicisitudes de la influencia eslava sobre la antigua Iliria, influencia que comienza a fines del siglo VI, el autor se pregunta:

«¿Y puede afirmarse, después de esto, como lo pretenden los escritores italianos, que ya a fines del siglo XVIII no existe el eslavismo en Dalmacia, y que el resultado de la dominación veneciana ha sido el triunfo del italianismo?».

Esta discusión se dibujó desde luego como uno de los más enojosos conflictos de la posguerra.

«Por mucho tiempo —escribe Louis Léger en el *Journal des Savants*— la Dalmacia sólo tuvo puertas hacia el Adriático, es decir, hacia Italia. En la época del Renacimiento, aún no tenía imprentas y recurría a los servicios de las tipografías venecianas.» Rastrea después las influencias italianas, siguiendo los documentos de la obra sobre *Los antiguos escritores cróatas*, de la Academia Sudeslávica de Agram, y particularmente la *Historia de la literatura cróata*, de Branko Vodnik (1913), y expone así el reverso de la medalla cuyo anverso acaba de mostrarnos Haumant.

S., 7-IV-1918.

LÉON BLOY Y BIZANCIO

La obra póstuma de Léon Bloy, *Constantinople et Byzance* (París, Crès, 1917), no es más que un resumen de la obra en cuatro volúmenes de Gustave Schlumberger, *L'Épopée Byzantine*, historia del Imperio de Oriente del año 690 al año 1025. Bloy admiraba este libro sabio y se había propuesto ponerlo al alcance de todos en sus conclusiones generales. A veces, lo va resumiendo página a página; otras veces, cita íntegros algunos párrafos del original, como los excelentes trozos sobre el asesinato de Nicéforo o el sitio de Silistria; y de tiempo en tiempo, finalmente, Bloy interrumpe un instante la narración para lanzar aquellas exclamaciones tan propias de su estilo. Por ejemplo: se trata de Teófana la aventurera, amante de tres emperadores, madre de otros dos y homicida, por lo menos, de uno, y Léon Bloy exclama: «J'ai un goût très vif pour cette drôlesse!».

No cabe duda que semejante obra de vulgarización es laudable, ya que no se puede evitar el alejamiento entre el público y la producción sabia, peligro inquietante desde el punto de vista del «porvenir de la Inteligencia», como diría un discípulo de Maurras. El libro tiene el vigor de una novela y es ciertamente entretenido.

Pero si el lector conoce los antecedentes de Bloy, o si ha leído siquiera la bella página que hace pocos meses le consagraba Enrique Díez-Canedo en la revista *España*, podrá preguntarse qué vino a buscar este «panfletario», este católico paradójico, este profeta mendigo, este iracundo, en los fastos de la atormentada historia de Bizancio. El propio Léon Bloy nos lo revela:

—He leído cuatro veces la obra de Schlumberger —asegura—, con el exclusivo objeto de saciar mis pasiones.

S., 7-IV-1918.

LA MUERTE DE DOUGLAS *

«Hay tan estrechas relaciones de semejanza entre un suceso que refiere Juan Froissart en sus *Crónicas* y otro ocurrido en los primeros días del largo sitio de Algeciras, y cuyo relato se halla en la *Crónica del Rey de Castilla Don Alfonso XI*, atribuída a Juan Núñez de Villazán, que no puede menos de sospecharse, al cotejarlos, que son dos distintas versiones de un mismo acontecimiento.» Roberto Bruce, hijo de otro príncipe de su mismo nombre, perteneciente por línea materna a la casa de Escocia y vencedor de los ingleses, sintiéndose morir, convoca a los grandes y les encomienda a su hijo y sucesor, David Bruce, niño aún. A Guillermo Douglas, su brazo derecho, le encarga que, después que él muera, haga embalsamar su corazón y lo lleve al Santo Sepulcro. Douglas ofrece cumplirlo así. Y, en efecto, a la primavera siguiente salía con ese objeto en una fastuosa expedición. Hizo un alto en el puerto de la Esclusa, con el fin de esperar alguna expedición que saliera para Ultramar y unirse a ella. Supo que Don Alfonso de Castilla luchaba a la sazón contra el moro y, para emplear bien su tiempo, decidió ayudarle. Desembarca en Valencia, se encamina con su séquito hacia Castilla, y de allí, rumbo a Granada, en cuyas cercanías estaba el ejército de Don Alfonso. Un funesto error le hace creer que Don Alfonso va a atacar con sus castellanos y, tratando de ayudarle, se lanza con los suyos sobre Granada. Rodeado de enemigos, perece en un instante. Según una tradición, arroja delante de sí, para seguirla, la caja de oro en que iba el corazón de Bruce. Hay razones para dudar de la autenticidad del relato y la identidad del personaje. Por su parte, la *Crónica Alfonsina* atribuye una muerte semejante, frente a Algeciras, al Conde Lons, de Alemania.

S., 11-IV-1918.

---

* C. DE REYNA, *La muerte de Douglas; episodio del reinado de Alfonso XI. Revista General*, núms. 1 y 2.

AUTÓGRAFOS DEL CID Y JIMENA *

«Los documentos cidianos no han sido aún sometidos a un estudio especial. El atraso en que la crítica histórica se encuentra respecto de ellos puede comprenderse al considerar que la biografía del Cid más documentada que se ha escrito —la de Dozy— admite un diploma de 1064, que presenta al Cid asistiendo a Fernando I en la conquista de Coimbra, diploma a todas luces falso, colocado indebidamente como el primero en la serie de los cidianos; y, en cambio, considera como apócrifo un documento de 1098, que realmente es el último que en la vida del héroe conocemos, y de cuya autenticidad vamos a tratar. Dozy, pues, se basa en una serie de diplomas equivocada desde el principio al fin.»

El autor se propone publicar algún día el Cartulario Cidiano completo, y por ahora se limita a estudiar el diploma de 1098, que contiene una dotación de la iglesia catedral de Valencia, y donde aparece —en letra visigoda pura— la firme del héroe de Vivar; y la escritura de 1101, que contiene la dotación hecha a la misma catedral de Valencia por Doña Jimena, por el alma de su marido Rodrigo el Campeador, y por la de sus demás parientes. Está firmada de mano de la misma Jimena, y, como advertía Sandoval, «no era poco saber escribir en aquel tiempo una mujer». Es una letra —dice Menéndez Pidal— que abunda en rasgos inútiles, mal comprendida y mal espaciada; «es una letra de señorial grandor, bastante inclinada hacia la izquierda».

Prescindiendo del alto valor científico de estas investigaciones, poseen ellas —como no podía menos de ser, por su asunto— cierto interés patético que ni ha sido disimulado por el autor, ni puede escapar a los ojos más

---

* R. Menéndez Pidal, *Autógrafos inéditos del Cid y de Jimena, en dos diplomas de 1098 y 1101. Revista de Filología Española*, 1918, V, páginas 1-20.

profanos. A vista de los pergaminos arcaicos, toda una época resucita. Y es como un pequeño drama en dos cuadros. En el primero aparece el Cid en su grandeza, aplicando a objetos piadosos el fruto de sus conquistas. He aquí su letra: «Es la letra del Cid, aunque irregular, segura y fácil: bien formada y bien sentida, como de hombre bastante habituado a escribir. Los recios trazos de la pluma del Campeador, tan desiguales en tamaño y en intensidad de pulso, tan ondulantes en su dirección, caen sobre el pergamino misteriosamente dóciles a las inquietudes del pensamiento. En ellos poseemos una preciosa reliquia: una sencilla frase trazada en un momento de religiosa tensión de aquel espíritu que con su incendio interior iluminó como ningún otro la conciencia colectiva nacional; una huella de aquella mano firme y vigorosa que España, por boca de sus poetas, bendijo como vencedora de moros y justiciera contra desafueros regios y nobiliarios.»

El segundo cuadro es un cuadro triste. Hasta podemos imaginar que el escenario ha cambiado poco; que el cielo es el mismo, pero nublado. El mismo escribano recoge la escritura. La viuda, como repitiendo un rito familiar, continúa la obra piadosa del esposo. «En el texto del documento, Doña Jimena ofrece a Dios el diezmo de todas sus propiedades y de las nuevas ganancias que por tierra y por mar pudiera hacer con la ayuda divina. La viuda del Campeador está habituada a soñar en nuevas conquistas; pero, en realidad, esta dotación parece hecha en momentos angustiosos, para impetrar la protección divina contra los peligros que rodeaban a Valencia. El diploma está otorgado en 21 de mayo, y en el mes de octubre el General Almorávide Mazdali había de sitiar la ciudad para, después de un cerco de siete meses, obligar a los cristianos a abandonarla.»

S., 1918.

DANTE Y LOS DOMINICOS *

Aseguran algunos que Fr. Remigio Girolami, dominico, fué maestro de Dante. El culto de Dante entre los dominicos, nacido en Santa Maria Novella, va de claustro en claustro, provocando entusiasmos, comentarios y hasta imitaciones. En Dante estaba, como llevada a su forma sublime, toda la doctrina de Tomás. Cierto que en 1335, acaso por razones políticas, prohibieron a los dominicos en Florencia la lectura del gran poema; pero también lo es que los religiosos de Santa Maria Novella, admiradores de la *Commedia*, hicieron que Orcagna la representara en los muros de la capilla Strozzi.

A fines del siglo XIV, Frezzi, que aprende en Santa Maria a admirar a Dante, canta los cuatro reinos de Cupido, Satanás, los Vicios y la Virtud. Durante el Renacimiento, los religiosos no olvidan a su poeta, y hay entre ellos dos comentaristas y un imitador durante el siglo XV.

Cinco ejemplares de la *Divina Comedia*, cuatro en pergamino y otro impreso, figuran en el catálogo conventual de 1489. Y de aquí hay que saltar hasta la segunda mitad del siglo XIX, en que hay dominicos dantistas tan eminentes como Marchese y Guglielmotti. En 1905 murió el flamenco Haghebaert. Berthier, ya muy conocido por su comentario al *Infierno*, pronto publicará los del *Purgatorio* y *Paraíso*. Y a éstos hay que añadir el P. Mandonnet de Friburg, el americano Gaffney, el francés Viel, Cordovani y el español Manuel Arellano.

S., 29-V-1918.

---

* P. J. Taurisano, *Il culto di Dante nell'Ordine Domenicano*. Florencia, Tip. Domenicana, 1917.

SHAKESPEARE Y LA HISTORIA INGLESA *

No son ciertamente las obras fundamentales de Shakespeare las que se refieren a la historia de Inglaterra. Pocos ingleses —aun escogidos— podrían enumerar, por ejemplo, los nombres de los reyes de Inglaterra que figuran en el teatro shakespiriano.

La serie de diez piezas a que *El Rey Juan* sirve de prólogo y el *Enrique VIII* de epílogo, abarca los siglos XIII, XIV y XV de Inglaterra, es una vívida representación de la historia, correcta en lo sustancial, y en ella aprendió un hombre tan eminente como Marlborough cuanto sabía sobre el pasado de su nación durante esos siglos.

Estos dramas pertenecen a ese género de historia enfática que se produce en los pueblos amenazados de peligros exteriores. En estos dramas Shakespeare ignora las interpretaciones jurídicas o sociológicas, tanto al menos como adivina la realidad de los motivos humanos inmediatos. Como no es político, cree que la única manera de mejorar los gobiernos consiste en mejorar a los hombres. Por eso Marriott —oportuno por cuanto sacude los sentimientos nacionales en torno a la figura de su más excelso representante— hace mal en abordar el tema, según él mismo declara, «como estudiante de política y de historia». Inútil añadir que no se preocupa de ciertos problemas eruditos sobre la atribución de tal o cual obra, o sobre la elaboración y refundición de aquella otra, para lo cual la literatura inglesa cuenta con libros especiales.

---

* J. A. R. Marriott, *English History in Shakespeare.* Londres, Chapman and Hall.

El autor acierta sobre todo al considerar estas piezas históricas de Shakespeare como un tratado único y coherente de patriotismo. Coleridge decía: «No permita Dios que estas obras perezcan jamás en el corazón de los ingleses.»

S., 29-V-1918.

UN DESLIZ DE CROCE

Mal consejero el malhumor. El claro varón Benedetto Croce, que a veces se pone muy amargo, dice en sus *Apostillas* (*La Crítica,* 20 de mayo de 1918) que la poesía religiosa de Claudel más bien le parece una verdadera parodia volteriana. ¡Esos Reyes Magos convertidos en reyezuelos coloniales! Y en cuanto al teatro de Claudel, está, según Croce, lleno del olor de la bestia. Aquel estremecimiento espasmódico que para Barrès se llama nacionalismo, para Claudel se llama religión. «Y no quiero de esto mejor prueba —añade— que las propias palabras del poeta cuando describe así su placer de haber entrado en el catolicismo: «Assouvissement comme de la nourriture; satisfaction comme de la jonction de l'homme avec la femme.»

«Cuando se está, por desgracia, en las condiciones psíquicas de un Claudel —continúa— no se debe recurrir a la literatura, sino más bien (¿qué aconsejar?) a los viajes, para mortificar y corregir la mezquina y ridícula tragedia de los sentidos con el espectáculo de la actividad, la agitación, la tragedia del vasto mundo; o tal vez a los trabajos manuales, al trato de obreros, cuya frecuentación restablecerá las proporciones de la vida, el sentido de la vida que es el trabajo.»

Lo menos que se puede contestar a Croce es que en el remedio se ha equivocado. Croce —hombre de vida sedentaria, bibliotecario y archivólogo— aconseja aquí los viajes y el espectáculo de la actividad humana a quien, como Claudel, ha viajado sin cesar, ha andado hasta por el lejano Oriente, ha sido cónsul y diplomático toda su vida, y se ha visto muchas veces entre esas labores que tanto tienen de manuales: ya en China, contando barricas sobre el puente de un barco, o ya, en el Brasil, comprando tocino para el ejército francés, porque, como él mismo dice, «aceptó siempre sin miedo y sin rubor las tareas a que lo llamaba la Providencia». Croce aconseja el contacto con las humildes realidades concretas a quien, como Claudel, mientras escribe los poemas que el mundo admira, es capaz de redactar memorias sobre el comercio de los países que visita, memorias que luego causan el asombro de los financieros y estadistas llamados a consultarlas. Dejémosle al poeta el tufo animal, resultado de la misma plétora sanguínea: su poema adelanta siempre como toro de hinchadas venas, como toro que embiste. Y admiremos más bien en él esa justificación pragmática de la poesía: hermosa fábula filosófica, su ejemplo demuestra que el que sabe hacer los mejores versos sabe hacer las mejores cuentas. Al fin todo ello se llama número, y se confunde en el seno de Pitágoras.

S., VI-1918 *

---

* Años después —si no me engaño hacia 1929— Valery Larbaud dió, por su lado, con este desliz de Croce. Ver su libro *Sous l'invocation de Saint Jérôme*. París, Gallimard, 1946, p. 130: "Le doigt dans l'Oeil".

CÉSAR CANTÚ

Benedetto Croce —uno de los más altos maestros de la crítica contemporánea—, exceptuado por la edad de las tareas militares, se propuso, en cuanto intervino Italia en la guerra, continuar sus trabajos «como si no hubiese guerra»; es decir, esforzarse por impedir que la guerra «sofistique» la ciencia, y mantener la continuidad de la cultura entre los de ayer y los de mañana.

En su revista *La Crítica*, ha emprendido una serie de estudios sobre la historiografía en Italia desde principios del siglo XIX hasta nuestros días. Su juicio sobre César Cantú nos interesa particularmente, por la gran popularidad que la obra de éste, y sobre todo su *Historia Universal*, logró alcanzar, tanto en España como en América, entre los hombres de la generación que nos ha precedido. La *Historia Universal* de César Cantú era algo como el retrato de familia, y figuraba en las bibliotecas privadas, junto al *Año Cristiano* y la *Historia General de España*, de Lafuente. Antonio Ferrer del Río la tradujo al español (Mellado, 1847), y su traducción publicada en 37 pequeños tomos, iba a dar a las tablas más altas de los estantes. La traducción de Nemesio Fernández Cuesta (Gaspar y Roig, 1854 a 1859), en 10 grandes volúmenes, se quedaba en los pisos bajos. Ésta fué la más conocida y reimpresa. Todavía en el presente siglo, se publicó en Barcelona una nueva traducción de César Cantú, en tomos pequeños.

Croce clasifica a César Cantú entre los historiadores que proceden de la escuela católica liberal. Cantú procura concertar la visión católica de la Providencia con la moderna idea del progreso, tomada en su aspecto de sansimonismo. De Sanctis lo había definido como un reaccionario con máscara de liberal. Es —dice Croce— un compilador de ideas generales, así como de narraciones, entendiendo por compilador el que no sabe tratar científi-

ficamente sus documentos, ora sean vulgares o recónditos. Algunas de sus máximas, aisladas, parece que tienen valor. Muchas de sus narraciones son amenas. El conjunto es un torbellino en el vacío. Más que reaccionario, a Croce le parece que Cantú era un espíritu morbosamente vanidoso e iracundo. Ante un hecho o una persona, su primer palabra es siempre de aversión. (Acaso porque la falta de crítica se trata de suplir siempre con la diatriba.) Y lo peor es que él se complacía en esta pésima inclinación de su temperamento y, forjándose ilusiones respecto a lo que él llamaba su imparcialidad, se figuraba ejercer una misión educadora sobre el pueblo italiano. Entre sus contemporáneos, su obra tuvo poca fortuna como obra científica, a pesar del éxito editorial que alcanzó en Italia y fuera de Italia. Hasta el epitafio que soñaba para su sepulcro revela su altivez: quería Cantú que se dijese de él que «por el estudio de la Historia, comprendió la vanidad de las grandezas y las miserias humanas».

Tal es, a grandes rasgos, el juicio de Croce sobre César Cantú. En todo caso, ha llegado para éste la hora del olvido. En las ferias de libros (véanse en estos días la de la red de San Luis, las de las plazas de Santo Domingo y El Callao), en las ferias de libros, donde suelen aparecer los últimos fondos de las librerías domésticas, aparece la *Historia Universal* de César Cantú entre esas cosas que nadie compra, al lado de los tomitos de Metastasio, el voluminoso tomo de *Obras* de doña Oliva Sabuco de Nantes, los *Viajes del joven Anacarsis* —que alimentaron la infancia del desventurado «Char-Bovary»—, y la *Flora Bíblico-poética* del señor Talegón.

S., 1918.

EL CRÍTICO Y EL POETA

(SEGÚN LAS «MEMORIAS DE UN CRÍTICO», DE BENEDETTO CROCE.)

Cuando, en el año de 1910, Benedetto Croce publicó una serie de estudios sobre la poesía de Carducci,—cuyo verdadero propósito, dice él, era la reivindicación de la obra del poeta—, por todas partes se levantó un clamor de protesta. Hasta en los periódicos italianos de América aparecían artículos contra «el injuriador de Carducci».

El recuerdo de la obra de Carducci está unido, para Croce, a los recuerdos de la juventud, y algunas de sus primeras investigaciones históricas tuvo que hacerlas en torno a los trabajos de Carducci. Éste se encontraba entonces en la mejor estación de la vida, y Croce buscaba afanosamente, cada semana, los números de la *Fanfulla de la Domenica* que llegaban a Nápoles, para leer la prosa de combate del glorioso poeta.

En 1887 —¡día memorable!, exclama Croce— Carducci, el propio Carducci, le envió, de su puño y letra, una tarjeta para pedirle ciertas noticias eruditas, como lo siguió haciendo después de tarde en tarde. En 1894 le envió los nueve volúmenes de sus obras completas, con dedicatoria autógrafa. Hasta entonces, todo lo que venía de Carducci era sagrado.

Pero, poco a poco, al joven entusiasta va sucediendo el crítico; su juicio madura; aprende los métodos severos y comienza a confrontar al De Sanctis con el Carducci, con el Carducci crítico, claro está. Los dos nombres son igualmente venerables para él. Un día decide la superioridad de la crítica orgánica y sólida de De Sanctis sobre la crítica curiosa y brillante de Carducci. Pero seguía mirando con amor hasta las inconsecuencias de ésta, que él achacaba al temperamento poético.

Los más perezosos se alzaban contra la escuela de De Sanctis en nombre de Carducci. Hubieran querido representar a su héroe como un glotón de la poesía derramado a escribir historia. Y la verdad es que, tanto éste como De Sanctis, eran simples mortales que vivían en la sociedad de los hombres, nutriéndose con la poesía y gustándola sin abuso. Pero, en una hora fatal —año de 1898—, el mismo Carducci se deslizó a prestar su estilo fogoso y de nobilísimo relieve a la diatriba contra De Sanctis. A la sazón Croce había comenzado la edición de las obras póstumas de De Sanctis. El choque era inevitable. Y Croce publicó un opúsculo sobre Francisco De Sanctis y sus críticos, donde a cada uno de ellos, y a Carducci con todo el respeto que le debía, dijo su merecido. El opúsculo fué remitido al mismo Carducci con esta insinuación manuscrita al margen: «Pega, pero escucha.» Y Carducci, efectivamente, escuchó y no quiso pegar; hizo el sacrificio (lo era para su orgullo y su nombre) de templar algunos de sus juicios sobre De Sanctis en una reimpresión que salió tiempo después, y envió a su crítico, a modo de signo de paz, el flamante décimo volumen de sus obras completas.

Carducci, italiano del centro, vacilaba entre la impaciencia y el respeto ante el grupo de escritores napolitanos que traían, como aportación al alma unificada de Italia, un temple nuevo y una orientación filosófica. Pero, siempre puro y superior, el poeta acababa siempre por aceptar y entender. Los primeros esbozos críticos que Croce dedicó a la obra de Carducci fueron acogidos por éste con reconocimiento y confianza.

En 1905, ya enfermo Carducci, Croce —de paso por Bolonia— se dirige a la librería Zanichelli con la intención de saludar al poeta. Pero le hicieron saber que el poeta estaba en uno de sus peores días de irritabilidad. El crítico echó una mirada furtiva: ¡qué cambio en trece años!

—Me pareció —dice— como una encina fulminada—. Y se alejó de allí tristemente.

El poeta se empeñó después en saludarlo; pero el crítico, pretextando falta de tiempo, no quiso turbar sus dolores con una frívola conversación literaria.

—Ya estaba consagrado a la muerte —explica—. Y añade:

—Me arrepiento casi de haber insistido después en los defectos de la crítica de Carducci y en sus injusticias contra De Sanctis. Culpa fué de ciertos literatoides amigos suyos, que todo el día andaban repitiendo cómo Carducci hablaba con el mayor desprecio de «il signor De Sanctis». Pero ¿acaso le he quitado yo a Carducci algo de lo que legítimamente le pertenece? Ni su inmenso valer como literato y conocedor de literaturas, ni menos su gloria de poeta. A lo sumo, he procurado arrancarle alguna insignificante escoria humana. Yo creo haber contribuído como ninguno a su glorificación, porque sólo yo, y yo el primero, hice notar la profunda ininteligencia —rayana en antipatía feroz— con que la nueva generación, educada por D'Annunzio, solía considerar el verbo sencillo y varonil de Carducci; sólo yo, y yo el primero, me apresté a la defensa y me mantuve firme en mi puesto, asegurando que la obra de Carducci, dentro de la complejidad de la moderna literatura europea, se destaca con una fisonomía singular y viene a ser como la poesía del último «homérida».

Entonces —reflexionamos— ¿por qué tanta protesta y tanta ira? Por una razón muy evidente: porque, al glorificar a Carducci, Croce procedía como crítico, tratando de entender, distinguir y valorar. Y ya se sabe que a los ojos de la pobre gente el crítico es, si cabe, todavía *peor* que el poeta.

S., 1918.

LITERATURA RECONSTRUCTIVA

Entre los libros que produce la guerra, cada día abundan más los que se ocupan de la próxima paz y sus inmensos problemas. Tal la desmovilización futura, la condición de la mujer —que ha probado ya las ventajas de una autonomía provisional—, y algunas otras cuestiones semejantes.

Entre estas obras son singularmente atractivas las que tratan de la futura reconstrucción del suelo devastado. León Rosenthal (*Villes et Villages français après la guerre*, París, Payot), procura comunicar a sus lectores el sentimiento de que hay algo providencial en la devastación de las aldeas francesas.

En Francia, donde el pequeño propietario se aferraba más que en ninguna parte a ciertas nociones jurídicas de la propiedad —nociones que la vida ha comenzado a dejar atrás—, se daba ya el caso de que la urbanización fuera deficiente, comparada con la de las aldeas inglesas, americanas y alemanas.

La reconstrucción podrá hacerse sobre bases más amplias; y el hecho brutal de la guerra permitirá, al menos, acabar de raíz con esas odiosas rutinas, como el impuesto de puertas y ventanas.

(El impuesto verdaderamente contemporáneo, el que más responde a la noción actual de la vida, es precisamente el contrario. El que alza un muro, causa un daño, y es como si alzara una prisión. El que abre un hueco en el muro, es un libertador: deja llegar hasta la morada del hombre la bendición de la luz y el aire, y —en caso preciso— nos da una salida para la fuga. Los hombres cada día nos parecemos más a los pájaros. De aquí que se hable del renacimiento del misticismo.)

«Francia —concluye Rosenthal— se desmentiría a sí misma si, tras de la prueba que la ha magnificado, volviese a reanudar su vida mediocre de otro tiempo.»

Hierro y cemento armado, jardines, vidrios de colores, baño y ducha, agua corriente, termosifón, calefacción central, teléfono y luz eléctrica: he aquí los mandamientos de la nueva ley de las ciudades, que en muchos casos han venido a ser sustitutivos de algunos arcaicos mandamientos morales. Aquí en Madrid, por ejemplo, sabido es que los muy escrupulosos huyen de las casas modernas, como de un lugar endemoniado. Y es que, en efecto, el agua corriente se parece tanto a la castidad, que algunas veces la sustituye.

S., 1-VIII-1918.

LITERATURA DE GUERRA *

Trátase de un catálogo bibliográfico, metódicamente ordenado, de todas las publicaciones francesas —y algunas extranjeras— que, con motivo de la guerra, han aparecido desde agosto de 1914 hasta agosto de 1916. El tomo segundo se publicará próximamente.

Del prefacio de Gustave Lanson —que da muy clara idea de la obra— tomamos las siguientes palabras: «No hay nada más seductor —y no exagero— que un catálogo de libros para el que sepa leerlo y esté acostumbrado a estas lecturas. Mientras la mirada recorre los títulos que se suceden sin interrupción, el espíritu recibe las más variadas impresiones. Tal libro ya lo hemos leído, y entonces resucita el recuerdo de la pasada lectura y, en un instante, volvemos a ver todas las imágenes, recorremos todas las emociones que el libro nos había suscitado. Tal otro es nuevo: ignoramos su contenido. Su título

* Jean Vic, *La Littérature de Guerre*. París, Payot, 1918, 8°, XXXV, 378 págs.

nos lanza a mil conjeturas e imaginaciones... Me parece que en un momento recorro en diversos sentidos todo el campo de la obra, y, como Rousseau bajo la encina de Vincennes, veo desarrollarse ante mis ojos una serie de instantáneas muy claras... En cuanto a los títulos que no me dicen nada, que no me permiten imaginar nada, por muy vagos o muy oscuros, o por mi ignorancia completa de la materia que tratan, tampoco carecen de encanto; me atraen como atrae el misterio, y parecen prometer viajes a tierras ignoradas... El verdadero hombre de letras y amigo de curiosidades disfruta en su gabinete a la sola lectura de un catálogo de libros, lo mismo que disfruta en la portería su conserje leyendo las aventuras de Sherlock Holmes o de Arsenio Lupin.»

Y tras esta agradable confesión de los placeres del erudito —que traerá seguramente a la memoria del lector las palabras del parnasiano Heredia sobre los encantos de la lectura de un *Manual del joyero*— Lanson define el carácter de la presente bibliografía, que es, desde luego, una bibliografía algo revolucionaria. El autor es joven, tiene imaginación, y no se conforma con los cánones absolutos de nuestros mayores; en vez de darnos una pura descripción bibliográfica, se permite de tiempo en tiempo hacer crítica personal. ¡Qué audacia! ¿Pues no nos ha dicho, aquí y allá, que tal obra es importante y que tal otra no vale la pena de leerse?

Sin embargo, el autor es amigo de los rigores científicos; por eso, mejor que ponerse a escribir prematuramente una historia de la guerra, comienza por clasificar la bibliografía de la futura historia. Todo el mundo sabe que éste es el primer trabajo del historiador. Y, sin embargo, aun cuando sean prematuras y estén sujetas a rectificaciones, las historias generales de la guerra prestan ya, desde ahora mismo, un inapreciable servicio. Y el libro de M. Vic, por muy plausible que sea su empeño, es un trabajo previo, de taller, que nunca llegará

al público, y se quedará confinado a los gabinetes de los historiadores profesionales.

El libro es de fácil manejo y está provisto de índices, que aparecerán al final del segundo tomo. La descripción bibliográfica contiene todos los datos necesarios, y es un incitativo excelente para los aficionados a comprar los libros por metros, afición que a algunos no nos parece tan estúpida; cada día el conocimiento de un libro se va reduciendo más al contacto instantáneo con el libro. Es lástima, pero no se puede remediar: es mal del tiempo. Vivimos en una época que podemos comparar a un rápido arrojando espuma y saltando. Ojalá nuestros hijos disfruten ya de la intensa serenidad de los lagos.

El segundo volumen será particularmente importante para los lectores españoles, porque contendrá capítulos especiales sobre España e Hispano-América.

S., 22-VIII-1918.

LAS CASAS DE BALZAC *

Renan nunca pudo leer una novela. Cierto día Renan y Taine veraneaban junto a un lago de Saboya, y Taine, empeñado en corregir a su amigo, le dejó en las manos una novela de Balzac. Cuando volvió, al poco tiempo, Renan dormía profundamente y el libro se había caído al agua. Seguros de que algunos participan en este punto de los gustos de Taine —que declara en sus cartas haber leído cincuenta veces la *Cartuja de Parma*, de Sten-

* ORION, *Las casas de Balzac en París. L'Action Française*, 25 de agosto de 1918.

dhal— y están lejos de compartir el desdén de Renan hacia el abundante Balzac; y ciertos, por lo demás, de que la afición a los libros del gran novelista siempre anda junta con la afición a su persona extravagante y amable, traducimos a continuación estas curiosas noticias: «La familia de Balzac vivía en París, rue du Temple, Marais. Cuando su familia se fué a Villeparisis, el joven Balzac alquiló una buhardilla en el número 9, calle Lesdiguières, junto al Arsenal. Reposo en Villeparisis. Idilio. Balzac, de regreso, se establece como impresor, calle Visconti, con madame de Berny. (Domicilio personal: 2, calle Tournon.) Quiebra y fuga a Bretaña. Al regreso, vive en la calle Cassini, cerca del Observatorio; después, calle de Las Batallas. Al fin, se decide a abandonar la ciudad. De 1838 a 1840, sus señas son: «Aux Jardies, par Sèvres (Seine-et-Oise)». «Tres cuartos —dice él— encaramados uno sobre otro; propia percha de loro.» Por un capricho muy suyo, los servicios y accesorios de la casa ocupaban un departamento enorme. (Al instalarse en Jardies, Gambetta ocupa este departamento; y hace demoler con toda impasibilidad el pabellón-percha en que Balzac dormía y trabajaba.) De 1840 a 1848, soporta la vida en su «cabaña» de Passy, que todavía puede verse entre la calle Basse y la Roc (Hoy Raynouard y Berton: tenía dos salidas. Mientras los acreedores tiraban con furor de la campanilla, Balzac se salía por la otra puerta y se internaba tranquilamente en las Tullerías.) Acaba sus días en el barrio de Beaujon, en un hotelito de la calle Fortunée, hoy Balzac, donde quiso recibir dignamente a Mme Hanska, su mujer castellana de Wirschnownia. Este hotelito, propiedad de Rothschild, fué demolido en 1890, a pesar de las protestas de los «balzacianos», y particularmente de Paul Bourget (Royaumont, «Prodomo. La maison de Balzac», Figuière).»

Hojeando el *Mercure de France*, leemos una carta de Carlos Larrondo en que éste da cuenta de que el periódico *L'Affranchi* ha tomado en arrendamiento la casa

de Balzac con el fin de consagrarla al culto de su recuerdo. La noticia tiene algo de manifiesto literario, y el que la da asegura que algún día la casa de Balzac vendrá a ser como el corazón de un renacimiento literario. En todo caso, es fácil que llegue muy pronto a ser un museo curioso.

S., IX-1918.

LA EMIGRACIÓN DE LOS LIBROS

El suplemento literario del *Times* —5 de septiembre de 1918— da cuenta de la venta de antiguos libros españoles en Londres. Trátase de cierta colección privada, que fué vendida en Sothbey, 14 de mayo, y de la colección de Henri Huth, hijo de madre española, que vivió en México algunos años. El fondo de ambas colecciones lo constituyen los libros de *Amadís*. La de Huth parece la menos importante: la más antigua edición del *Amadís* que contaba era de 1533. La otra colección poseía, ante todo, un *Florisando* (sexto *Amadís*) de Salamanca, 1510, que provenía del Collegio de la Sapienza de Roma, y que había pertenecido al barón Seillière; en una venta alcanzó 59 libras; en otra, más de 3,000 florines, y ahora fué vendido, con apreciable rebaja, en 41 libras. Había también otra edición de la misma obra, de Sevilla, 1526, y otra del *Esplandián*, 1525, que fué vendida en algo más de 22 libras (en 1889 lo había sido en 70 libras). Un ejemplar de *Los cuatro libros de Amadís de Gaula*, Venecia, 1533; varios, en español, italiano y francés, del *Palmerín de Oliva;* el más antiguo (Sevilla, 1525) fué vendido en 32 libras; uno del *Polindo* (Toledo, 1526), en 34 libras; una *Cuestión de amor* (Valencia, 1513), en me-

nos de 26 libras; un ejemplar del *Cancionero de Amberes*, sin año, en 51 libras; otro del de 1555, en 24 libras, y, entre otros más, nueve romances de Valencia, hacia 1640, en gótico español, que fueron vendidos en 70 libras.

¿Quién compró todos estos libros? ¿Dónde paran ahora? No en manos españolas; no en las bibliotecas públicas de España, seguramente. Dentro de veinte, de treinta años, saldrán otra vez a la plaza pública, con motivo de una nueva venta. Son como unos cometas de órbita inmensa, irregular y desconocida.

S., 1918.

RUBÉN DARÍO EN FRANCÉS *

Un nuevo volumen de la «Bibliothèque France-Amérique», compañero del de Rodó. Poco a poco, tendremos así una colección magistral de escritores americanos en traducción francesa. El estudio de V. García Calderón que precede al actual volumen es una viva y elegante interpretación del hombre y su ambiente; y estaba haciendo falta, junto a las admirables páginas dedicadas a Darío por Rodó (anteriores, desgraciadamente, a los *Cantos de vida y esperanza*), y a los estudios de aspectos parciales (P. Henríquez Ureña, E. Díez-Canedo, etc.). Las traducciones, todas buenas, excelentes algunas. La poesía de Darío cede fácilmente a la lengua en

* *Pages choisies*. Selección y prólogo de V. García Calderón, y traducciones de M. André, G. Jean-Aubry, A. de Bengoechea, J. Cassou, M. Daireaux, G. Hérelle, Mme B. M. Moreno, G. Pillement, G. Soulages y A. Wurmser. París, Alcan, 1918, 4°, XL más 149 págs. y un retrato de Darío, por Tito Salas.

cuya literatura se abrevó. Estas traducciones han de auxiliar singularmente la tarea del que mañana se proponga aquilatar el más y el menos de la liga francesa en el metal de la poesía de Darío; sirviendo —a manera de contraprueba— para apreciar el sabor que tienen, en francés, los versos de nuestro gran poeta. Porque falta todavía —después de este examen «actual»— el examen histórico de la obra de Darío, donde se valúen una a una sus aportaciones a la lengua y a la mentalidad españolas. Hasta hoy, todos parecen retroceder ante la magnitud de esta empresa. A la muerte del poeta, por desgracia, todos cedieron a la tentación de contar anécdotas personales y más o menos extravagantes sobre su vida. Otro poeta nicaragüense —Salomón de la Selva— decía, entre bromas y veras, que se podía redactar, como un homenaje póstumo a Darío, la lista de todos los que pretendían haberle auxiliado con dinero.

Ventura García Calderón tiene, entre los escritores de España, muchos amigos; todos conocen bien el encanto lírico de su prosa y la plenitud de emoción y de cultura que hay en su obra. Posee el don de comunicar dignidad estética a todos los asuntos que toca. Recientemente en el *Bulletin de l'Amérique Latine* (mayo-junio-julio de 1918), leíamos una nota suya de actualidad sobre «El Perú y la guerra», y cierta crónica sobre la personalidad del mexicano Benjamín Barrios, en que el escritor evocaba, de paso, vigorosamente, aspectos de la vida americana, con gran brillantez y relieve. Los asuntos americanos cobran, tratados por su pluma, intención de madrigales e intensidad de alegorías filosóficas. A riesgo de estropear su exquisita prosa, traducimos a continuación dos fragmentos de su prólogo sobre Darío:

«Han dicho los críticos americanos que el poeta de cuyas desventuras, de cuyo genio y melancolía vamos a tratar, no hubiera sido precisamente un «encuentro» agradable para M. Taine. He aquí un hijo de pueblos románticos que siempre fué mesurado; he aquí un criollo

de la América Central que es, al mismo tiempo, un ateniense de raza pura y, por su sensibilidad del todo francesa, un hermano de los «poetas malditos» Villon y Verlaine. Mestizo, resulta el más refinado de los aristócratas; y llega, del fondo de la pequeña Nicaragua, para transformar y vivificar la poesía de la grande España. En fin, con no saber palabra de griego, supo cantar la vida pagana como ninguno. ¿Recordáis aquella narración de Kipling en que un simple viajante inglés *se acuerda* de pronto de haber remado en galeras griegas? Nuestro gran poeta sonámbulo es el verdadero personaje de ese cuento precioso: hijo de un modesto comerciante de Metapa —junto a León, Centro América—, conoce de coro las canciones de las sirenas...

«Rubén Darío poseía ese pudor de lágrimas propio de los griegos y de los mejores franceses. Este poeta, que después había de romper en magníficas lamentaciones, que sólo para la melancolía había nacido, comenzó con versos serenos y casi regocijados. Tanto temía parecer falso, que a veces llegaba a parecer frío. Y es que no quería seguir el ejemplo de aquellos románticos americanos que, con hablar siempre de sí mismos, carecían de intimidad, y a veces hicieron de la poesía un arte enfático y hueco. Uno de los más conocidos, si no de los más grandes, ¿no había dicho que el poeta es hermano del orador? Era moda entonces comenzar a los veinte años, y aun antes, con las orgías de la desesperación elocuente y del amor desdichado. Desesperación que, por lo demás, pronto se olvidaba, pues aquellos jóvenes rebeldes se consolaban invariablemente en la política: se hacían diputados, revolucionarios, y hasta ministros de aquellas nuestras muy atenienses repúblicas. Apresurémonos a advertir que esto torcía muy a menudo su vida, pero les daba también un raro prestigio. Ya en los primeros años de la Independencia, nuestros poetas habían sido aedas y coregas, «buenos ciudadanos», en suma. En todo caso, pretendían ser hombres de acción y algo más que simples

poetas. En aquella Buenos Aires, donde Darío cantaba el desdén para su siglo, el gran lírico José de Mármol se había enfrentado con un tirano. Algo más tarde, en la antigua México romántica, donde las mujeres se sabían de memoria las poesías de Acuña, atractivas y exageradas, como la juventud del poeta suicida, un hombre atraviesa la Plaza Mayor, persiguiendo, revólver en mano, a las musas y a sus enemigos: es Díaz Mirón, vicetirano y poeta. El dulce lamartiniano autor de *María*, la más célebre novela de aquellas tierras, busca el oro, como cualquier californiano, en las llanuras de su Colombia natal. Hasta Silva, el exquisito poeta del *Nocturno*, que se va por las noches, en compañía de amigos selectos, a recitar sus versos desolados en el cementerio de Bogotá, abre un comercio de lacas, perfumería y té chino, tras de haber sido diplomático y mundano. Marcos Sastre, el Bernardin de Saint-Pierre de la Pampa, estuvo algún tiempo al frente de una empresa agrícola. Y el soberbio Martí, apóstol de la emancipación cubana, y uno de los más grandes escritores de América, muere en un combate como simple soldado... Todavía, hoy por hoy, un magnífico poeta, Guillermo Valencia, es candidato a la Presidencia de la República de Colombia. Y he aquí que, acaso por primera vez, aparece un poeta que no quiere ser más que poeta.»

S., 3-X-1918.

MARTOS Y LOS CARVAJALES *

Da nombre a esta revista la conocida redondilla de *La Cena*, de Baltasar de Alcázar:

> En Jaén, donde resido,
> vive don Lope de Sosa,
> y diréte, Inés, la cosa
> más brava de él que has oído.

Es esta revista una crónica mensual de la provincia de Jaén, verdadera miscelánea de historia local y curiosidades bibliográficas, donde para continuar la tradición del título, nunca falta una sección de noticias que se llama: «Y diréte, Inés, la cosa...» o bien: «Pues sabrás, Inés hermana...»

Es una simpática publicación que rebosa del amor al terruño. La ilustran reproducciones de viejas estampas y fotografías. Un diligente y bien inspirado provincialismo escoge para ella, de toda la vida actual de España y de la tradición literaria que hay a la mano, la nota propia de Jaén. Es una revista llena de «preciosismo» en la intención, y a veces en el procedimiento. Trata la historia local como una miniatura valiosa, y alguna vez peca por exceso de curiosidad diminuta y falta de criterio sintético. Ruskin la hubiera examinado con ojos benévolos; hubiera pensado en el amor de la abeja por su gota de miel, y hubiera sacado después este consejo: que hay que fomentar, por todos los medios, la investigación del alma regional, y cuando no la hay, inventarla, es decir crearla; que hay que hacer amar a los hombres el paisaje en que se desarrolla su vida, reintegrando en la sinfonía de las emociones históricas la pequeña emoción que brota de

---

* A. Cazabán Laguna, *Martos y los Carvajales*, en la revista *Don Lope de Sosa*, Jaén, junio de 1918.

cada una de las piedras de nuestra calle cotidiana. Hay provincialismos altivos, levantiscos, que amenazan a la metrópoli y no reparan en medio alguno cuando se trata de afirmar su propia supremacía. Pero hay provincialismos dulces, contemplativos, que acaso comienzan por ser resignación y acaban en una alegría íntima y hermosa. De éstos es el que flota por las páginas de la revistita de Jaén.

Don Alfredo Cazabán Laguna, su director y propietario, y además cronista de la provincia, desentierra hoy una vieja tradición de Martos, y la ilustra lindamente con antiguos grabados. La tradición aparece así resumida en una obra que es «germen ya de nuestros modernos libros de turismo, mitad histórica, mitad descriptiva y anecdótica en sus narraciones de leyendas y costumbres: *Recuerdos de un viaje por España*, Madrid, Imp. Mellado, 1863».

«El suceso que dió más nombre a la población de Martos fué el emplazamiento del Rey de Castilla Don Fernando IV, extraño acontecimiento que refieren así las crónicas:

«Corría el año de 1312, cuando el monarca llegó con su corte y tropas a Martos, con objeto de auxiliar a su hermano el infante D. Pedro, que a la cabeza del ejército fuera sobre Alcaudete.

«Agitóse entonces la causa en averiguación de los asesinos de un caballero llamado Benavides, que fué muerto violentamente en Palencia al salir del Palacio Real.

«Recayeron las sospechas en dos nobles hermanos, Comendadores de Calatrava, y residentes entonces en Martos, llamados don Pedro y don Juan Alonso de Carvajal.

«El Rey, de edad de veinticuatro años, a quien los cronistas llaman valiente, afable y justo, era algún tanto arrebatado. Y, sin haber justificado el hecho cual la gravedad del caso lo exigía, hizo prender a los dos presuntos

reos y mandó precipitarlos desde lo alto de la peña que domina a Martos.

«Protestaron los desdichados Carvajales su inocencia, invocaron la justicia y las leyes, pero todo inútilmente, pues fueron conducidos al suplicio.

«En el mismo instante en que iban a ser despeñados, dijeron en alta voz que apelaban, de la injusta sentencia del Rey, a la sentencia de Dios, y que le emplazaban para dentro de treinta días a que compareciese ante el tribunal del Rey de los Reyes.

«Desprecióse por entonces tan extraña citación, pero aun los menos preocupados hubieron de horrorizarse al verla cumplida exactamente.

«Hallábase el Rey en Jaén el jueves 7 de septiembre, día en que se cumplía el terrible emplazamiento; y, habiendo comido con buen apetito, se retiró a dormir la siesta. Extrañando los cortesanos tardase en despertar más de lo de costumbre, fueron a su lecho y lo encontraron muerto. Por eso la historia lo llamó Fernando el Emplazado.»

El autor acompaña este documento de varias aclaraciones históricas, y de informaciones gráficas que nos muestran —según grabado de 1863— el sitio de Martos dominado por la célebre peña, que deja abajo el campanario; los retratos, acaso imaginarios, de los Carvajales, donde el artista ha procurado destacar los rasgos de la nobleza moral (y adviértase que ambos retratos, que pudieran ser uno mismo de perfil y de frente, coinciden singularmente con las estampas populares del Nazareno), y, finalmente, un paisaje nocturno de 1867, donde se ve, a la luz de la luna, la Cruz del Lloro, sitio en que cayeron los Carvajales al pie de la peña. Un pastor se aproxima a ella como a un lugar de devoción.

S., VII-1918.

SOBRE RODÓ

El escritor dominicano Max Henríquez Ureña incorpora en un solo tomo (*Rodó y Rubén Darío*. La Habana, Soc. Edit. «Cuba Contemporánea», 1918, 154 páginas) dos conferencias: la primera, de 1918; la segunda de 1916, pronunciadas en Santiago de Cuba. Por ahora sólo tocaremos la primera, sobre Rodó, que da en pocas páginas una información completa del escritor, su vida, su ambiente, su obra y hasta —sin quererlo— una preciosa antología de su prosa y contados versos.

A pocos pasos de la casa de Rodó, en Montevideo, se ve por tres partes el mar. El autor sugiere la influencia que la contemplación del mar pudo tener en la mente, en la filosofía misma, en el modo intelectual de Rodó, y espiga, al efecto, algunos pasajes oportunos.

El estudio sobre el «medio», en rápido y seguro trazo, sitúa a Rodó en su escenario. Mente armoniosa, Rodó busca una conciliación entre los partidos de su país. Fué francamente liberal, pero sin extremos pueriles ni arrebatos salvajes. En su anhelo de buscar el equilibrio de los contrarios en la penumbrosa zona de la belleza, recuerda a Renan, que tanto influyó en su formación. Frente a los problemas literarios es también un ecléctico. Como todos los escritores uruguayos de su brillante generación, es un devoto de la forma, sin enfermedad ni exacerbamiento. Ventura García Calderón advierte (¿es seguro?) que, hacia el final, en *Motivos de Proteo*, «desaparecen el período breve, la simplicidad perfecta y armoniosa. Hasta la gracia efusiva de antaño cede el paso a una pompa castellana», en que se advierte la estructura literaria de los clásicos. Max Henríquez Ureña, comparando a Rodó con Montalvo, hace sentir que, mientras éste se mueve dentro de la norma clásica, como si él mismo la engendrara, Rodó la imita, y, sin sentirlo, se aleja

de ella continuamente y vuelve al ritmo ligero que le es propio, donde se adivina el pulso de los estilos franceses.

La cultura de Rodó también es, sobre todo, francesa. Su verdadera dirección crítica es el americanismo, concebido con una intensidad histórica y poética que nunca antes de él se había alcanzado. América es para él la «magna patria», y opone valientemente el sentido de las tradiciones y las esperanzas de Hispanoamérica a la deslumbradora realidad de los Estados Unidos, como se opone un dolor consciente a un bienestar fortuito y gratuito. Su optimismo liberal en política —interna e internacional— le lleva a influir en la vida pública de su país (tan necesitado, como todos, del auxilio de sus pensadores), sin descarriarse por eso ni dejar enmohecer los útiles de su oficio de letras. Su filosofía (un «devenir» en que, sin embargo, se salvan los privilegios de la voluntad individual) es más bien una filosofía moral. La persistencia indefinida de la educación parece ser su preocupación más profunda y firme.

Rodó tituló una página juvenil «El que vendrá». El conferenciante cree ver en Rodó la encarnación de sus mismas profecías.

Una excelente bibliografía y apéndices ponen fin al breve trabajo.

S., 1918.

EL LENGUAJE CRIOLLO *

«Las fantasías de Sarmiento y demás corifeos hispanófobos de hablar y escribir en «criollo», no pasan de alardes inocentes.»

Según el autor, en América se habla un español más puro que el que se escribe (creemos que es un error de percepción: lo que se escribe se presta más al análisis, y se «perdona menos» que lo que se oye). Atribuye este fenómeno a que la incultura conserva en el pueblo las formas tradicionales, y la cultura poco hispanizante de las escuelas educa, en cambio, literatos poco castizos. (Nueva cuestión es ésta, muy distinta de la anterior. Antes parecía que el autor trataba de que «un mismo hombre», en América, habla más castizamente de lo que escribe. Ahora parece referirse a una diferencia de habla que se nota entre dos clases sociales distintas. Lo primero nos parecía dudoso. Esto segundo nos parece exactísimo, pero no exclusivo de América; las clases letradas, en todo el mundo, están más abiertas al neologismo que el campesino, hijo de la tierra.) El autor se manifiesta muy escéptico ante toda idea de aproximación con América, y dice que «bastante haremos con mantener allá nuestra lengua, que ya peligra». ¿Quiénes «haremos bastante»? ¿Cómo hace un pueblo para mantener la pureza de la lengua en otro pueblo? El autor conoce, con amplia experiencia, muchas cosas de América, y sus exposiciones son a menudo útiles y brillantes. Pero parece que

---

* Ciro Bayo, *El lenguaje criollo.* "Estudio", Barcelona, agosto de 1918.

confunde en un solo argumento criterios filológicos y criterios sentimentales, y agita varias ideas a un mismo tiempo. Ocasión de repetir lo que le decía Anatole France a Hébrard, el director del *Temps*:

—Quel écrivain vous feriez, si vous aviez moins d'idées!

S., 1918.

GARCÍA CALDERÓN *

Al escritor peruano Francisco García Calderón debemos libros excelentes sobre la evolución de las democracias hispanoamericanas: los mejores que hay sobre la materia. M. Raymond Poincaré los juzgaba con entusiasmo, y para el sociólogo Gustave Le Bon fueron una revelación completa. El ilustre vulgarizador se asombraba de que aquellas «vagas y lejanas repúblicas» pudieran prestarse al tratamiento científico de la Historia. El filósofo Émile Boutroux, amigo de nuestro escritor, se complace en consultarlo sobre toda cuestión que afecta a América; y poco antes de la guerra, un diario de París aludía a García Calderón, llamándole, con justicia, «Docteur ès Amérique Latine». Hoy García Calderón es harto conocido en Europa y en América. Un eminente venezolano que reside en Madrid nos decía que es García Calderón el tipo de una nueva civilización hispanoamericana. En 1903, Rodó anunciaba su aparición en las letras, y el crítico dominicano García Godoy hacía notar el equilibrio y la claridad del joven escritor, en medio de

---

* FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, *Ideologías*. París, Garnier, 1918, 8°, 490 págs.

una generación entregada a todos los estragos del mal «modernismo».

Su reciente libro *Ideologías* (no aplaudimos el título) —libro insistemático, donde ha querido reunir, aparte de algunas páginas de juventud, lo mejor de su labor periodística, el comentario febril que arranca la preocupación intelectual de la hora, la adivinación o el consejo que brotan de los acontecimientos de todos los días— es como un trozo de atmósfera palpitante. Aquí comenta una muerte simbólica para las letras de Francia, allá pergeña con dos o tres toques las líneas del naciente teatro argentino; ya expone una teoría germánica, ya la crisis del «bergsonismo», o bien define la actitud de los escritores de *L'Action Française;* y todo con un ánimo de seriedad y un estilo claro y nervioso que comunican a los comentarios más abstractos una calidez de emoción. Parece que García Calderón fuera, de pasada, bautizando e interpretando, para uso de América, todos los temblores del inmenso corazón de Francia. En la joven América —y éste le es rasgo distintivo— el escritor asume necesariamente, de grado o por fuerza, responsabilidad de director espiritual: tiene cargo de almas. América adelanta a golpes de entusiasmo por sus caudillos de la pluma, y en todas las repúblicas se repite, más o menos, el mito de Cadmo, civilizador y padre del alfabeto.

Al final del libro expone García Calderón la conmovedora tragedia de los poetas que ha segado la muerte. He aquí cómo explica el sentido último de su sacrificio: «Una heroica generación que combate y analiza, restablece —entre la voluntad y la inteligencia— la antigua concordia perdida.» Gran norma latina la concordia de la mente y la acción: la teoría es madre de la práctica, y ésta sólo debe prolongar el movimiento de aquélla. No quiere otra cosa Poincaré cuando cree descubrir en las victorias de Foch un fruto de sus enseñanzas en la Escuela de Guerra. Y fácilmente lo aceptará quien tenga noticia de las doctrinas de Foch (véase R. Puaux, *Foch,*

París, Payot, 1918). Una curva ininterrumpida, segura, como la ascensión de una estrella —y tan gloriosa—, lleva del estudio a la trinchera como de la vida a la muerte. Yo quiero aplicar esta palabra a la memoria de José García Calderón: el joven artista, lleno de intimidad y graves consuelos espirituales, muerto heroicamente no ha mucho tiempo en el servicio de aerostación del ejército francés.

S., 1918.

MESONERO CONTRA MESONERO *

Mesonero Romanos pretende, con sus descripciones de costumbres, inaugurar en España un nuevo género literario. «Hubo un tiempo —dice Ortega y Gasset en el segundo volumen de *El Espectador*— en que irrumpieron en la literatura unos ilotas de la república poética llamados escritores de costumbres.» Puede decirse que para España esto acontece por el año de 1832, cuando Mesonero Romanos publica, en las *Cartas Españolas*, sus primeras escenas. Así, al menos, parecía probado hasta ahora.

R. Foulché-Delbosc traslada ahora el punto de partida de esta literatura costumbrista al año de 1822, año en que apareció una colección de artículos que son seguramente el modelo del *Panorama Matritense*, y que a juzgar por ciertos pasajes semejantes, así como por el tono general de la obra, Mesonero no desconocía.

---

* R. Foulché-Delbosc, *Le modèle inavoué du "Panorama Matritense" de Mesonero Romanos*. Ext.: *Revue Hispanique*, Nueva York-París.

La colección se titula *Mis ratos perdidos o ligero bosquejo de Madrid en* 1820 *y* 1821*; obra escrita en español y traducida al castellano por su autor.* Advierte R. Foulché-Delbosc que el modelo poseía la cualidad que más falta en la imitación: el ser muy conciso. Las escenas aquí son cortas; a veces, cortísimas.

Pero... lo más curioso es que, hechas después las averiguaciones del caso, ha resultado que el pretendido modelo de Mesonero Romanos no pasa de ser una obra de juventud de éste.

S., 1918.

UN RECTOR DE DOCE AÑOS *

Caso sucedido en Mahón (Menorca), cuando ésta dependía de la corona de Inglaterra. En 1739, el cura que regentaba la Rectoría de Mahón es trasladado a Ciudadela; el Rey de Inglaterra nombra en su lugar al Dr. Francisco Vidal; pero el nuevo gobernador, Sir Felipe Anstruther, intercepta el pliego y logra la revocación del nombramiento, haciendo que el definitivo recaiga sobre el hijo de su secretario, José Luis Jaime Ignacio Narciso Panedas y Mesquién, que contaba a la sazón doce años cabales. Toma éste posesión de su cargo, y dejando regente que lo sustituya, parte a Francia a estudiar Teología. Vuelve doctorado en 28 de septiembre de 1748, y le toca ver cambiar dos veces de dominio a la isla: en 1756, conquistada por los franceses; en 1763, restituída a Inglaterra. La calle en que murió se llamó calle del Rector.

S., 1918.

---

* F. Hernández Sanza, *Un rector de doce años. Revista de Menorca.*

COVADONGA *

Se plantea el autor estas tres cuestiones: 1a. ¿existió tal batalla?; 2a. ¿cuándo tuvo lugar?, y 3a. ¿en qué sitio? A la primera contesta que, «habiéndosenos transmitido el suceso de la batalla de Covadonga por el canal de las dos partes contendientes, su existencia no puede ponerse razonablemente en duda.» A la segunda, conformándose con la tradición, contesta aceptando como fecha probable el año 718, sin que se pueda con todo rigor precisar el día y el mes, que las tradiciones colocan entre los últimos de julio y los primeros de septiembre. A la tercera contesta recordando que la localización de la batalla está bien determinada por los antiguos documentos, en los montes asturianos, no lejos del territorio de Liébana, a las faldas del monte Auseba. El ejército derrotado se retiró por los puertos de Amuesa, situados cerca de los picos de Europa, para bajar al territorio de Liébana.

S., 1918.

UNA CARTA DE SANTA TERESA **

Es la carta cclxxiv de la edición de Vicente de la Fuente, que ahora se publica según el original, el cual se encuentra en el convento de las Carmelitas de Darlington. A este convento la carta fué enviada por el Obispo de Valladolid.

---

* Z. García Villada, *La batalla de Covadonga en la tradición y en la leyenda. Razón y Fe.*

** A. Morel-Fatio, *Une lettre de Sainte Thérèse. Bulletin Hispanique.*

Ahora bien, en la época de Vicente de la Fuente, «el original de esta carta se hallaba en el convento de nuestras religiosas de Valladolid, colocado y expuesto a la pública veneración en el altar de la santa, que es uno de los colaterales de la capilla mayor.» «¿Cómo, pues —se pregunta Morel-Fatio—, cómo ha podido el Obispo disponer de esta carta, contra los votos de las religiosas y del público piadoso?».

S., 1918.

VERSOS LIBRES *

El nuevo cuaderno de *El Convivio* puede decirse que recoge, en síntesis excelente, las notas de mayor valor puramente lírico de la poesía española, junto a las cuales no poco de lo consagrado resulta prosaico y oratorio. La presente colección, mucho más que una antología, es un ensayo, una teoría sobre ciertas corrientes poéticas no claramente discernidas antes de ahora.

Trátase de una serie de poesías diminutas y anómalas por el metro y aun por la libérrima calidad estética que sirve como de preludio a otra colección más extensa y documentada, que el autor ha ofrecido al Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Tal como es, la colección resulta ya indispensable para el estudio de esa extrema izquierda literaria, de esa «España libre», ajena a todo academismo, virgen de es-

---

* Pedro Henríquez Ureña, *Antología de la versificación rítmica.* San José de Costa Rica, *El Convivio*, 1918, 8º, VI más 51 págs.

Nota posterior: Ver: P. H. U., *La versificación irregular en la poesía castellana*, Madrid, RFE, 1920.

colástica y preceptiva, que tan exquisitos frutos de arte ha dado en todo tiempo. El escritor dominicano afirma, con esta pequeña antología, su nombre como gran conocedor del pulso espiritual de la literatura española, y crítico de sagacidad y sutileza. El prólogo contiene, en seis páginas, el resultado último de un trabajo de varios años. Y sólo lamentamos que el editor, D. José García-Monge, a quien tanto debe ya la joven literatura de España y América, se limite a distribuir unos cuantos ejemplares de obras como ésta entre los profesionales —gente aburrida y, por lo general, detestable—, en vez de inundar con ellas nuestros mercados de libros. Aunque puede ser que más valga así, por lo de la fábula del gallo y la perla.

S., 1918.

ESPAÑA Y GIBRALTAR *

Muy tarde llega a nuestras manos este cuaderno, pero a tiempo para recomendar la lectura del artículo de D. José de Armas sobre el asunto de Gibraltar, que ahora ha cobrado o puede cobrar nueva actualidad. El Sr. Armas expone con gran objetividad y sencillez los puntos de vista que el General D. Miguel Primo de Rivera sostenía en la Memoria que presentó ante la Real Academia de Artes y Ciencias de Cádiz el año de 1917, siendo gobernador militar de aquella zona; da una bibliografía suficiente de la cuestión, y explica las transformaciones de la opinión española, desde los tiempos de Cánovas del Cas-

* José de Armas, *Spain and Gibraltar. The Quarterly Review*, Londres, julio de 1918.

tillo —quien rechazaba indignado toda idea de arreglar el asunto de Gibraltar de otro modo que por la fuerza de las armas— hasta nuestros días, en que los técnicos de la guerra y de la política aceptan como una posibilidad el proponer a Inglaterra la cesión de Ceuta a cambio de Gibraltar. Al mismo tiempo, valora la importancia que Gibraltar puede haber tenido en la orientación de las simpatías españolas ante el conflicto europeo; dibuja la agrupación de las principales masas políticas, y acaba en la era del Gabinete de cumbres, días en que muchos problemas parecían dormir y, entre otros, el de Gibraltar. Del análisis del Sr. Armas sale la convicción de que la opinión española, cada vez que se ha manifestado con libertad, ha echado en cara a sus hombres públicos su ineptitud para resolver el punto de Gibraltar, y ha manifestado su convicción firme de que no sería difícil arreglarse amistosamente con Inglaterra.

S., 1918.

¿QUÉ SUCEDE EN CÓRDOBA? *

En Córdoba (¡en Córdoba!) existe una École Supérieure Française, conducida con inteligencia y orientada con idealidad, la cual antes de la guerra tenía 162 alumnos y actualmente tiene unos 74. Los chicos —ninguno de ellos ha acabado los estudios de segunda enseñanza— han comenzado a publicar una revista, *Notre École*, destinada a hablar de sí mismos.

---

* *Notre École*, revista de los alumnos de l'École Supérieure Française de Córdoba.

«Le moi est haïssable», confiesan los chicos (estos chicos lo saben todo); pero a nosotros se nos ha dado permiso de publicar una revista con la condición expresa de no ocuparnos más que de nosotros mismos.

Y, manos a la obra; los chicos se entregan a la grata tarea de escribir pequeñas biografías escolares sobre sus pequeñas personas.

La revista, escrita en español y en francés, no tiene «galicismos». De un ejercicio de composición sacamos la siguiente frase, deliciosa: «Après ma patrie, le pays que j'aime le mieux est la France. Elle n'est separée de ma patrie que par les Pyrénées, c'est pourquoi je l'aime le mieux après ma patrie.» ¡Y pensar que a los ojos de algunos es ésta la única razón para detestarla!

Entre los jóvenes estudiantes, la Redacción nos presenta a tres artistas, cada uno con su temperamento. Uno es dibujante de animales y tiene facultades de repentista, capaz de representar en imágenes una historieta. El otro, se complace sobre todo en reproducir los modelos, por pequeños que sean, con una paciencia y minuciosidad tan grande, que asombran. «A veces nuestro director le dice sonriendo que es un digno descendiente de aquellos artífices y plateros que, en otro tiempo, tanta fama dieron a nuestra Córdoba querida.» El tercero es, principalmente, cartógrafo y calígrafo; posee, junto al don de la letra decorativa, de la cartela y de la orla, el don de traducir la idea en esquemas. Tales son estos tres diminutos brotes de artista.

Finalmente, entre burlas y veras, la revista publica los ecos de la Escuela; noticias entreveradas con chascarrillos escolares. En los chascarrillos, no falta cierto estilo literario. Al profesor se le llama siempre «el buen profesor». Véase una muestra:

«El buen profesor explica un día una lección que sus alumnos se obstinan en no comprender: se trata seguramente de algún capítulo del *Epítome de la Gramá-*

tica de la Real Academia...» El chascarrillo continúa, pero nosotros tenemos bastante con eso.

No somos aficionados a la sentimentalidad cruel de Edmondo de Amicis, y así, lamentamos que en *Notre École* aparezca reproducido aquel *Pequeño escribiente florentino*, de lacrimosísima memoria. En cuanto a la carta que el director, movilizado en Limoux, envía a un amigo suyo de Córdoba, no sería oportuno comentarla aquí —llena como está de grave emoción y de intensa simpatía humana—, donde sólo queremos llamar la atención del lector sobre este gracioso jardinillo de almas.

Lector, lo que acabas de leer tiene traza de cuento, y es una realidad sencilla. No parece que ha pasado en España, y sucede en Córdoba la torera, donde la Escuela ocupa una hermosa y vieja casona.

S., 1918.

EL QUIJOTE DURANTE TRES SIGLOS *

El libro está dedicado a exponer la crítica del *Quijote* desde su aparición hasta nuestros días, en España y fuera de España: desde el primer momento, cuando el público daba «una importancia excesiva a la parte de murmuración y de sátira del libro», hasta el momento en que «la obra ocasional desaparece y queda la imperecedera». Igualmente pudiéramos decir que cierta parte de la opinión entre la juventud literaria de Madrid ha dado, en el libro de Icaza, una importancia excesiva a ciertos toques

* Francisco A. de Icaza, *El "Quijote" durante tres siglos*. Madrid, Renacimiento, 1918, 8º, 230 págs.

satíricos que hay hacia el final, olvidándose un poco del carácter general del libro, que es una exposición no polémica. Pero esto ha quedado en crítica hablada o «de tradición oral». La crítica escrita ha saludado con aplauso la obra de Icaza. «Azorín» lo encuentra aquí, «como siempre fino, delicado y elegante; será dilecta y necesaria su obra —continúa— a todo el que ame el *Quijote* y se preocupe del desenvolvimiento de su prestigio a lo largo del tiempo.»

Los libros de Icaza se distinguen por el dibujo del conjunto. Su libro sobre la crítica del *Quijote* es una unidad coherente. Hay obras llenas de observaciones profundas, pero que son verdaderos hacinamientos informes; se las consulta, pero leerlas sería imposible; se las maneja como a un diccionario, no sin cierta desesperación y aun maldiciéndolas interiormente, como debe hacerlo siempre al hojear un diccionario todo lector que se respete. Tales son los libros mazorrales, tan indispensables como abominables, frutos siempre de un hondo desequilibrio entre la información del autor y sus facultades artísticas. No así el libro de Icaza, donde la información queda plenamente dominada, domesticada, bajo la pluma del escritor. El libro procede por toques breves, por pequeños trazos cerrados, y el tratamiento de cada punto acaba mucho antes de que el lector comience a cansarse, y cada página obliga a la siguiente. El capítulo sobre el *Quijote* en Francia, por ejemplo, está hecho en cuatro párrafos: el primero nos da de una vez un resumen de la materia; el segundo aclara y explica el carácter de cierta crítica del siglo XVII, condensada en menciones sueltas; el tercero nos cuenta con desarrollo especial la evolución de las traducciones francesas del *Quijote*, que comienzan por ser literales y antiliterarias, son después mutiladas a pretexto de literatura, y al fin llegan a ser un intento formal de interpretación verdadera y justa; y el cuarto expone los múltiples puntos de vista de la crítica romántica. De tiempo en tiempo, el autor parece dete-

nerse y —sin decírselo— le ayuda al lector. Así, para mejor destacar el carácter de la crítica rusa sobre el *Quijote*, recorre y espuma su propio libro en estas palabras:

«El *Quijote*, como venimos viendo, fué en España en su origen una obra de clave y de tesis; de clave, por sus sátiras literarias contra personas determinadas —Lope de Vega, Juan de la Cueva, Suárez de Figueroa, etc—; de tesis, porque atacaba la «perniciosa lectura de los libros de caballerías». Fué además en el mundo entero, durante mucho tiempo, parodia viva y, como tal, libro de burlas y de risas: pero como cada pueblo ríe a su manera, se rió en España al modo picaresco con el estoicismo que igual nace de la incertidumbre del presente que de la fe en un mañana mejor, y que da penurias con alegrías y tristezas con sol. Se rió a carcajadas en Italia, por el cotejo con el *Orlando*, y en Portugal con el *Amadís*, viendo asimismo en las calles y tablados de la nación vecina las caricaturas de la caricatura quijotesca; se rió mesuradamente en Francia, porque el tiempo de la risa de Rabelais había pasado ya; se sonrió en Inglaterra, contrayendo el «rictus» irónico, y rióse en Alemania, a mandíbula batiente, con la risa del *Simplicisimus*. De todas esas risas —ya lo hemos visto también—, la única que tuvo eco en Rusia y en las regiones nórdicas fué el reír con sordina del siglo XVIII francés, en la adaptación de Florian. La triste Rusia y su arte desolado no rieron ya. ¿Cómo iban a reír de su propia imagen esos caballeros de la estepa tan parecidos al hidalgo de la Mancha?»

Cuando en un proceso histórico aparece algo que por su excepcional importancia —crítica de Heine, de Turgueneff— o por su rumbo excepcional —nuevas interpretaciones de Italia: Borgese, Papini— pudiera desequilibrar el conjunto o perturbar la comprensión del lector, Icaza se conforma con mencionar el caso en su sitio, pero reserva la exposición de él para un capítulo aparte.

Así, el libro resulta fácil. No es obra de divulgación, sino breve historia literaria, que también supone antece-

dentes literarios en el lector. «Si acerté —dice el prólogo— a lograr que en estas páginas nada sobre, agregue cada lector, para sí, lo que a su juicio falte, y todos quedaremos contentos.» El erudito la consultaría en vano para salir del paso en esos instantes de fiebre técnica en que necesita improvisar un conocimiento para seguir de frente con la investigación de algún dato particular: pero la consultará con provecho para recordar el conjunto, el cuadro general de la labor en que a él le toca hormigar su brizna de conocimiento. Y no es ésta poca utilidad, porque ¡cuántos eruditos no olvidan las proporciones del mundo y nos quieren dar por Himalaya el grano de arena de su microscopio! En este nuestro teatro de los contrastes, donde tantos matices faltan entre la historia científica de un Menéndez Pidal y la emoción lírica histórica de un «Azorín», la crítica de Icaza ocupa un sitio indispensable.

Pero a medida que la exposición del asunto le acerca a nuestros días —y en la exposición hay también un intenso trabajo crítico, aunque sólo sea por la elección de elementos esenciales a que el expositor se obliga—, Icaza va dejando ver su temperamento de polemista. Aquí reduce a su verdadero carácter de curiosidad bibliográfica —y aun así, parcialmente rectificable— cierta nota de Buchanan; y más allá se enfrenta con Unamuno y Ortega y Gasset, y, entre burlas y veras, les declara que considera sus interpretaciones del *Quijote* como un equivalente literario de lo que en el siglo XIX fueron las supuestas claves históricas de Adolfo de Castro y las interpretaciones simbólicas de Benjumea, «Polonius» y Villegas. (Creemos más bien que las páginas de Unamuno y Ortega, lejos de pertenecer al grupo de las interpretaciones aberrantes, pertenecen al grupo de la crítica libre y superior, poética, filosófica, que el mismo Icaza ha venido exponiendo con encanto en sus más altos representantes franceses, alemanes, rusos, ingleses, italianos.) Nada más justo, finalmente, que el valor que da a los comentarios

de Rodríguez Marín, nunca indispensables, como tales, para leer el *Quijote*, sino para releerlo. «Y quien lo leyó bien una vez no dejó de releerlo muchas.» «Esas notas son interesantes —dice—, no sólo cuando nos enseñan lo que no sabemos, lo que pasa muchas veces, sino cuando repiten clara y brevemente condensado lo que ya sabíamos.» En cuanto al valor de las ediciones mismas de Rodríguez Marín, resulta de la simple comparación de aquellos «mazacotes de prosa de las ediciones primitivas o de sus reproducciones modernas —exactas, corrompidas o mutiladas a pretexto de corrección—» con estos textos de Rodríguez Marín, donde, «de la inteligencia a los ojos, todo descansa y se complace.»

S., 1918.

1919

BOLÍVAR Y LOS ESTADOS UNIDOS *

Días pasados (febrero de 1919), D. Rafael Altamira llamaba la atención del público sobre *The Hispanic American Historical Review*, órgano el más serio en su línea que se publica en los Estados Unidos. ¡Lástima que no se pueda publicar en Madrid otra revista semejante! Los nuevos editores debieran pensar en ello. Es ya tiempo de desterrar el americanismo convencional y anodino, de que tanto hemos abusado. Y tal vez hay ya, sin salir de Madrid (mucho más si se aprovechan todos los elementos de España y se acude a las veinte Repúblicas transatlánticas), tal vez hay ya un grupo de escritores, españoles e hispanoamericanos, suficiente y capaz para mantener una tarea continua de investigación y popularización. Tal vez hay ya escritores americanos que se han compenetrado del todo con la vida y orientaciones de la España nueva: ya es posible hablarse en la misma lengua y entenderse. Casi la única dificultad consistiría en seleccionar, en cerner muy fino, en separar de la obra, con un criterio severo y casi apostólico, a la multitud de logreros

* W. R. Shepherd, en *The Hispanic American Historical Review*, 1918, I, 270-298.

e ignorantes que han brotado, como vegetación venenosa, en la descomposición de los ideales hispánicos.

Entre los primeros números de la revista mencionada, el artículo que provoca esta nota tiene singular interés. Reúne y comenta la abundante bibliografía bolivarina de estos últimos años (en primer término, las ediciones y libros de R. Blanco-Fombona), fruto en mucha parte del centenario de la emancipación de América, y que —como lo admite el autor— representa un considerable progreso sobre los estudios anteriores que al mismo punto se refieren. Pero Shepherd repara sobre todo en algunos de estos estudios, donde cree descubrir un ánimo, no rigurosamente científico en su concepto, de subrayar y exagerar los ratos de indignación o despecho que pudo tener Simón Bolívar ante el espectáculo de los Estados Unidos. Y, tratando de remediar el efecto que tales obras pueden causar, se aplica concienzudamente, con conocimiento de causa —y mediante el consabido sistema de leer todos los libros que tratan de la cuestión, sacando notas de todo juicio o referencia que sobre cosas de los Estados Unidos encuentra en labios de Bolívar, y sembrando después estas notas entre comentarios y explicaciones—, a demostrar que, en general, no puede decirse que Bolívar fuera un enemigo de los Estados Unidos. Al contrario, mantiene Shepherd, Bolívar, al organizar su América, se proponía como modelo ideal, en cierto modo, el ejemplo de los Estados Unidos; así como él, en lo personal, declara más de una vez la noble emulación con que considera la figura de Washington. Para esto, que a veces parece resultar con toda evidencia de las palabras de Bolívar, se ve obligado en otros casos a descifrar como verdaderos oráculos tal giro interrogativo, tal intención apenas insinuada. En general, dice, las críticas que Bolívar hace de un sistema que consideraba como inaplicable a su América no deben tomarse como censuras a la nación que lo aplica. Y concluye declarando que el conocimiento verdadero e imparcial de la actitud de Bolívar hacia los Es-

tados Unidos sólo puede servir para que los ciudadanos yanquis comulguen con sus hermanos del Continente en la admiración por el héroe.

En los detalles de la controversia no podemos entrar aquí. A veces ha tomado ésta un curioso sesgo retórico, como cuando se resuelve en paralelos entre Washington y Bolívar que, en verdad, resultan ingratos. Se empeñan aquéllos en disminuir a Bolívar para agrandar a Washington, cual si hubiera una ley de necesidad entre ambos, como en aquel cómico personaje de Daudet que, por escasez de la piel, no podía abrir la boca sin cerrar los ojos, ni abrir éstos sin cerrar aquélla. Viene entonces otro escritor, que les contesta. (C. Pereyra, *Bolívar y Washington: un paralelo imposible.* Madrid, Editorial América, 1916.) Y después Shepherd, tomando el anteojo por el objetivo, viene a su vez acusando a éste de empequeñecer a Washington para engrandecer a Bolívar.

Quede para los especialistas el amargo privilegio de dirimir tales puntillos de honra. Y recojamos nosotros el saldo positivo que tales discusiones producen: Bolívar es héroe amable a las dos Américas; y cuando una y otra se enfrentan ante la memoria de Bolívar, sólo es para disputarse su amor. Que en cuanto al ideal bolivarino en sí mismo, nadie podría confundirlo con el panamericanismo de tipo oficial.

S., 27-II-1919.

LOS ORÍGENES DE ROMA

Pensando en lo mucho que ha trabajado la humana fantasía en torno al origen de Roma, alguno ha querido suponer la existencia de algún poema primitivo, fuente de las tradiciones posteriores. Para Vico la leyenda romana era un sistema de expresiones simbólicas; y Niebuhr, con el auxilio de la crítica, trató de reconstruir o precipitar los elementos históricos que andaban disueltos en la leyenda. Schwegler llegó a sistematizar la teoría de que gran parte de los hechos que contiene tal primitiva leyenda partían de una raíz etiológica o etimológica, y eran duplicaciones o anticipaciones de acontecimientos sucesivos. En Mommsen y en De Sanctis se recogen todavía los frutos de estas teorías. Se llegó a las más extremas exageraciones, y el resultado fué que casi quedó desechada toda la historia primitiva de Roma. Pero no se hizo esperar la reacción —que hoy representa, por ejemplo, en Italia, Giovanni Oberziner—, la cual alegó documentos arqueológicos y etnográficos que corroboran algo de la antigua tradición; no todo había de ser mentira o sólo verdad simbólica.

La obra de A. Piganiol, *Essai sur les origines de Rome* (París, Boccard, 1917), se funda en las investigaciones italianas de estos diez últimos años; y como el caso de Roma no es aislado, sino que se relaciona con la etnografía de la Italia central, el autor examina también algunas estratificaciones etnográficas de esta zona y del Lacio.

La segunda parte está dedicada al estudio del conflicto entre dos diversos tipos de civilización que pueden descubrirse en los orígenes romanos, y que quedan simbolizados en la lucha de Hércules y Caco. El pueblo de Roma, en los orígenes, pudo ser bilingüe. Tal cisma se manifiesta en el culto de los muertos, la religión, el derecho, la técnica y la económica, y robustece la idea de que Roma es resultado de la fusión entre un pueblo sedentario, agrícola, y una tribu errante de pastores.

En la tercera parte —formación de la unidad romana—, el cisma continúa bajo la forma de una lucha entre los patricios y la pleble; aquéllos parecen ser una tribu indo-europea-albana, y éstos, en lo fundamental, una tribu indígena sabina. Lo que fué lucha entre pueblos diferentes, viene a ser, bajo la Monarquía, una lucha de clases con sus instituciones políticas propias —el Senado por una parte, por otra los Comicios curiados—, y después se transforma en una revolución entre patricios y republicanos, que acaba con la secesión del Monte Sacro. En 449, la victoria del elemento patricio produce la unidad moral de Roma; en 241, un triunfo de la plebe trae la unidad material de la población. En el último capítulo, el autor nos hace ver cómo la ciudad de Roma crecía, absorbiendo uno tras otro los barrios vecinos.

S., 27-III-1919.

EXCAVACIONES EN IBIZA Y EN LÉRIDA

Sabido es que Ibiza, Cartago y Cerdeña se cuentan entre las principales fuentes para el conocimiento de la civilización fenicia y cartaginesa. Desde 1903, la Sociedad Arqueológica Ebusitana viene haciendo excavaciones en Ibiza. En 1907 pudo ya crearse, bajo el cuidado del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, un notable Museo Arqueológico provincial. Todos los objetos que allí se custodian proceden de la misma localidad, y han permitido llevar a cabo importantes estudios y publicar valiosas monografías: J. Román y Calvet, *Los nombres e importancia arqueológica de las Islas Pythiusas;*

C. Román y Ferrer, *Antigüedades ebusitanas;* A. Pérez Caballero, *Ibiza arqueológica y Arqueología ebusitana;* A. Vives y Escudero, *La Necrópolis de Ibiza.*

Esta bibliografía representa once años de trabajos. Aún quedan por explorar grandes regiones de la Isla, que prometen ser estaciones arqueológicas de importancia.

Ibiza era una escala obligada para los navegantes fenicios; en ella abundan los moluscos de la púrpura; los geógrafos y naturalistas antiguos ya notaban la total ausencia de animales dañinos dentro del contorno de la Isla. Ibiza fué colonia predilecta de Cartago hasta después de la tercer guerra púnica. Los objetos del Museo Provincial permiten establecer la existencia de un arte fenicio en la Isla, de carácter discernible aunque no muy saliente, y contaminado de influencias asirias, egipcias y sobre todo griegas. Los ebusitanos, a falta de mármol y piedra escultórica, se valieron de los materiales deleznables que les daba la tierra: barro rojo, a veces policromado. Sus estatuillas generalmente sólo están labradas por una de sus caras, y presentan unos agujeros por donde tal vez se colgaban. Según una antigua superstición, los objetos fabricados con tierra de Ibiza eran el mejor talismán contra las serpientes venenosas, que morían de sólo tocarlos. De aquella tierra dice Florián de Ocampo que «la hizo Dios ponzoña contra ponzoña». Esta superstición favoreció mucho el desarrollo de la alfarería de Ibiza, y así se explica la abundancia de ejemplares que las excavaciones van descubriendo. En cambio, los enterramientos púnicos encontrados en la Isla —sin escalera de acceso, sin adorno esculpido y nunca antropoides— distan mucho de tener la importancia de los que se hallan en Cartago. Tampoco es extraño encontrar en los hipogeos de Ibiza huellas y normas de otras civilizaciones; lo romano junto a lo púnico, por ejemplo. Porque los colonos cartagineses parecen haber aprovechado con frecuencia antiguos enterramientos. Los árabes han saqueado una y otra vez los sepulcros, de suerte que de las joyas

metálicas sólo han podido salvarse las más disimuladas, las más pequeñas. El árabe, preocupado de acarrear el robo, solía dejar su lucerna de largo pico en el lugar mismo del saqueo, como el mal ladrón que se deja las ganzúas.

Finalmente, se encuentran en la región espejos e instrumentos cortantes de bronce, vasijas de vidrio de procedencia extranjera, dijes y amuletos de hueso, sellos escarabeos, profusión de monedas púnicas y toda la caza menor de la Arqueología.

Durante el año de 1917, se han practicado fructuosas excavaciones en Cala d'Hort, pequeña ensenada en el término municipal de San José, que sirve de abrigo a las embarcaciones de poco calado contra los rudos vientos de Ibiza. Román y Ferrer, delegado director de las excavaciones, las comenzó por julio de ese año, y a la semana dió con un hipogeo en la roca. El 24 de septiembre, agotada la modesta subvención (2,000 pesetas), había descubierto ya 18 hipogeos y 145 objetos varios, tamizando cuidadosamente la tierra removida para no perder las pequeñeces. El nuevo fondo contiene artículos de cerámica, oro y plata, metalistería, piedra trabajada, hueso y marfil, vidrio y barro vidriado y algunas piezas de numismática. Román y Ferrer infiere de sus excavaciones una consecuencia importante:

Que en Cala d'Hort hay diversos núcleos de población, cuyos enterramientos podrían ser explorados sin grandes esfuerzos, con la seguridad de obtener un resultado remunerador. Cala d'Hort es, en Ibiza, la región más próxima a la Península, y es muy posible que las naves de Cartagena y Cádiz, y de otros puntos del litoral, prefirieran recalar en Cala d'Hort a dirigirse al puerto principal de Ereso o Ebuso.

Ahora en cuanto a Lérida. Pedro Bosch y Gimpera y Tomás Boix descubrieron, en 1915, la estación arqueológica de la Cueva del Segre. En 1917, Juan Serra Vilaró obtuvo de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüe-

dades que se le delegara para explorar la zona. La Cueva, o Espluga dels Gitanos, dista poco de la villa de Tiurana. En los alrededores y como de paso, Serra Vilaró ha encontrado pedernales, cuchillos neolíticos, esquirlas de sílice y probables abrigos del hombre troglodita. La Cueva, que domina el paso quizá único de la montaña que está a la derecha del aurífero Segre, debió de tener en épocas primitivas gran valor estratégico. Es posible leer en las capas de tierra, de cenizas, en las vetas horizontales blancas, negras, amarillas (tal vez debidas al uso de combustibles), una vaga historia de derrumbamientos, de inundaciones, de establecimientos humanos pasajeros, de defensas muradas. Una tarde se descubrió una pared, que el director hubiera querido fotografiar; por lo cual encargó ciertas precauciones a los cavadores para esperar la mañana siguiente. Pero, por la noche, dos de ellos la destruyeron a hurtadillas, figurándose que iban a encontrar un tesoro: extraiga el lector la moraleja de esta linda fábula arqueológica.

Las vicisitudes de la Cueva permiten, en suma, considerarla como una estación doble: entre los vestigios de los primeros y los segundos habitantes se interpone una inundación.

El resultado de los trabajos ha sido el hallazgo de una colección de cerámica, utensilios de piedra y hueso, fragmentos de bronce, acaso un anzuelo, y un molde en arenisca roja para fundir punzones. El metal de fundición podía proceder de una capa de cobre, hoy alterado y sin valor, que se encuentra a unos tres kilómetros de la Cueva, o bien de las cercanías de Solsona.

De todo ello se concluye que la primera estación de la Cueva del Segre corresponde al período neolítico y la segunda, a los comienzos de la Edad de Hierro.

S., 27-III-1919.

SOBRE COSTA *

La Biblioteca Nueva de J. Ruiz Castillo, comienza con este volumen una nueva serie, *Ideario Español*, donde se trata de recoger, en forma metódica, algunas páginas selectas de los escritores prominentes de España. Además de este volumen ha aparecido ya el de Larra, y se anuncian otros de Picavea, Balmes, Concepción Arenal, Menéndez y Pelayo, Pí y Margall, Cánovas del Castillo, Castelar y Canalejas. Paralelamente aparecerá otra segunda serie, dedicada a escritores clásicos, de que a su tiempo hemos de informar a los lectores de *El Sol*. Como se ve por la simple enunciación de los tomos, la actual serie se propone ser una especie de antología representativa de escritores que tienen un valor social y nacional, de maestros del pueblo, en suma: «La colección —promete el anuncio— se hallará libre de todo espíritu de partido.»

«Joaquín Costa —escribe Zulueta— había profundizado en nuestra historia jurídica y política; había evocado el espíritu de la raza y hecho viva la mejor tradición española; había planteado el problema nacional en términos claros y vigorosos; había sacudido al país con palabras proféticas, y había procurado ardientemente levantarlo, con el consejo, con la plegaria, con el ejemplo, con el sacrificio, con la violencia, con la exaltación, con la amenaza, con la injuria...»

Y tal es el Costa que aparece en el volumen actual: el Costa combativo, profético; el Costa iracundo, pero con aquella ira que, al decir del Eclesiastés, es compatible con la santidad y, acaso, sintomática de ella.

Un crítico ha dicho que Costa se olvidó de que al templo de la justicia hay que entrar con el corazón frío.

---

* COSTA. *Recopilación*, de José García Mercadal; prólogo de Luis de Zulueta. Madrid, Biblioteca Nueva, 1919, 8°, 336 págs. (Ideario Español.)

Le es muy fácil conservar el corazón frío al mediocre; también al indiferente. Pero el justiciero es siempre iracundo. Dejémonos de componendas: ante el mal, ante el error, hay que tener una cólera sublime. La cólera sólo es error en los injustos. El tipo ideal de justicia que inspira, con interno fuego, todas las normas de la civilización occidental, era iracundo y terrible, gritaba como un orador de mitin, y, a veces, con sagrada locura, salía por entre los mercaderes (sin duda, gente irresponsable) esgrimiendo un látigo. No se domestica a la fiera con halagos: el halago vendrá después. El razonamiento frío convence a los que tienen razón, no a los bárbaros. La ponderación, la mucha mesura, el miramiento, son adecuados al trato de las cosas corrientes, y convienen a maravilla cuando se trata de «quedar bien» y cosas así. Pero, ¿qué tienen que ver estas «cualidades del honrado vecino» con la llamarada de fe y la voz de trueno de los leones de la raza?

También se ha dicho que el Costa de la actual antología es el Costa posterior al 1898, y que bien pudo hacerse sitio en el tomo al Costa anterior, al sabio de gabinete, al jurista, al sociólogo. Esto es olvidar el objeto de la antología. Renan tuvo una vez que desempeñar una misión en Oriente. La desempeñó con mucha honra: él era, profesionalmente, un arqueólogo. Pero ¿quién es el imbécil que —en una antología popular de Renan, de Renan el maestro del espíritu y de la palabra— vaya a consagrar un capítulo a los olvidados estudios arqueológicos? No; seamos menos artificiales, menos eruditos. No se han de leer todos los libros; no se ha de escribir en todos los papeles. Bien está que lo hagamos dos o tres locos, por achaque de oficio o pecados de la afición. Pero a la gente, a la pobre gente, no la engañemos.

Costa fué un ilustre jurista, además de un suscitador de la energía nacional, que es su mayor título. Por cierto que dedicó una bella monografía al problema de la «ignorancia del Derecho»; es decir, al estudio de ese para-

dójico principio, heredado del Derecho romano, según el cual, a nadie le es lícito ignorar las leyes, ni puede esto servir de excusa al infractor. Pero el caso es que, hoy por hoy, el mundo no está ya en poder de los abogados, ni es necesario, como antes, que todos seamos abogados. ¿Qué le importan al pueblo esas triquiñuelas jurídicas a la hora misma de dar al traste con los fundamentos del Derecho tradicional? Hoy por hoy, no sólo va siendo lícito ignorar el Derecho, sino violentarlo en nombre de la justicia. El título de jurista no tiene hoy valor a los ojos del pueblo.

Costa escribió también una teoría sobre las epopeyas ibéricas; pero cuando Menéndez y Pelayo tocaba el punto, declaraba que no le complacía insistir en los errores del genio, y cerraba respetuosamente los ojos. Así, pues, tampoco es éste el timbre más glorioso de Costa.

Costa, el mejor Costa, es el que denunció el espejismo (el que nos da la antología de Mercadal), el que lanzó el grito de alarma.

S., 3-IV-1919.

ESTUDIOS EN TORNO AL "BUSCÓN"

El texto de la vieja novela de Quevedo es motivo de acaloradas discusiones. En 1917, el director de la *Revue Hispanique*, R. Foulché-Delbosc, publicó, bajo los auspicios de la Hispanic Society of America, un texto de *La vida del Buscón* (New York, G. P. Putnam's Sons. 8o., IX + 207 págs.) que difiere un poco del texto ordinario anteriormente conocido y reproducido por todos los editores.

Según lo explicaba Foulché-Delbosc en un artículo publicado el mismo año en la *Revue Hispanique* («Notes sur le *Buscón*»), en el siglo XIX existía cierto manuscrito del *Buscón*, no autógrafo, que perteneció a un tal Bueno. A. Fernández Guerra —clásico editor de las obras de Quevedo— anotó, en un ejemplar de su edición, las variantes de dicho manuscrito; esas variantes fueron copiadas en otro ejemplar por A. Bonilla, y este otro ejemplar ha servido como base de la actual edición que Foulché-Delbosc propone, si no como definitiva, como un progreso sobre las ediciones anteriores. Al efecto, compara su nuevo texto con el de Fernández Guerra y con el publicado por A. Castro en *La Lectura*, 1911. El nuevo texto de F.-D. ha sido discutido por A. Castro en la *Revista de Filología Española* (1918, V, 405-410), quien sólo parcialmente acepta las conclusiones de F.-D., y, desde luego, niega que el texto propuesto por éste represente el texto inalterado de Quevedo.

En la misma *Revue Hispanique* (1918, tomo XLIII) ha aparecido una colección de estudios sobre la célebre novela picaresca, que, a veces, afectan al problema de la fijación de su texto, y, a veces, adoptan un tono literario libre. J. Fitzmaurice-Kelly, conocido historiador de la literatura española, afirma, en su estudio, que el *Buscón*, donde Quevedo tenía que plegarse al canon de la picaresca, siguiendo el *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache*, no es una manifestación plena de sus talentos: Quevedo —dice— es más experto en desarrollar y exprimir el sentido de una anécdota pintoresca que en seguir y analizar caracteres, según las reglas de la narración novelística. Fué muchas cosas en su vida; pero, sobre todo, fué un observador que se divertía en observar la vida. No era un profesional de las letras, vivía con holgura, su ausencia de verdadera filantropía la suplía a fuerza de razón. El *Buscón*, según alusiones contemporáneas que en él se advierten, aunque publicado en 1626, pudo escribirse en la primer década del siglo. Fué un

éxito de librería. Alonso Pérez publicó una edición fraudulenta. Quevedo se vengó en burlas sobre su hijo, Juan Pérez de Montalván. El *Buscón*, sin embargo —por su mala suerte con los traductores, y por lo acentuadas que en él aparecen las españolísimas condiciones de la mente y la lengua de Quevedo—, no tuvo gran boga fuera de España. Dentro de España, Quevedo —encarnación de un siglo ya decadente— es más bien un valor de tradición que no un valor de convicción individual. A continuación, Fitzmaurice-Kelly resume el asunto crudo e inhumano del *Buscón*, haciendo notar la singular complacencia que pone Quevedo en sus extravagancias macabras. Swift es humorista; Quevedo, sentencioso e ingenioso, no es festivo, no es alegre. Es grosero y hasta vulgar, a veces, para el gusto moderno, pero no licencioso: su imparcialidad es desconcertante y universal. El primer libro del *Buscón* es superior al segundo.

El estudio de R. D. Perès (*Divagaciones de un moderno acerca de un clásico*) comienza aceptando también, por defectos y cualidades, el concentrado españolismo de Quevedo. Que sea uno mismo —dice— el autor de tantas obras serias y festivas, sólo parece explicarse por ciertas frases de una de sus cartas: «Yo, que soy el escándalo, escribo a vuesa merced, que es el ejemplo; y siendo tan diferentes, encaminamos a los otros a un mismo fin. Yo, en que nadie haga lo que yo he hecho; y vuesa merced, en que todos hagan lo que hace.» Pero Quevedo escandaliza con una sola frase, «ya por lo inmoral, ya por lo poco limpio», agudización de un fenómeno general. El Quevedo de las obras festivas es un clásico malhablado, algo como un aficionado a estudiar la «golfería», que, a su vez, es algo «golfo» de ingenio. Aunque la ética y la estética no siempre andan juntas, Quevedo rebasa el límite de lo respetable, y a veces el del gusto, buscando «lo que revuelve el estómago». Los caballeros de aquel tiempo, al codearse, por seguir la moda, con el hampa, tomaban de ella sus maneras, como hoy los señoritos ato-

rerados y flamenquistas, los que viven junto al «apachismo» en Francia, o, en Inglaterra, en torno a los «jockeys». En este tono, Perès continúa con el análisis de todos los desacatos morales del *Buscón*. Quevedo, como Zola —dice—, más que de dar una lección moral, se preocupa de describir bien la inmoralidad. Pero es más artista y sincero que Mateo Alemán, ya que prescinde de los sermones hipócritas. No toda la culpa es de Quevedo, sino de su época corrompida, que, como mujer perversa, se complacía en ostentar sus errores. (Véase la *Guía y Aviso de forasteros*, de Liñán, como retrato de la época.) Después espiga el autor en la quevedesca novela las frases y pasajes que más le han llamado la atención. Y entra en disquisiciones periodísticas sobre los que en el Madrid de hoy, como en el de ayer, lo sacrifican todo a un chiste, y «desprecian una vida, de la cual, sin embargo, forman parte»; justifica, ante el triste pasado, a los que quieren una España más europea. A pesar de todos sus reparos, conviene en que el *Buscón* es obra maestra, por la «amenidad de la narración», el «ingenio superior» con que la obra está escrita», y vaguedades así. El juicio del Sr. Perès —aunque contiene muchas verdades de sentido común— deja impresión más triste de la que a él le causó la lectura del *Buscón*.

En cambio, N. Alonso Cortés comienza su estudio declarando que «Las truhanerías de Pablillos no nos producen indignación ni nos arrancan reflexiones de orden moral: llévannos, cuando más, a sonreír maliciosamente»... Y si en el juicio anterior hay un exceso de sentimentalidad y cierta falta de sentido histórico, aquí nos parece que hay una postura convencional. «Pablillos, buen hijo al fin y al cabo, obedeció fielmente los consejos paternos... Pablillos, pues, nos divierte y nos complace siempre.» Se diría que algo del ánimo travieso de Quevedo se ha comunicado al lector. Después entra Alonso Cortés en explicaciones sobre la depuración de la obra de Quevedo y el nuevo texto del *Buscón*. Acepta la idea de

que el *Buscón* es obra de los veinte años, y observa que parece proceder, casi directamente, y aun con ignorancia del *Alfarache*, del *Lazarillo de Tormes*. Con razones eruditas, arriesga la hipótesis de que, conocido el *Buscón* desde el manuscrito, le haya imitado Alemán algún pasaje. Entre análisis oportunos, desliza una nota sobre los orígenes de la palabra «pícaro». Alonso Cortés sugiere la probabilidad de que «pícaro» proceda de «bigardo» (del flamenco «beggen», mendigar), y da un texto de D. Gabriel de Corral para demostrar que la discutida palabra se usó también como grave o llana: «picáro».

Ventura García Calderón busca en el *Buscón* un «estado de alma», y le parece «uno de los mejores documentos de la inquietud española», y la mejor «encuesta sobre el español de los grandes siglos». La España del siglo XVII (también la de la Celestina) está dividida en dos castas: el hidalgo enamorado y su escudero truhán. (¿No acuden a nuestra mente las palabras de aquel pasaje del *Quijote*: «Divididos estaban caballeros y escuderos; éstos, contándose sus vidas, y aquéllos sus amores.»?) Media España es solemne, y tiende a fijarse: la sabiduría se hace refrán, el sentimiento se vuelve copla, el estilo se transforma en molde culterano. La otra media España es aventurera, vital, se ríe de la solemnidad de la otra. «Admirad —en esa España rígida— la flexibilidad de este pícaro que es hoy hidalgo, y se «mete a pobre» mañana; que ensaya todas las profesiones y los disfraces; poeta, rodrigón, farsante, galán de monjas.» ¿Por qué se ríe el pícaro? Porque siempre fué risueña la profesión de engañar; porque el hambre, según la *Celestina*, es gran despertadora y avivadora de ingenios, y por la relación paradójica entre la movilidad picaril y el automatismo rígido de los hidalgos que, como todo automatismo, provoca a risa, según Bergson. La risa del pícaro ante el hidalgo es un anuncio de sátira revolucionaria, social. Cervantes pondrá un día piedad a esta risa.

Entretanto es cruel, es un ataque. Para ser más española, no le falta a esta obra ni el epílogo habitual. Pablos se marcha a América, «y, a pesar de que nos dice que allí le fué peor, no debemos creerle. Cuando Don Alonso Quijano —emigrado también— se echa al campo a encabezar revoluciones; cuando tantos enamorados y poetas dan en la secta de melancolía, un Pablos con poncho y con espuelas está siempre a la orilla de nuestros fogones campesinos, dulcificando en coplas de guitarra la sensatez de su inmortal ironía.»

H. Pesseux-Richard dedica dos artículos al asunto. (*A propos du "Buscón", Une traduction italienne du "Buscón".*) El primero está concebido como un pequeño capítulo de historia literaria en que se examina el problema de fecha y de prioridad o posterioridad relativa ante otras obras del mismo autor, y se exponen, con referencia al *Buscón*, los caracteres esenciales del género: forma autobiográfica, carácter bajo del personaje principal, etc., todo con comparación de otros libros de la época, comparación que permite apreciar el verdadero sabor del género, procaz muchas veces, y fiel retrato casi siempre, como retrato de la vida delincuente que aún se conserva en sus rasgos esenciales (R. Salillas, *El delincuente español*). Concluye el autor que el *Buscón* es uno de los más puros tipos, acaso el único tipo puro de novela picaresca, sin divagaciones ni digresiones. El segundo artículo se refiere a la traducción de Alfredo Giannini (*Vita del Pitocco*, Roma), que analiza en varios lugares, y declara merecedora de una rectificación abundante y minuciosa, aunque, con todo, recomendable.

S., 29-V-1919.

CUENTOS DE UN ERUDITO *

Trabaja el Sr. Rodríguez Marín con un entusiasmo y una eficacia ejemplares. Cuándo arrima los papeles eruditos para coleccionar y dar a luz poesías de juventud; cuándo, entre los estudios cervantinos que le han dado tanta celebridad, entre las investigaciones sobre la literatura del siglo de oro, halla vagar para recoger cantares en la boca del pueblo. Hoy ha querido reunir estos cincuenta cuentos anecdóticos, breves todos, equilibrados a la íntima necesidad del asunto, y contados con esa gracia y ese sentido de la narración amena que hasta los que sólo han leído sus estudios eruditos han podido apreciar en él. Los cuentos, a veces, son verdaderos cuadros de una época social y política. (Véase *Sic transit...*) El remedo de la lengua andaluza por quien tan a fondo la conoce, da al libro un sabor (y un valor documental) singularísimo. Queda convidado a leer todo el libro el que se asoma al primer cuento, *El pase de espaldas*, la suerte torera que quiso inventar el pobre Plácido, el hombre a quien Rodríguez Marín debe numerosas coplas de su colección de *Cantos populares españoles*. A veces el filólogo parece tirarle de la oreja al cuentista: así cuando el cuentista opone los «bebensales» a los «comensales», porque no «comen», sino «beben», el filólogo anota: «Va dicho en broma: ¿quién no sabe, por poco etimologista que sea, que se dijo «comensal de cum y mensa», y no de «comedere»?» Los recuerdos de abogado provinciano —donde hay curiosísimos rasgos de malicia rústica— alternan con anécdotas sobre la costumbre de hurtar libros y las reglas «conjuntivas» que para ello aplicaba el sabio hebraizante Orchell. El cuento sobre *Los consejos del Padre Morillo*, aquel loco cuerdo, es como una preciosa nota

---

* F. Rodríguez Marín, *El Bachiller Francisco de Osuna. Cincuenta cuentos anecdóticos*. Madrid, 1918, 8°, 352 págs.

bibliográfica sentimental sobre la procedencia de cierto ejemplar del *Quijote*. Estos cuentos arquitecturados y escritos a la vieja moda, con ganas de escribir, son cuentos vividos, son sucesos reales, son, en rigor, memorias fragmentarias que D. Francisco Rodríguez Marín ha ido recogiendo a lo largo de sus trabajos.

S., 12-VI-1919.

DE POLÍTICA COLONIAL *

Louis Vignon se pregunta: ¿cuál es la mejor política que debemos seguir para con nuestras colonias indígenas? Y a las respuestas provisionales de la simple política, prefiere las respuestas que brotan de las observaciones y las conclusiones de la ciencia. Así se explica que ahonde pacientemente en el problema, con un intenso conocimiento de la literatura especial, a través de más de quinientas páginas, no dando nada por entendido y describiéndolo y explicándolo todo. Acaso toma las cosas de muy lejos, o acaso se empeña demasiado en contrarrestar la funesta, y a veces inevitable, improvisación de los políticos profesionales, cuando por ejemplo hace preceder su estudio de una introducción sociológica, donde define otra vez lo que es la raza, el medio, la sociedad, la herencia, la adaptación, la evolución, el lenguaje, la religión, la familia, el gobierno, los contrastes entre los diferentes pueblos. Pero el ritmo de la obra es ya de suyo muy lento y largo. Tal vez se detiene a definir, en nota, lo que es una ley natural. ¿Acaso lo ignora un lector capaz de interesarse por

* Louis Vignon, *Un programme de politique coloniale; Les questions indigènes*. París, Plon, 1919.

estos estudios? Creo firmemente que estas 40 páginas previas dañan mucho a las 500 restantes.

La obra se consagra al estudio de tres civilizaciones:

1o. Las sociedades negras fético-animísticas del África Occidental; 2o., las sociedades arabo-bereberes de Argel-Túnez y las negras islamizadas del África Occidental; y 3o., la sociedad anamita.

Expuesto el estado de estas civilizaciones antes de la colonización francesa, el autor analiza el efecto de los contactos entre aquellas sociedades indígenas y los europeos, llegando hasta las últimas enseñanzas de la guerra europea. Después, entra en el problema político. Tres políticas, tres procedimientos se ofrecen para la penetración europea entre los indígenas: 1o. Consiste el primero en rechazar y destruir al indígena; 2o., el segundo peca de ingenuo, si el primero de brutal y antipráctico: consiste en intentar la asimilación de las sociedades indígenas, acaso un error de la filosofía francesa setecentista; y 3o., el protectorado que, a todas luces, parece el sistema preferible. La última parte de la obra está consagrada al examen del protectorado en las colonias francesas, y analiza cuidadosa y concienzudamente todos los extremos de la cuestión.

Aparte de su valor para el estudio de la política colonial francesa, la obra alcanza un valor científico general.

«El Africa —dice Vignon— es una obra grandiosa y prodigiosa de la naturaleza, pero ejecutada con mano ruda y con un exceso de materia; obra fuera de medida para el ojo europeo.» Y de la inarmonía general de aquella naturaleza procede, para el europeo, todo su misterio e impenetrabilidad. Creemos conocer el África, y más de un hombre culto se asombraría de saber que, en el Continente negro, aun descontadas las colonias europeas, no todos son negros, sino que hay buena proporción de blancos, rojos, amarillos. Cierto que un mestizaje general

tiende a confundir en un solo tinte aquellas razas, a lo que también contribuye el ambiente físico-químico. En África no hay fronteras étnicas precisas (tampoco políticas), espectáculo que Vignon compara al de los pueblos europeos de los siglos IV al VI. Descontados los europeos y asiáticos, la población africana puede, de Norte a Sur, dividirse en cuatro grupos: 1o. Semito-camitas o arabo-bereberes; 2o. negros; 3o. negritos; y 4o. howes u hovas. En el África Occidental, que particularmente interesa al autor, hay tres ramas: 1o. los negricios (del grupo de los negros); 2o. bereberes, árabes y moros (del semito-camita); y 3o. los peuls o foula, que son producto del mestizaje, y en que hay mucha mezcla de blanco, blanco al parecer emigrado desde antes de la Era Cristiana, y que acaso llevaba consigo algunas industrias textiles y el cultivo del algodón. Estos pueblos se distribuyen diversamente sobre aquel medio húmedo, caluroso, pero muy desigual (en la región de los desiertos el frío de la noche baja a menos de doce grados, y en Dejené se ha visto nieve), donde la fuerza vegetal, el reino animal —desde la fiera hasta el insecto—, el sol, el agua, las tempestades, los fenómenos eléctricos, alcanzan un desarrollo incalculable y reducen al hombre a un estado casi de impotencia.

El lenguaje de los negros ofrece notables curiosidades psicológicas: carece, por ejemplo, de términos abstractos, y tiende a la expresión directa de cada acto individual. De aquí una superabundancia de palabras para expresar una misma cosa: verbos distintos para «llevar con las manos», «llevar sobre la cabeza», «llevar sobre la espalda», «levantar el brazo derecho», «levantar el brazo izquierdo», etc. Hay multitud de lenguas, dialectos y subdialectos. En algunos, la palabra se completa con el gesto. Los que usan estos dialectos, no pueden decirlo todo en la oscuridad. Parece también que estas lenguas embrionarias han variado, durante siglos, mucho menos que las europeas. En las lenguas más desarrolladas, las de los

pueblos comerciales, se notan todavía imprecisiones como la confusión del tiempo presente y el futuro, fundidos en la categoría de «lo no definitivamente realizado», por oposición al tiempo pretérito. Las categorías del lenguaje europeo para lo masculino, lo femenino y lo neutro están representadas en aquellas lenguas por una diversidad de categorías: lo humano, lo vegetal, lo líquido, etc. En fin, sólo la influencia europea ha provocado allá la actividad de la escritura, con alguna relativa excepción. Sus mensajeros se comunicaban con signos convencionales de otra especie: un palo en que se hacen raspaduras, una cuerda con nudos. Su literatura (leyendas históricas, epopeyas, cuentos maravillosos, canciones de amor, adivinanzas, escenas teatrales, fórmulas religiosas o mágicas) es toda de tradición oral. La fórmula más popular de la literatura es la fábula animal, cuyos héroes son la hiena, el elefante, el hipopótamo, la tortuga. La danza con canto y música, que tiene en aquellos pueblos importancia excepcional, es acaso la expresión más alta de su mente y el agente de sociabilidad más enérgico. Tiene más alegría fisiológica que psicológica. El negro es melancólico y músico.

Más de tres cuartas partes de la población negra son fetichistas y animistas; el resto se ha islamizado, más en la apariencia que en el fondo. Trátase de una verdadera confusión de supersticiones, donde no es posible desprender la idea de la divinidad ni averiguar el número de dioses, ni la noción general de lo divino se distingue de la intención individual atribuída a cada objeto o de la supervivencia de los muertos. La muerte no parece cosa natural, sino efecto de maleficio ajeno o hasta de discolería propia, y en este caso el muerto merece reproches. Y si se trata de un hombre muy virtuoso o afortunado, para adquirir sus cualidades el pueblo se comerá sus restos: idea de la teofagia que no es del todo desconocida, aunque en forma simbólica, de los europeos. En la Costa de Oro, las poblaciones suelen reunirse en armas para arrojar a los malos espíritus que infestan la comarca. La religión

tiene una derivación social: grupos de sociedades secretas que forman como una aristocracia, a la que sólo tiene acceso el joven mediante los ritos de la iniciación (flagelación, tatuaje). Estas sociedades poseen cierto carácter político y también son ligas de socorro mutuo, especie de masonerías. El pavor es rasgo característico de estas religiones. El «hombre de la naturaleza» resulta así el menos libre de todos, y ligado por mil tabús y temerosas creencias y cortapisas. La religión asegura un mínimo de moral media.

La escultura en madera y metal, el bordado, el tejido, el trabajo en cuero, la alhajería negra, desconocidos hasta hace poco, comienzan a llamar la atención, sobre todo en esta era de tanteos de las artes plásticas de Europa.

La familia ofrece todos los tipos primitivos. El celibato es mal visto, y hay que casarse pronto. Generalmente el matrimonio se hace como una venta. La desposada raras veces es virgen. La mujer, que suele pasar la vida cuidando a los hijos y aparte del marido, y que es considerada como objeto de propiedad, tiene, sin embargo, cierto carácter sagrado que le permite alguna participación en el gobierno de las tribus. El marido la consulta siempre en los trances difíciles. La infidelidad se arregla también con indemnizaciones, o mediante la devolución de la mujer a sus padres, lo cual supone la restitución del precio pagado por ella. La monogamia es excepcional.

Los investigadores han logrado establecer la existencia, en siglos pasados, de imperios africanos más sólidos que los imperios militares de los conquistadores musulmanes. Los fragmentos de Estados que quedaron a la caída de tales imperios son como pequeñas teocracias de carácter más o menos medieval y a veces francamente feudal. En alguna parte se encuentra algo como un senado de los ancianos. En general, la sociedad negra parece condenada a un estado estático, y el individuo, sin iniciativa, postergado a la rutina colectiva y tradicional.

El anterior resumen sólo puede dar una vaga idea del estudio que hace Vignon de las sociedades negras. Aborda después los otros dos grupos, las otras dos civilizaciones a que arriba nos referimos, y presenta a continuación el cuadro de los incontables abusos del blanco al ponerse en contacto con estas razas decadentes. En este capítulo, la censura política se ejerció con saña, y a cada paso faltan líneas: quiere decir que el original decía muchas verdades.

En punto a política, Vignon declara que reina la mayor confusión y que se ha aplicado una práctica contradictoria, nefasta a veces, como en los casos de Argel y la Indochina, y mejor orientada si no provechosa en Túnez, Marruecos y el África Occidental. Con el ejemplo de ésta pudiera corregirse aquélla. Vignon desea que los llamados a resolver tan trascendentales cuestiones «se reeduquen» y hagan viajes de estudio.

S., 1919.

AMISTADES ILUSTRES DE BOLÍVAR

Parra Pérez (*Bolivar et ses amis de l'étranger, Bulletin de l'Amérique Latine*, París, enero a marzo de 1919) insiste en el carácter europeo de Bolívar. Señala el tino con que se presenta al jefe español Morillo, al General San Martín, a las autoridades de Colombia. Cuenta su amistad con Sir Robert Wilson, quien hizo de él un brillante elogio ante el parlamento británico; con O'Connell, Humboldt, Bentham, De Pradt, quien lo elogiaba a tal punto que Bolívar solía decir: «¡Así me elogiara menos

y me defendiera más!». Cuenta su protección a Boussignault y a Bompland, cuya libertad solicitó del Doctor Francia, misterioso tirano del Paraguay. Refiere su amistad con la familia de Washington; su afecto para Lafayette, el que «compartió con Miranda el honor de ser intermediario entre los dos Continentes». Lafayette, que lo admiraba, tampoco duda de él en los últimos días, cuando todos lo abandonan, lo acusan de aspirar al trono, y mal informan a Benjamin Constant, que llega a atacarlo injustamente. Lord Byron, atraído por la gloria de Bolívar, quería conocer su patria. José Bonaparte le manda pedir que acepte en sus filas al hijo de Murat. Luis XVIII se interesa por él, lamenta no poder vivir lo bastante para ver realizada la obra de Bolívar, y le pide un retrato del héroe a Mme de Villars, prima de éste. De Pradt percibió toda la trascendencia del Congreso de Panamá, antecedente de la Sociedad de las Naciones.

S., 29-V-1919.

LA COLECCIÓN BOTURINI *

Don Lorenzo Boturini y Benaduci, señor de la Torre y de Hono, era un noble caballero milanés. Llegó a México como mandatario de la Condesa de Santibáñez, y para reclamar en nombre de ésta cierta pensión que le adeudaban las Cajas Reales, en el año de 1735.

Conocida es la tradición mexicana de la Virgen de Guadalupe. Boturini, interesado en la cuestión, ocupaba

* *La colección arqueológica de Boturini. Ejemplares desconocidos, existentes en la Biblioteca Nacional* (de México). *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, 1917, XII, páginas 85-104.

los ratos perdidos en recoger documentos relativos a las apariciones de la Virgen. Se dió a aprender lenguas indígenas, y pronto vino a ser un consumado americanista. Gran cazador de códices jeroglíficos, llegó a formar la colección más importante que se conoce de literatura indígena anterior y posterior a Hernán Cortés. Su casa era un museo.

Un día solicitó y obtuvo licencia de Roma para coronar la imagen de la Guadalupana y pedir, con ese propósito, limosnas y oblaciones. El Virrey Cebrián, Conde de Fuenclara, con pretexto de ciertas irregularidades de forma en la concesión de esas licencias, lo mandó prender (año de 1743). Catearon su casa, revolvieron sus papeles los alcaldazos ignorantes. Accedió, entre protestas, a dirigir el inventario de sus papeles, que mandó hacer la autoridad. Estuvo varios meses preso, los recursos económicos se le agotaron, y cuando lo remitieron a España para continuar el proceso, era ya un mendigo. Fué absuelto Boturini en España, pero su museo y sus papeles se quedaron en México. Dejó una *Historia general de la América Septentrional,* fundada en los documentos de los indios, y murió sin haber vuelto a México ni a su patria.

El museo de Boturini pasó a la Universidad, y de allí a la Secretaría del Virreinato. La colección estaba como abandonada, y metía mano en ella quien quería. El célebre Lorenzana, Arzobispo de México, pudo aprovecharla para su edición de las *Cartas de Cortés.*

Pasó el tiempo. Junto a la Secretaría del Virreinato estaba un cuartel, y los soldados despojaban bárbaramente la colección de Boturini para divertirse con los exóticos dibujos. Vino la Independencia, y la obra de destrucción continuaba. De tiempo en tiempo, los gobiernos sentían un vago remordimiento y mandaban hacer un nuevo inventario, que nunca coincidía con el anterior.

Por 1830, Aubin, un nuevo cazador de códices, logró sustraer algunos y llevárselos a París, con otros más que había coleccionado por su cuenta. Un arqueólogo mexi-

cano trató de comprárselos en 1889, pero mejoró sus proposiciones Eugène Boban, quien se quedó con los códices de Aubin y los publicó, bajo el nombre de *Colección Goupil*, en 1891. Constaba esta colección de 344 piezas, y 17, por lo menos, procedían del fondo de Boturini.

Ahora bien, el fondo de Boturini, tal como éste lo dejó, constaba de 330 documentos. En 1823 faltaban ya 105. En 1840 ya sólo quedaban (tras el saqueo de Aubin) 88. Y de éstos sólo se habían podido encontrar 34.

En la época en que dirigía la Biblioteca de México el historiador Vigil, le fueron remitidos varios documentos indígenas, que él, antes de estudiar, procuró esconder para salvarlos del saqueo pacífico a que el oro extranjero tenía entonces sometidos los archivos de México.

Más tarde se ha consignado regularmente la existencia de estos nuevos códices. Y ahora, estudiados cuidadosamente, resultan ser 20 documentos de la colección de Boturini. Así pues, se han encontrado hasta hoy 54 de los 330 documentos originales.

S., 1919.

LAS IDEAS FRANCESAS EN AMÉRICA

La historia intelectual de Europa está hecha, y sus perfiles son acentuados como los de una cara adulta. La historia intelectual de América se está haciendo apenas, y los rasgos de su fisonomía tienen toda la vaguedad de la infancia. Cuando las evoluciones del espíritu americano logran explicarse mediante módulos europeos, adquieren una claridad singular, pero que muchas veces no pasa de ser engañosa.

Después de las guerras de la Independencia, América no refleja ya las vicisitudes de la historia española. Por un momento, la metrópoli y sus antiguas colonias parecen ignorarse. En este período de organizaciones nacionales, se apodera de la mente americana la filosofía política de Francia, impuesta a la fantasía de los pueblos jóvenes por el hecho deslumbrante de la Revolución. Y en tal o cual norma técnica de las nuevas Constituciones americanas, se descubre también la influencia de los Estados Unidos.

José Ingenieros viene estableciendo (*Revista de Filosofía*, Buenos Aires), en una serie de estudios, la imitación que la Argentina hace de los sistemas franceses, de 1810 en adelante.

Tres corrientes políticas —dice— representan en Francia la oposición a Luis Felipe de Orléans y concurren para provocar la revolución de 1848; y las tres tienen su reflejo en aquella zona sudamericana: el sansimonismo de Leroux, que ejerce poderosa influencia sobre la generación de Esteban Echevarría; el liberalismo girondino de Michelet, representado en la emigración chilena por Vicente Fidel López; finalmente, la idea cristiana y social nacida de la evolución democrática de Lamennais dentro del catolicismo.

De esta última surgieron dos ramas antagónicas: la «cristiana anticatólica», que siguió Lamennais, acercándose cada vez más a Leroux y a Quinet, cuyo discípulo es Francisco Bilbao; y la «católico-liberal» sostenida por Lacordaire y Montalembert en contra de Lamennais, representada en la Argentina por Félix Frías.

La revolución francesa del 48 tiene su equivalencia, según Ingenieros, en la revolución argentina del 52 contra José Rosas. En ambas obran todas las anteriores tendencias, y acaba por imponerse la liberal.

En cuanto a Lamennais, su nombre —muy conocido ya en Francia por 1830— aparece en las tierras del Plata por 1835, año en que se le traduce en Montevideo. Más

tarde, hombre tan significativo como Alberdi también lo traduce y estudia. Lo cita el gran Sarmiento. La conjunción de Lamennais y Quinet tiene su eco en la Argentina: los dos hombres que figuraron pocos años después en los extremos de la primera lucha religiosa, pasado el 52, son de filiación lamennaisiana: Bilbao y Frías. Ambos habían estado en París entre los años de 1845 a 1848, y habían bebido sus respectivas doctrinas en las mismas fuentes.

S., 1919.

PORTUGAL Y COLOMBIA

D. Simón Planas-Suárez, Ministro de Venezuela, con su obra *Notas históricas y diplomáticas: Portugal y la independencia americana* (Lisboa, 1918), da una útil contribución al estudio de las relaciones entre Portugal y la América española, y publica por primera vez algunos documentos diplomáticos que el Ministerio de Negocios Extranjeros de Portugal ha querido franquearle. Recuerda la actitud de Inglaterra y de los Estados Unidos ante las emancipaciones americanas, y los trámites que precedieron al reconocimiento de la independencia de nuestras Repúblicas por parte de Portugal; la circular del enviado colombiano Zea, que no fué aprobada por el Gobierno de Colombia en atención a que en dicha circular se llega a decir que Colombia no abriría sus puertas a las naciones que no la reconocieran; y las consecuencias de dicha circular, que fué contestada en términos de exquisita deferencia y de gran sinceridad política por el Gobierno portugués, aunque otros más bien afectaron ignorarla. Por-

tugal fué el primer país europeo que reconoció la independencia de Colombia.

En la segunda parte de su obra, el autor proporciona datos sobre el Congreso de Panamá; entre otros, un notable documento del Ministro portugués Ferreira: «Proyecto de un Tratado de Confederación y Mutua Garantía de la Independencia de los Estados que en él se mencionan», concebido en 24 de agosto de 1822.

S., 1919.

FANTASMAS DE LA SELVA MISIONERA

Cuenta Juan B. Ambrosetti, en la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires, algunas tradiciones populares del Paraguay: la de Caá-Yarí, o la Abuela de la Hierba, joven hermosa y rubia sólo visible para los hierbateros que hacen con ella pacto de fidelidad, que da muerte a los infieles y premia a los constantes, ayudándoles a coger la hierba y a engañar en el peso a la hora de la venta; la de Caá-Porá, o el Fantasmón del Monte, especie de Diana cazadora, que ayuda a los que le son gratos y apalea los perros de los cazadores enemigos. «Es un hombre velludo, gigantesco, de gran cabeza, que vive en los montes comiendo crudos los animales que el hombre mata y luego no encuentra.» La leyenda del Ahó-Ahó, «animal terrible, parecido a la oveja, con grandes garras, y que devoraba sin piedad a las personas que encontraba en el monte.» La del Yasí-Yateré, acaso la más poética de todas: según unos, es un pájaro silbador, y según otros, un enano que lleva siempre un sombrero de paja y un bastón

de oro, que roba a los niños y a las muchachas bonitas; y quien logre arrancarle su bastón de oro se hará irresistible a las mujeres. La leyenda del Pombero, Cuarahú Yara, o Dueño del Sol, y la del Curupí (que es una curiosa tradición fálica), pueden considerarse como transformaciones de la anterior.

El Yaguareté Abá es un indio que se transforma en tigre, rezando un credo al revés mientras se revuelca en el suelo. Cuando en una familia nacen siete mujeres seguidas, la séptima resulta bruja; y si nacen siete varones seguidos, el séptimo sale lobisome, que es «un animal parecido al perro y al cerdo, con grandes orejas que le tapan la cara, y con las que produce un ruido especial. Su color varía en bayo o negro, según que sea el individuo blanco o negro. Todos los viernes, a las doce de la noche, que es cuando se produce la transformación, sale el lobisome, para dirigirse a los estercoleros y gallineros, donde come excrementos de toda clase, que constituyen su principal alimento, como también las criaturas no bautizadas. El individuo que es lobisome, por lo general, es delgado, alto, de mal olor y enfermo del estómago, pues dicen que, dada su alimentación, es consiguiente esta afección. Y todos los sábados tiene que guardar cama forzosamente, como resultado de las aventuras de la noche pasada.»

Esta leyenda, que pertenece a la región del Río Grande do Sul, tiene su equivalente en la del «loup-garou», de Francia y en la del «nahual», de México.

S., 1919.

REMOTOS ORÍGENES DE LA BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO

Con el año empieza a publicarse un *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, de Santander, mediante el cual iremos conociendo seguramente algunas de las maravillas bibliográficas que poseía el maestro. Es imborrable el recuerdo de aquella biblioteca para los que en ella han trabajado, y tiene, para todos, un vago prestigio de enorme caja de sorpresas, de recinto fantástico donde la curiosidad nunca se sacia y el asombro se promete fiesta perenne.

En el primer número del *Boletín*, don Enrique Menéndez Pelayo publica una noticia con el título que encabeza estas líneas. Lo que el público sabe sobre la infancia de Menéndez y Pelayo se reduce a unos cuantos rasgos: a las pedreas entre los chicos de éste y aquel barrio de Santander, que el propio Menéndez Pelayo recuerda en alguno de sus artículos; a sus cuatro primeros escritos y su primer discurso, sacados del Archivo de la Universidad de Barcelona, y publicados en 1913 por D. Manuel Rubio Borrás. (Por cierto que en el tema de literatura esboza ya el joven estudiante, con bastante seguridad, una de esas ideas orgánicas, arquitecturales, que más tarde había de desarrollar, y que son, hoy por hoy, como el marco necesario de todo estudio sobre los orígenes del teatro español.)

Ahora, gracias a D. Enrique Menéndez Pelayo, sabemos que los orígenes de aquella famosa biblioteca coinciden casi con los albores de la vida consciente en «Don Marcelino».

«Yo creo —escribe D. Enrique— que en cuanto poseyó un catecismo del P. Astete, dos libros de cuentos infantiles y tres pliegos de aleluyas, echó los cimientos a su librería, distribuyéndola por el momento en las tres

secciones de «Ciencias eclesiásticas», «Obras de vaga y amena literatura» y «Pliegos sueltos».

Al poco tiempo, hubo que cederle un aparador para sus libros, y pronto se daba el lujo de obsequiar a su hermano los ejemplares duplicados. Éste nos cuenta que D. Marcelino amaba los libros como a otros tantos prójimos, y se creía obligado a velar tanto por los propios como por los ajenos. Era «padre universal de los libros». No toleraba en ellos el menor mal trato. Tampoco le gustaba prestarlos. Cierto que el exlibris del Marqués de Morante, que le era bien conocido, parecía darle una lección de desprendimiento: «J. Gómez de la Cortina et amicorum».

Pero D. Marcelino le decía a don Enrique:

—Te advierto que eso es una broma, porque no prestaba un libro así le matasen.

«Decía, en suma, que por un libro prestado comienza a deshacerse una biblioteca, como por un punto suelto una media.»

Cuando contaba apenas once años, en 1868, levantó un inventario de su librería. Helo aquí:

Nota de las obras que han ingresado en esta librería durante el año de 1868.

1o. Bossuet, *Discurso sobre la Historia Universal.* Dos tomos. Regalo de D. Juan Pelayo.

2o. Ochoa, *Miscelánea de literatura, viajes, novelas.* Un tomo. Regalo de D. Esteban Aparicio.

3o. Fortoul, *Fastos de Versalles.* Un tomo. Regalo de ídem.

4o. Larousse, *Floræ Latinæ.* Edición de lujo. Un tomo. Regalo de D. Francisco Ganuza.

5o. L. Figuier, *La terre et les mers.* Edición de lujo. Un tomo. Regalo de D. Marcelino Menéndez.

6o. Fenelon, *Traité de l'existence de Dieu.* Un tomo. Regalo de ídem.

7o. *Los oficios de Cicerón*, traducidos por Valbuena. Dos tomos. Regalo de D. Juan Pelayo.

8o. Chateaubriand, *Obras completas.* Cuatro tomos. Regalo de D. Marcelino Menéndez.

9o. Balmes, *El criterio.* Un tomo. Diez reales.

10o. Min Elli, *Comentarii in Tristes et Pontum Ovidii.* Dos v., 4 rs.

11o. Amador de los Ríos, *Estudios sobre los judíos de España.* Un tomo. Regalo de D. J. P.

12o. Goldsmith, *Historia de Inglaterra.* Cuatro tomos. Regalo de doña Perpetua Menéndez.

13o. Márquez, *Arte explicado.* Un tomo. Cuatro reales.

14o. P. Virgilii Maronis, *Opera ad usum Delphini.* Dos tomos. Premio.

15o. Hermosilla, *Arte de hablar en prosa y verso.* Dos tomos. Premio.

16o. Cejudo, *Explicación del libro cuarto y quinto de Gramática.* Un tomo. 4 rs.

17o. Colonia, *Rethorica.* Un tomo. Regalo de D. Francisco Ganuza.

18o. Quinti Curtii Rufi, *De Rebus gestis Alexandri cum notis.* Un tomo.

19o. Biblioteca de Clásicos Españoles. Se han recibido los tomos primero, segundo, tercero, cuarto y quinto. Regalo de D. Juan Pelayo y D. Esteban Aparicio.

20o. *Catulli Tibulli et Propertii opera omnia.* Un tomo. Regalo de D. José Posada Herrera.

Total de obras, 20.

Total de volúmenes, 34.

El Sr. Menéndez Pelayo comenta esta lista con algunas explicaciones sobre la personalidad de los donantes y algunos recuerdos sobre las circunstancias de cada obsequio. En muchos casos, las obras fueron escogidas por el mismo interesado.

S., 1919.

LIBROS LATINOAMERICANOS *

El autor confiesa limitarse a las obras que pueden leerse en las bibliotecas y librerías neoyorquinas. Esta sola consideración desarma la crítica. Y ya sólo a título de sospecha podemos preguntarnos: pero ¿acaso en las bibliotecas y librerías neoyorquinas no existe la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, de García Icazbalceta? ¿Acaso, de las obras de éste publicadas por Agüeros, sólo se encuentran allá cinco volúmenes, o sea justamente la mitad de los que constituyen la colección completa? ¿Acaso ignoran en Nueva York la *Bibliografía mexicana del siglo XVII* del P. Andrade, y la del siglo XVIII de Nicolás León, y los posteriores estudios bibliográficos de Chavero, y González Obregón? ¿Acaso ignoran las bibliografías cubanas de Trelles? ¿Y las importantísimas de José Toribio Medina, de quien sólo se cita una obra secundaria? No; el autor quiere hacernos creer que en Nueva York, residencia de la Hispanic Society of América, faltan los fundamentos de la bibliografía americana. No logra convencernos. Y su pequeña lista de libros comentados, a no ser por llevar nombre de autor responsable, nos parecería simplemente un catálogo de librería ordenado por alfabeto y con índice geográfico. Un catálogo muy útil sin duda —¿qué contribución bibliográfica puede ser inútil?—; pero un catálogo que deberá ser refundido metódicamente y muy completado antes de merecer el honor de ser propuesto como guía, por elemental que sea, de estudios americanos.

RFE, 1919, tomo V, No. 2.

---

* P. H. Goldsmith, *A brief bibliography of books in English, Spanish and Portuguese, relating to the republics commonly called Latin American, with comments.* New York, The Mac Millan C°, 1915, 8°, XIX, 107 págs.

LOS "MEXICANISMOS" *

Estudio de 109 mexicanismos, más una treintena de palabras relativas a la etnografía mexicana y que vienen agrupadas al final del tomo. Sobre todas ellas propone el autor alguna rectificación a la Academia. En 1884, cuenta el autor, la Academia Mexicana, correspondiente de la Española, remitió a ésta 1,285 cédulas como contribución a la duodécima edición del Diccionario. Pero la Academia Española rechazó 633, y las 652 restantes entraron en el Diccionario modificadas; de suerte que las definiciones son inexactas. Se queja en el prólogo de que no exista un verdadero diccionario de mexicanismos, ya que el de Ramos y Duarte es muy equivocado —sus equivocaciones han pasado a Toro y Gisbert—; el de aztequismos de Robelo, o *Jardín de raíces aztequas*, como le llamó su autor, está incompleto, y los mexicanismos de Icazbalceta, única obra verdaderamente autorizada de las tres que se mencionan, no pasan más allá de la G.

El autor se vale, para su trabajo de rectificación y aclaración, por una parte, de su conocimiento personal de la índole lingüística del habla mexicana, y por otra, de textos antiguos o de la autoridad de Icazbalceta, de Robelo, de Zerolo, de Cuervo. Cita a veces a Ramos Duarte, corrige a Toro y Gisbert, acude al *Pequeño Larousse ilustrado*, y, no sabemos por qué, hace caso de Rodríguez Navas.

Unas veces, su rectificación se limita a la etimología indígena atribuída por la Academia al vocablo; otras, a la supuesta procedencia mexicana; otras, al uso o sentido de la palabra; otras, finalmente, el autor procura, sin negar la definición académica, dar otra más gráfica.

---

* D. Rubio ("Ricardo del Castillo"), *Estudios lexicográficos. Los llamados mexicanismos de la Academia Española.* México, 1917, 8°, 191 págs.

Este género de contribuciones son siempre útiles y bien venidas. Ojalá repare la Academia, y en general los autores de diccionarios futuros, en las oportunas advertencias de «Ricardo del Castillo».

RFE, 1919, tomo VI, No. 2.

NAHUATLISMOS Y BARBARISMOS *

En nota anterior dimos cuenta de la obra sobre *Los llamados mexicanismos de la Academia Española*, publicada por Rubio. Ahora nos dice el autor que se propone revisar y completar, en cuanto a mexicanismos se refiere, el *Suplemento de todos los diccionarios enciclopédicos españoles* publicado en Barcelona por R. de Alba. Y estudia, en efecto, aclarando su sentido o estableciendo su verdadera forma usual, 271 términos, muchos de los cuales derivan de la antigua lengua *nahuatl* y se han españolizado más o menos en el habla actual de México. Las contribuciones de Rubio son utilísimas. No es un filólogo teórico, y el solo hecho de parar mientes en la obra de Alba, indica cierto desconocimiento de los «valores» en el mundo de la lingüística. Pero por fortuna se limita, con un rigor que es sin disputa científico, a aquello en que posee una competencia reconocida: el habla familiar de México. La producción de obras semejantes a ésta en todos los países hispanoamericanos, haría un verdadero bien: desenterrar de los diccionarios de España tantos

* D. Rubio ("Ricardo del Castillo"), *Estudios lexicográficos. Nahuatlismos y barbarismos*. México, 1919, 8°, 234 págs.

y tan continuos errores como sobre el habla americana contienen. Nos choca, en la página 118, donde el autor transcribe, por cierto con mucha oportunidad, una definición del Diccionario de Autoridades, el empleo reiterado de la *f* para presentar la «s» larga antigua. ¿Por qué no transcribirla, si la imprenta no poseía tipos adecuados, mediante la «s» corriente? No podemos creer que el autor ignore el valor del signo.

La obra tiene cierto tono polémico; tono disculpable por la impaciencia que debe de causar el examen de libros como el *Suplemento* en cuestión, pero tono que más contribuye a disimular la seriedad de las investigaciones de Rubio que no a dejarla ver.

Y ahora un voto final: Rubio, en sus dos obras, ha demostrado un raro conocimiento de los provincialismos mexicanos. La obra de García Icazbalceta quedó, por desgracia, trunca. La de Cecilio A. Robelo es sospechosa y confusa. La de Ramos Duarte, equivocada. ¿Por qué Rubio no se resuelve a dejar de la mano esta tarea de rectificar diccionarios de sexagésimo orden y a escribir por su cuenta un buen diccionario de mexicanismos? Nadie está, como él, preparado para semejante tarea.

RFE, 1919, tomo V, No. 3.

1922

UN DICCIONARIO

D. Francisco Rodríguez Marín —hombre andaluz y amable, cervantista y laborioso— tiene siempre, entre sus muchos trabajos propios y el tiempo que le ocupan las tareas académicas o sus quehaceres como director de la Biblioteca Nacional de Madrid, unos minutos libres para sonreír y recordar al amigo.

El último libro que acaba de enviarnos —*Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico*— viene a ser como un nuevo Diccionario de Autoridades donde recoge —sin definirlos, sin matarlos, sino vivos y en la frase misma del escritor clásico en que aparecen palpitando— numerosos vocablos que faltan en los léxicos ordinarios y, desde luego, en el consabido Diccionario de la Academia.

Recuerda el *Rebusco de voces castizas*, del P. Mir, publicado hace años, aunque la obra de Rodríguez Marín está escrita con más sobriedad y un sentimiento más fino de la lengua.

En ella, sin embargo, hay que distinguir lo que anda junto. Algunas de las palabras que Rodríguez Marín resucita realmente parecen faltar en el habla de hoy y, una vez aprendidas, las echamos de menos. Pero otras no son más que formas antiguas o formas regionales (como *escalabrar* por *descalabrar*, *acenoria* por *zanahoria* y *humilmente* por *humildemente*) que está bien recopilar al-

guna vez, pero sólo para fines científicos o, digamos, contemplativos, y no para objetos de aplicación actual y práctica. Finalmente, hay otros términos que pertenecen a ese orden de inventiva personal de los escritores que, por introducirse en ocasiones únicas y proceder de un sentido individual e incomunicable, no pueden proponerse como modelos del habla general. Estos últimos términos pertenecen a la estilística más que a la léxica. Por ejemplo (y lo recoge Rodríguez Marín), cuando Cervantes inventa el verbo *bachillear* para ponerlo en lugar de *hablar*, y dar cierto matiz cómico y nuevo a una frase hecha, imprimiéndole así un toque propio: «Váyase y no se ponga a discutir conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que *bachillear*.» Lanzados por este camino, hubo que haber recogido también el verbo *solizar*, por *hacer oficio de sol*, que inventa Gracián, y aun aquella su latinísima expresión: *lo muliebre*, por *lo mujeril o femenino*.

La lectura del libro de Rodríguez Marín —no continua, sino al azar de las páginas y los instantes perdidos, única posible en libros de esta índole— resulta fructífera como una lección sobre la plástica del idioma.

D'Annunzio no retrocede ante aconsejar la lectura paciente de colecciones léxicas. El verdadero escritor no debe avergonzarse de su herramienta. La lectura del diccionario es siempre una disciplina provechosa: vemos cocerse y cuajar los términos, deshacerse y refundirse, ir de un sentido a otro; seres de existencia flotante que viven sobre los labios de los hombres y se engendran de aire.

Social, La Habana, IV-1922.

1923

SOBRE ESPRONCEDA *

Incorporar a este epónimo del romanticismo español en una colección de clásicos es sólo una aparente paradoja verbal que ya a nadie puede sorprender. Hay, ya se sabe, clásicos del romanticismo. Y para huir de definiciones provisionales y no caer otra vez en la consabida disertación académica sobre lo que debe entenderse por clásico, acaso lo mejor sea decir que Espronceda es, sin disputa, un poeta al que ya hemos «sacado en limpio»: ya está desasido, inactual; ya puede considerárselo bajo especie de perennidad. Entre los que Juan Ramón Jiménez llama «poetas de acento personal» (dentro de una estética todavía informulada que anda en sus conversaciones y que nuestra juventud literaria espera ver definida algún día como otra juventud esperaba la de Mallarmé), Espronceda cierra una etapa: ya Bécquer es un precursor. No nos inquiete la derivación casual de las aguas del gran río romántico hacia los dominios del principesco Rubén Darío o hacia el cortijo andaluz de Machado —que nota, al pasar, Moreno Villa—. Estos son fenómenos de contaminación inevitable, cambios de atmósferas que pasan como una misteriosa respiración por todas las épocas de la

---

* ESPRONCEDA, I. *Poesías* y *El estudiante de Salamanca*. Prólogo y notas de José Moreno Villa. Madrid, "La Lectura", 1923, 8º, 343 págs. Clásicos Castellanos, vol. 47.

poesía. Espronceda, en quien queda como un destello de los tornasoles de Góngora, en quien también hay reminiscencias de Pedro Espinosa, en el *Canto a Teresa*, recuerda la voz, la caricia del verso, la imagen, «la silabización de Garcilaso»; y en el tercer canto de *El Diablo Mundo*, sobre todo, deja sentir el hálito de Lope y de Argensola, además del de Góngora. ** Pero lo importante no es que sea un nieto (¿hasta dónde lo supo él mismo?) de tales abuelos, sino que en su obra, anterior al anquilosamiento final del romanticismo, se dé en su mejor temperatura el ambiente de nuestra lírica romántica. Por eso Moreno Villa se siente tentado a juntar, espigando por Espronceda, un vocabulario romántico, un muestrario de la imaginería poética del tiempo; por eso se encuentran en la obra de Espronceda esas estampas típicas, cuyo mayor encanto a los ojos del gustador resulta precisamente de que están fechadas; tal el epitafio a Doña Elvira: sauce, desmayada sombra, último rayo del sol poniente; tal el cuadrito de *El Diablo Mundo* en que nos aparece el pequeño Fausto español junto a la mesa de «pintado pino» y a la melancólica luz del quinqué, cuadro que, en mi fantasía personal, evoca siempre aquel otro de Juan Nicasio Gallego:

En el mezquino lecho
de cárcel solitaria,

maravilla de adjetivación cuyo encanto se ha perdido acaso para muchos contemporáneos encerrados dentro de los gustos actuales. Moreno Villa, afecto a examinar las ideas abstractas más bien en sus reflejos concretos, baja un poco al campo de la técnica y mide así, de pronto, la distancia que de Espronceda nos separa:

«Lo primero que nos repele hoy es la narración y la descripción prolija, porque está eliminada de nuestra

** P. Henríquez Ureña, *Revista de Filología Española*, Madrid, 1917, IV, No. 4, págs. 289-292: "Notas sobre Pedro Espinosa".

poesía actual. La de los últimos días rechaza no sólo eso, sino hasta los nexos que unen las imágenes. Se pretende descartar incluso las reflexiones líricas y hacer de la estrofa o poemita un ramo de imágenes que se ayudan sin nexos. Mas a pesar de esto —que es lo actual y que uno siente como cosa viva y operante—, como historiador hay que reconocerle al cuento de Espronceda un valor muy alto, de gran importancia para nuestra literatura. Es sobrio, es justo, es claro y es libertador en su tiempo. Obras como ésta son las que permiten nuevos avances en las épocas sucesivas.»

Y en efecto ¿qué poeta contemporáneo se interesa sinceramente por las cualidades interiores del cuento de Espronceda: el desarrollo de la narración, la necesidad que traba sus pasos, la composición y equilibrio de las figuras; todas esas condiciones de congruencia que no podían faltar en un cuento enraizado en el suelo de la comedia española y que Moreno Villa analiza con una curiosidad de crítico de pintura? ¿Cuál se interesa por los alardes técnicos de Espronceda: sus ramilletes de metáforas, sus ligamentos musicales de verso a verso y de estrofa a estrofa, sus variedades virtuosas de números y metros, que pretenden imitar el ritmo de las pasiones que describen? No: los más sinceros, puestos a la antología de Espronceda, sólo escogerían para su gusto estrofas aisladas y versos sueltos.

Cierto que aquí, a las razones generales para que así acontezca, se añaden otras razones, no menos generales por desgracia en el reino de la literatura española, y son la desigualdad, el abandono, la negligencia, el poco castigo, la falta de selección, ese querer acabar de prisa, esa carencia de energía para rechazar, ese íntimo desdén por la belleza, que encontramos siempre en nuestros mayores productores de belleza. Todo poeta es desigual, pero hay órdenes de desigualdades; a veces, ciertas muequecillas del ánimo, ciertos cansancios de hombre de taller llevan al poeta a consentirse olvidos y bostezos, pero voluntarios,

con malicia y con intención. De aquí aquella vena de «feísmo» que late, como corriente subterránea, en la obra de los poetas. Pero hay otras desigualdades, otros descuidos en que ni siquiera encontramos las gracias de la perversidad; descuidos de buena fe que denuncian el momentáneo torpor de una sensibilidad algo paralítica. Y éstos son los que más nos duelen, y no faltan de éstos en nuestro gran romántico.

Seguramente lo más vivo de Espronceda —más aún que su fantasía o su diálogo y la presentación teatral de episodios, que son ya harto vivos— es su ímpetu de canción, de gemido largo, de treno; sus gritos, sus «ololugmoi». En suma, lo más lírico de su lírica, donde, abandonando al héroe y el episodio, vuelve a la función del coro trágico: a exclamar y a llorar, a maldecir y a anhelar en torno a los sucesos que antes ha narrado o a las escenas que acaba de pintar. El *Canto a Teresa* es nuestro gran poema platónico, después de la *Oda a la Música* de Fray Luis de León. Esa juvenil disposición de la mente («Yo amaba todo»); esa vitalidad necesitada de hazañas («La libertad con su inmortal aliento,/ Santa diosa, mi espíritu encendía»); ese abstracto anhelo de amor («Es el amor que al mismo amor adora»); esa ascensión purificadora del apetito («¡Una mujer! En el templado rayo/ De la mágica luna se colora.../ Mujer que nada dice a los sentidos»); ¿qué hay en todo eso sino los sucesivos grados de la escala de Diótima? ¡Qué gran melancolía de juventud! Otra vez, las lágrimas de nuestros veinte años acuden, sin quererlo, a los ojos... La responsabilidad de las mujeres en la vida de los poetas hay que estudiarla con atención. A Lope —confesémoslo— lo encanalló un poco Elena Osorio. Maurras ha extendido un acta de acusación contra la mujer que desquició la sensibilidad amatoria de Musset. La fuga de Teresa cerró para siempre ante Espronceda la posibilidad de un hogar y de una familia regulares. Pero la poesía es alto desquite de la vida, y nuestro corazón se alimenta con la sangre de los poetas.

Felices los que dejaron, junto al libro de sus poemas, el gran poema de su vida. Felices, con una manera de alegría impersonal, superior a goces y a dolores. Cuando Horacio cuela el filosófico vino a la sombra de las parras de Mumio, maldiciendo por igual los contratiempos del fracaso y los sobresaltos del éxito, nos da el tipo antirromántico por esencia. Lo que interesa al temperamento romántico es la victoria o la derrota. La mediocridad apacible le es insoportable. En el fondo, estos poetas —aun cuando a veces se suicidan— no se sienten tan desgraciados como lo pretenden. Encuentran que el alma se complace entre las tormentas. Ese engaño a sabiendas, esa voluntaria ilusión que Jules de Gaultier define con el nombre de «bovarismo», ilumina siempre su vida: se ven a sí mismos agigantados; se admiran de lo hondo que sufren o de lo plenamente que gozan; creen que el solo hecho de vivir es, en ellos, una portentosa heroicidad; todos sus actos les parecen dignos de la Historia; son capaces de publicar sus cartas de amor puestas en verso, y esperan que sus cosas íntimas sean sagradas para todos; se consideran semidioses, y hasta se figuran que el pecado original fué exclusivamente inventado para ellos. Son hombres de acción, es decir, son soñadores. Yo he conocido algunos hombres de acción: todos, al revés de lo que supone un novelista cuya generosidad psicológica vacila a veces, eran sentimentales, poéticos: románticos, en suma.

El joven Espronceda nos aparece como por los rincones de un cuadro de Galdós, conspirando entre los embozados de la medianoche o raptando mujeres como su Tenorio-Montemar. La vida romántica, con ser tan activa, era más fácil que la vida de hoy. Se llegaba antes a la vida. Espronceda era reo político a los quince años, y apenas tendrían más los tormentosos amantes de Stendhal. Hoy, la política y el amor comienzan mucho más tarde. La edad usual es doble de entonces, y acaso la eficacia del empellón quede reducida a la mitad.

Revista de Occidente, Madrid, 1923, tomo I, págs. 118-122.

LA CASA DE FIERAS

Reír es propio del hombre. Y, sobre todo, reírse de sí mismo. La sátira del «disfraz animal», desde Bilpay, Bercebuey o Esopo —hasta el *Chantecler*, de penosa memoria (confieso que a mí me divierte mucho a ratos)— disfraza nuestros pecados de ardillas y zorros, de urracas, de cigarras y hormigas, sin que los pobres animalitos de Dios se llamen a ofensa, porque la burla no va contra ellos, sino contra el Rey de la Creación.

Cuando «Segismundo» se enfrenta con los animales y las plantas, sinceramente se declara inferior a ellos en todos los órdenes físicos y metafísicos que recorre. Parece, en efecto, que, teniendo yo más alma, tengo menos libertad que las aves.

Poco a poco, nos aficionamos al animal en sí. Las costumbres hieráticas del escarabajo sagrado —descritas por el dulce viejo de Aviñón—, la danza nupcial de los alacranes, nos van cautivando por sí mismas, y ya no buscamos aquí un simple pretexto para censurar los vicios del hombre.

Cansado de bucear en los siete pecados de los hijos de Adán, el novelista Alfonso Hernández Catá empuja hoy la reja, y entra, decididamente, en la casa de fieras. ¿Quién, entre mis amigos de Cuba, no conoce a Hernández Catá? Se acerca a los animales con un ánimo mezclado de observador y de satírico. Muchas cosas que no había querido decir en los otros libros va a decirlas ahora. Hay aquí, por estas páginas, muchas sonrisas dispersas. Sonreír es lo propio de algunos hombres...

Leyendo sus amenas páginas, amigo y tocayo, me he acordado muchas veces de la revelación más plena que he tenido de Ud., de su carácter y su trato, de su experiencia de novelista y de hombre, de las cosas que le ha enseñado la vida o, mejor dicho, que le han enseñado los sufrimientos: rodeado por sus criaturas, Ud. les impro-

visaba un día cuentecillos, fábulas, explicaciones concisas e ingeniosas de las cosas del mundo. Y una atención seria, sagrada, dilataba los lindos ojos de sus dos niñas.

Ahora tiene Ud. un auditorio menos inteligente, es cierto. «Contigo hablo, bestia fiera», clamaba nuestro Ruiz de Alarcón enfrentándose, desde un prólogo, con el público de sus comedias. Y Ud. entra en la casa de fieras bajo el signo, por la señal de los nombres que Ud. mismo invoca: Michelet, Anatole France, Fabre, Kipling, Abel Bonard, Jules Renard, Maeterlinck, Colette (¡oh, Colette! Esa perra de su última novelita, llena de perfecciones, pero que tenía el defecto de no gustar de los animales, al grado de abandonar a sus crías para cumplir con el deber doméstico de acudir al teléfono, esa perra, Colette —digámoslo a la antigua— vale un Potosí). También recuerda Ud. a Lugones, al mexicano Tablada, a Apollinaire, a Moreno Villa y a Charles Derennes. Y añade Ud., con gracioso tino: «Además, no se trata de enfrentarse inexorablemente con la verdad, sino de hacerle un guiño al paso.» ¿Ha escrito Ud. mismo una línea más sugestiva? ¿Se puede definir mejor la obra del poeta?

Porque aquí ya no sé si trato con novelista, con fabulista, con satírico o con poeta. Acaso porque trato con el hombre todo, con el hombre en su oficio más exquisito —y no generalizado en la especie—, en su oficio de sonreír. A los animales —dice Cherterton— hay que tratarlos en forma que no se jacten de que el hombre los toma en serio. Hay que pensarlo bien desde el nombre que se les pone. Yo creo firmemente que el largo cuello de la jirafa se debe al orgullo con que se vió traída y llevada en las discusiones de Lamarckianos y Darwinistas, sobre aquello de la función y el órgano, de la selección natural, del carácter adquirido y del hábito hereditario.

Y ahora que le hemos torcido el cuello al cisne, yo propondría que le torzamos el cuello a la jirafa. De esta nueva estética, toda una literatura nacería armada, como los guerreros de Cadmo, hijos de los colmillos del Dragón

mitológico. Aniquilaríamos a los vegetarianos que tienen piedad de las reses, y a los filántropos que creen que una mala vida humana vale más que una alta idea. Tomaríamos nuestras precauciones con el Hermano Lobo, y haríamos lo del cuáquero que —por si *estaba escrito* que muriera, no él, sino su enemigo— salía siempre como el cazador que se echa al monte: con el arma en la mano.

Bienvenido el nuevo libro de Hernández Catá, lleno de motivos y mensajes. ¡Dichosa miel madura! Él también —como el personaje que tenía a diario una cita con el elefante del Zoológico— ha salvado, sin que se le entumezca el alma, esa media muerte que está en la mitad del camino de la vida.

Social, La Habana, II-1923.

DE LITERATURA CUBANA *

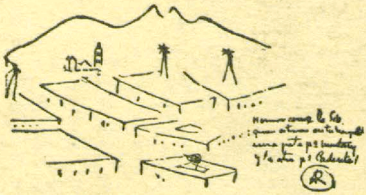
Comprende este libro cuatro monografías: *Los orígenes de la poesía en Cuba, Romances tradicionales, Gertrudis Gómez de Avellaneda* y *José María Heredia.* De los dos últimos dimos ya cuenta en estas páginas, cuando se publicaron por separado, haciendo resaltar las novedades de ambos trabajos; así, sólo nos referimos ahora a los primeros. La extensa conferencia sobre los orígenes de la poesía en Cuba ilustra con datos muy interesantes un período de importancia estética secundaria, pero sumamente curioso en la literatura cubana y, desde luego, esencial en la formación de las tradiciones poéticas de aquel país. Puede decirse que hasta el gobierno del General

* J. M. Chacón y Calvo, *Literatura cubana. Ensayos críticos.* Madrid, Biblioteca Calleja, primera serie, 1922, 8°, 277 págs.

Las Casas, último tercio del siglo XVIII, la literatura cubana no adquiere cierto desarrollo orgánico. Se funda entonces el *Papel periódico*, se imprimen las primeras Memorias de la Sociedad Económica, aparece, con Manuel de Zequeira, el primer profesional de la poesía, y la Universidad y el Seminario de San Carlos —principalmente este último— comienzan a abandonar sus viejos métodos y se convierten en centros de gran actividad intelectual. La cultura científica española del siglo XVIII tiene, en estos institutos, una sensible repercusión. Pero las primeras muestras de la poesía cubana son mucho más antiguas: en 1608 se escribe el primer poema, *El espejo de paciencia*, un poema épico en dos cantos. El análisis que de él hace Chacón y Calvo está lleno de pormenores hasta ahora desconocidos. Principalmente nos interesan las curiosas concordancias que el autor establece con los modelos épicos españoles del siglo de oro. Así, en la dilatada excursión por el *Papel periódico*, Chacón encuentra unos versos sáficos *A la soledad*, que no carecen de importancia artística, y que ilustran la historia de las influencias horacianas en América. Hubiera sido muy útil para el autor, al refundir ahora su antiguo trabajo (*Los orígenes de la poesía cubana*, publicado en 1913 en *Cuba Contemporánea*), el reproducir íntegros los primitivos apéndices, que son una verdadera antología de la literatura cubana en ese período. También pudo habernos dado, en un nuevo apéndice, noticias más amplias que las que constan en el texto, respecto a la historia manuscrita de Cuba por el Obispo Morell, que es donde aparece inserto, y así ha llegado hasta nosotros, *El espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa.

El estudio dedicado a los romances tradicionales es la más extensa monografía del volumen que reseñamos. El autor ha recogido cerca de cuarenta versiones sobre unos quince temas del Romancero tradicional, comentándolos y concordándolos minuciosamente. Chacón demuestra aquí un conocimiento bibliográfico muy completo y

un juicio muy seguro. Algunas de las versiones que publica Chacón ofrecen curiosas sorpresas: la del *Conde Olinos*, por ejemplo, que tiene gran analogía con las versiones portuguesas sobre igual tema. La nota (pág. 133), sobre Juan de Timoneda y el *Poema de Apolonio*, ofrece inteligentes sugestiones. A la recopilación de las versiones precede un estudio sobre los caracteres, forma de transmisión, cronología probable y otros puntos útiles al conocimiento de los romances tradicionales en Cuba. En uno de los capítulos de esta introducción aboga Chacón por la fundación de sociedades folklóricas en Cuba que mantengan relaciones con los otros centros análogos de América y de España. En el cuaderno 3o. de 1923, de esta Revista, pág. 237, ya hemos dicho, al hablar de la Sociedad Folklórica Cubana, cómo ha empezado a cumplirse el vasto programa folklórico de Chacón. La realización de este proyecto encierra una importancia capital para el estudio de las letras americanas.

RFE, 1923, tomo X, No. 4.

Se acabó de imprimir en la
Impresora Barrié, S. A., el
día 17 de febrero de 1948.